ESCRITORA LOLA POP

LO NUESTRO ES un Sin VIVIR



TRILOGÍA ADONIS 1

PRIMER LIBRO DE LA TRILOGÍA ‘ADONIS’
Escritora Lola Pop es mi seudónimo. Publico textos en redes sociales como @escritora.lola.pop
La ilustración de las manos de la portada son de mi BFF. Podéis ver su trabajo en su Instagram @anime_erika_
El fondo amarillo que representa una ventana es de Canva, con autoría de Drawcee.

***

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de la escritora o la ilustradora de la portada. Obra registrada en el Registro de la propiedad intelectual.

Se trata de una versión no revisada por editor profesional.

Se lo dedico a los lectores
y las lectoras BETA que
me mandaron tanto cariño
en plataformas online.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 0. ALEJARME DE TI
CAPÍTULO 1. A SOLAS CON MARIO
CAPÍTULO 2. NO SE ME DA BIEN SENTIRME RECHAZADA
CAPÍTULO 3. EL TIEMPO DUELE DEMASIADO
CAPÍTULO 4. DARNOS UN TIEMPO
CAPÍTULO 5. NO ESTAMOS TAN VIVOS
CAPÍTULO 6. CABEZAS NOSTÁLGICAS
CAPÍTULO 7. BRONCAS INEVITABLES
CAPÍTULO 8. EL GRAN DÍA PARA LOLA
CAPÍTULO 9. TOMAR DECISIONES
CAPÍTULO 10. EL VEREDICTO
CAPÍTULO 11. VIAJE A MADRID
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Era el año 2016. Reservé mesa para dos en el *Café Adonis 1940*, como uno de nuestros habituales jueves por la noche después de salir de la oficina.

Mientras compartía con mi pareja un plato de nachos con guacamole y pico de gallo, le conté que quería atreverme a escribir una novela de comedia romántica. En ese momento, la literatura estaba inundada de éxitos de ventas de libros protagonizados por hombres fríos, poderosos, narcisistas, que conocían a una mujer inocente, virginal, dulce, de autoras reconocidas en el *young adult, chick lit* y *new adult.*

Esos libros, cargados de tramas muy pasionales y relaciones egocéntricas, me entretenían, pero sentía que algo me faltaba en esas historias, así que decidí buscarlo por mí misma, como autora.

La historia de amor de Mario y Lola se convirtió en el tema principal durante la cena. Imaginamos la trama que mis personajes vivirían, en lugares especiales y escenas totalmente costumbristas, en nuestra Barcelona.

Pedimos un mojito de fresas y un gin-tonic, sin importarnos alargar la noche charlando, a pesar de saber que al día siguiente teníamos que ir a la oficina y afrontar un intenso día de trabajo. Nos quedamos solos en el local, haciendo fluir las ideas. Fue el camarero el que cortó nuestra motivación por la trama de la trilogía, dejando la cuenta encima de la mesa y agradeciendo nuestra visita.

De vuelta a casa, me di cuenta de que la trilogía me ilusionaba de un modo especial. Era un proyecto fascinante. Tenía las líneas principales de la trama, elegidos los nombres de los personajes y algunos puntos de tensión para los capítulos. Fue en ese momento cuando nació mi seudónimo Escritora Lola Pop, en honor al nombre de la protagonista y a su música preferida.

Desde 2017 hasta 2020, revisé el texto innumerables veces. Nunca lo encontraba perfecto, a mi parecer. Durante el confinamiento por la pandemia de la Covid-19, se intensificaron mis inseguridades en la escritura, porque tenía las emociones desordenadas y confundidas cuando mi mente se sumergía en esas correcciones constantes. En medio de todo esto, decidí estudiar el máster en sexología, para especializarme en violencia de género y terapia de pareja, otro de mis objetivos profesionales. El tiempo se agotaba rápidamente entre trabajar, estudiar y corregir la trilogía. Al final, Mario y Lola se quedaron en un cajón porque me sentía incapaz de recuperar la ilusión que nació en el *Café Adonis 1940*.

En 2021 intenté reavivar el deseo de escribir, a pesar de mis muchas inseguridades a cuestas. Publiqué el primer libro en las plataformas en línea. Para mi sorpresa, empecé a tener lectoras que le daban mucho cariño a Mario y a Lola, que me escribían mensajes diciéndome que se quedaban enamoradas de la trama, así que decidí publicar también el segundo y el tercer libro en las plataformas en línea. Hubo escritoras de renombre que leyeron la trilogía completa y me escribieron mensajes de apoyo, celebrando haber vivido este viaje lector tan bonito.

Durante la promoción en redes sociales, me llegaron las críticas de otras escritoras de plataforma, rechazando la portada de mis libros. Al clasificar mis novelas como *chick-lit*, dichas

autoras consideraban que la imagen de mis portadas eran más de novela erótica que de ese género, por lo que me acusaron de no ser fiel a la línea de publicación habitual. Aquello me dejó descolocada, no sabía que una portada marcaba mi contenido a ese nivel, así que volvieron a florecer las inseguridades. Cambié la portada mil veces, con imágenes más frívolas, lo que hizo que me alejase de mi forma de pensar y de retratar la vida de las mujeres. Dejé la trilogía en un cajón, a esperas de conseguir alcanzar una imagen perfecta.

En 2022, en un relajante fin de semana en Sitges, mi otro hogar cerca de Barcelona, mi pareja y yo paseábamos por la zona marítima, cuando la conversación volvió a rememorar aquel 2016 en que nos ilusionamos con la historia de amor de Mario y Lola. Hablamos sobre la posibilidad de volver a publicar la novela. Sentí que era el momento de abrir el cajón y recuperar esa trama que había dejado aparcada.

Al leer la historia, me di cuenta del motivo por el que me incomodaba ese texto: No era por mis inseguridades, ni la Covid-19, ni por las emociones revueltas, ni aquellas críticas de la portada, sino porque estaba plasmando una trama y unos personajes similares a los de los otros libros *chick lit* que no tenían nada que ver con mi personalidad.

Fue entonces cuando descubrí que no estaba asociando correctamente el género a lo que estaba narrando. Tampoco se trataba de una historia de romance, y el hecho de detallar escenas de sexo, no me convertía en autora de erótica. Tuve que buscar un nuevo género con el que sentirme cómoda.

Fui directa al armario de la habitación de matrimonio y desenterré uno de mis diarios personales. Esas libretas las escribí en los años 90 y 2001. Mi vida adolescente era lo más parecido a una trama de Wattpad, con la típica villana de clase, el guaperas del barrio, el *nerd* de instituto, la mejor amiga bella, y el resto de pringados. Esto me dio inspiración para completar los capítulos de la primera novela, aprovechando lo que yo misma viví en el instituto. Utilicé recuerdos con el equipo de baloncesto del colegio, reviví el daño que sufrí con el primer amor, recordé los detalles de la bella fiesta de graduación al acabar la secundaria, reflexioné sobre las absurdas peleas con mis mejores amigas y volví a escuchar las canciones que en esos años me emocionaban.

No fue hasta septiembre de 2023, que decidí que era el momento de publicar la versión que tienes en tus manos, en una plataforma como Amazon.

En octubre le propuse a mi mejor amiga, que ama dibujar, que ilustrara la portada de los libros que le habían gustado tanto en su momento, cuando los leyó en la plataforma en línea. El fin de semana siguiente, quedamos en una pizzería y empezamos con la lluvia de ideas. Nuestras parejas se contagiaron de esa ilusión, entre mordisco y mordisco de pizza estilo napolitano, y les creamos *hype* por el resultado que estábamos tramando.

En noviembre, mi pareja y yo disfrutamos de un fin de semana en Palamós, un pintoresco pueblo costero al que nos gusta escapar cuando buscamos desconectar de la bulliciosa ciudad. Mientras compartíamos una copa de vino junto al puerto, le planteé mis dudas sobre el nombre de las tres novelas, a tan solo un mes de lanzar el primer libro. Surgió la idea de rebautizar la novela. Teníamos claro mantener *Adonis*, ya que no era solo un apodo cariñoso entre protagonistas, sino un recuerdo de aquella noche con reserva para dos en el *Café*. Así procedí a registrar de nuevo la novela en la Propiedad intelectual, consciente de que las casualidades no existen y que lo mejor de mí como autora nace de nuestras mejores conversaciones, escapadas y reservas en los restaurantes de ensueño.

La *trilogía Adonis* representa una lucha contra el tiempo, tanto de los protagonistas como

de mi propia aceptación como autora. Mi objetivo es sumergiros en el mundo de las *woman fiction*, donde siento que pertenezco. Porque, en esencia, una trama *woman fiction* relata la vida de las mujeres, se mete de lleno en un viaje por las emociones de las protagonistas con sus defectos y sus virtudes, desde una perspectiva humilde de su día a día. Narro la visión de una mujer adulta, trabajadora, enfrentando dificultades en su cargo laboral, viviendo su vida en pareja, su comportamiento como hija y como amiga de sus amigas.

Con *Adonis* aprendí que la vida, tal y como es, ya es perfecta para ser escrita.

CAPÍTULO 0. ALEJARME DE TI

Julio del año 2001. Dos semanas y media después de la fiesta de graduación del instituto.

Narra Mario

El doctor entra en la consulta mientras revisa las páginas de mi historial médico. Es un hombre de cabello canoso y notables arrugas en el rostro. Debe medir un metro con noventa centímetros de altura, a pesar de estar encorvado en la parte más alta de la espalda. Lo más inquietante son sus ojos, oscuros como los de cualquier otra persona, pero con una expresión de soberbia, como si perdonase a los mortales por existir.

— Ya tengo los resultados de las pruebas, señores — anuncia con altivez.

Desabrocha un botón de su bata blanca y se acomoda en el sillón de piel. Se hace el interesante jugando con los miedos de papá y mamá. Yo no le tengo miedo, porque no le debo nada, pero se empeña en que se lo tenga para recordarme que hay una peor versión de él en el área de urgencias.

La carpeta de mi historial tiene un grosor de seis centímetros. Me han sometido a tantas pruebas, en estos últimos años, que creo haber donado mi cuerpo a la ciencia. Han manoseado cada parte de mi cuerpo, sin mi consentimiento. Me han buscado hasta el alma a través de todos esos escáneres del hospital.

Encerrado en habitaciones frías, de paredes blancas y de luces brillantes, contaba los segundos para que acabasen conmigo. Toda clase de médicos han querido dar con mi problema desde que cumplí los trece años, cuando tuve intenciones suicidas. Hasta que uno de los médicos de Barcelona empezó a analizar mi cerebro, mis conexiones neuronales, y le pareció lo suficientemente interesante como para estudiarme día tras día. El doctor Pelayo violó mi cabeza con neuroestimuladores, sin pensar en lo que yo sentía al estar expuesto ante él y sus instrumentos.

Jamás escuché su voz. Aparecía cuando yo ya estaba en una camilla de acero, prácticamente desnudo, temblando de frío y cegado por las luces del techo. Deseaba con todas mis fuerzas que el tiempo pasara más rápido para dejar de ser su cobaya, pero nunca pasaba lo suficientemente rápido. Él observaba que mis labios estaban morados de pasar frío en esa estancia, que el clima me calaba hasta en los huesos, y, aun así, hurgaba en mi cabeza como un obseso.

— Justo lo que imaginaba, señores — comenta retorciendo el gesto al leer todas esas anotaciones en las páginas de color amarillento — . Estamos a tiempo, pero la situación es cruda.

Lo que lee sobre mí no le agrada. A mí tampoco me gustan los médicos y sus informes.

— Señores Vila Font, los resultados de las pruebas son significativos y alarmantes. Por eso les he mandado venir a la consulta. No hay tiempo que perder.

— Doctor, por favor, díganos la verdad. Sin miedo. ¿Cómo está nuestro hijo? — pregunta papá.

— No tenga miedo a ser franco, doctor. En dos semanas empezaré a trabajar como enfermera en este hospital. Comprenderé el diagnóstico.

— La verdad es lo único que tengo, señora Font. Duela o no duela.

El doctor cruza sus brazos a la altura del torso. Se siente con poder. Se crece y se muestra como un ser intocable.

— No lo hemos podido hacer peor con Mario — murmura papá, culpándose.

— Debemos luchar por nuestro hijo, José. Nos necesita.

— Por cómo se comporta su hijo, señores Vila Font, parece estar buscando abandonar esta vida a través del sufrimiento. Algunos optan por lo rápido y con ayuda, como ingerir una gran cantidad de pastillas, usar una soga, lanzarse desde una ventana o cortarse las venas. Otros, como Mario, recurren a su propio sufrimiento, deteriorando la salud para que su muerte cause daño a sus padres. Es una conducta inmadura por su parte y, en cierto modo, se está convirtiendo en un chantaje emocional para ustedes. — Papá y mamá me miran. Analizan mi expresión agresiva hacia el médico — . Los resultados indican una pérdida de peso severa, la deshidratación podría afectar al sistema renal y el cansancio debido a la falta de sueño podría influir negativamente en su coordinación motora. Presenta heridas y llagas de estar postrado en la cama y por la consecuencia de su falta de aseo. Todas las heridas están infectadas.

Dirijo mi mirada a mi antebrazo, donde algunas ampollas no cicatrizan y cada vez me escuecen más. El aspecto de ellas es horrible, pero no deja de ser el reflejo de cómo me siento por dentro.

— Es una situación demasiado delicada, señores.

Mamá aguanta la respiración al escuchar la gravedad del diagnóstico que conoce a la perfección. La historia se repite para ella y papá.

— Mario nos está escuchando. No sé si…

— Queremos que Mario esté presente, doctor — interrumpe mamá — . Así nos lo recomendó el anterior médico que lo trató. El doctor Pelayo es un magnífico y reconocido especialista en neurología, de Barcelona. Supo ayudarlo la última vez, siendo claro con él.

— ¿Les explicó que Mario está siendo muy consciente de lo que hace?

— Lo sabemos — responde mamá con tristeza — . Sabemos que ha memorizado su diagnóstico.

— Aún es un crío para asumir el dictamen, pero juega con su salud a las mil maravillas.

— El doctor Pelayo nos aconsejó que fuese consciente de lo que nos preocupa su estado de salud — aclara papá.

— El doctor debió advertirles que Mario analiza su diagnóstico como un doctor, no como un paciente. Su cabecita lista no memoriza sin más. ¿Entienden lo que tenemos entre manos? — Deja escapar una risa de incredulidad al mirarme.

— Él consideró que podía darle el alta, doctor. ¿No debió hacerlo? — pregunta papá.

Mamá besa mi hombro, entre sollozos, suplicándome, en un solo gesto, que vuelva en sí y que quiera seguir con ella en esta vida. Me dejó en manos de todos esos médicos que me trataban como si fuese un experimento científico. No entró ni una sola vez a cogerme de la mano mientras me hacían todas esas dolorosas pruebas. Está mal que un hijo odie a su madre, pero detesto de ella las veces que no me protegió lo suficiente en casa y fuera de casa.

— ¿Por qué su hijo ha empezado a comportarse así, señor Vila?

— Tuvimos que venir a Madrid por mi traslado laboral y...

— Solo hemos tenido un mes para preparar el cambio. — Mamá se suma a la falsa culpabilidad de papá.

— A pesar de que no ha sido fácil el traslado, el resto de la familia se ha adaptado a la nueva casa — continúa el cabeza de familia — . Sin embargo, la cosa ha ido a peor. Mario no ha logrado sobrellevar la situación y se ha desmoronado completamente. La única persona a la que escucha es a su hermana.

— Melisa es demasiado pequeña para ver así a su hermano — aclara mamá.

Mi estúpido hermano mayor solía llamarme monstruo, a solas, en Barcelona, cuando me abalanzaba sobre él para enfrentarle a puñetazos después de sus intentos de humillarme. Aprovechaba la ausencia de papá y mamá para maltratarme, menospreciarme y avergonzarme ante Meli.

En varias ocasiones, he sentido placer al dar contra la carne de sus mejillas, hundir mis nudillos y observar el tono morado de su cara al aguantar la respiración debido al dolor de mis golpes, hasta que mi hermana me abrazaba, suplicando que parase de defenderme. Entonces, por ella, dejaba de ser ese ser despiadado con Javi.

Meli es la única que me comprende. Siento que es mi verdadera familia. Nadie en esa casa me mira como lo hace ella, y sus palabras de amor sé que son sinceras.

— El camión de la mudanza ha perdido las cosas de Mario. Todos sus recuerdos. Eso no ha ayudado mucho a que se adapte a Madrid.

— No te olvides de Lola — susurra mamá — . Cuéntale lo de Lola. Ese es el problema, José.

Mis ojos se humedecen al imaginar su rostro. Siento crecer mis ansias por escuchar su voz y mi incontrolable deseo por oler la fragancia de fresas en su piel al desnudo.

Han pasado dos semanas desde que la vi por última vez.

— Mi hijo salió del pozo en el que estaba metido, cuando Lola apareció en su vida.

— Lola también lo ha llevado hasta este punto, José — concluye mamá, entre lágrimas — . Ella es la razón por la que está así.

— Mario evolucionó a mejor cuando empezó a salir con esta chica y su amiga. O, eso creíamos. Esa chica le dio esperanzas y la amiga de Lola lo protegió de personas horribles hasta hacerlo débil.

— No nos dimos cuenta de que Lola era capaz de volver a lanzarlo al pozo más oscuro — interrumpe mamá — . Mario no ha parado de decirnos que le hemos quitado lo más importante de su vida. Creo que Lola ha perjudicado la recuperación de Mario. ¡Era demasiado pronto para conocer a una chica como ella! Recién había recibido el alta y... — Toma aire por la nariz y lo suelta con fuerza por la boca — . Dice que está enamorado de ella, pero Lola está asfixiando a Mario y lo que siente no es bueno para él.

— Quizás no fuimos conscientes de cuánto dependía de ella, y ahora, al no tenerla cerca, ha llegado al punto de no querer seguir viviendo — prosigue papá.

— ¡Me da miedo que mi hijo haga una locura, doctor! — exclama mamá — . ¡Sé de lo que es capaz! No podemos dejarlo solo ni un segundo. Lo obligamos a hacer sus necesidades con la puerta abierta. ¿Comprende lo que eso significa para él?

El doctor me juzga con la mirada; frunce el ceño, su mirada es intensa y fija.

Pelayo hizo lo mismo cuando le preguntaba qué iba a hacerme.

— Casi prefería cuando nos gritaba, insultaba o daba golpes a las paredes. Ahora mi hijo parece carecer de alma. Es como..., no sé..., no puedo sentirlo, aunque esté a mi lado. Tengo la sensación de que no existe desde que pisamos Madrid — describe papá.

Mi mirada se vuelve vidriosa.

Una lágrima cae por mi mejilla, sin esfuerzo. Le sigue otra, en la otra mejilla. Acaba sobre el pulgar de mi mano derecha cuando encuentra el final de su recorrido en mi quijada.

El sufrimiento que siento es insoportable. La opresión en el pecho es tan intensa que me corta la respiración. Duele tanto, que me rendiría si no me esforzara por mantenerme firme ante los demás.

Noto las palpitaciones aceleradas y eso agita mi pecho.

— Señores Vila Font — El doctor suspira, harto de lo que cree es una exageración por parte de todos — , en casa es crucial que todos comprendan la situación de Mario y empiecen a tratarlo como si no tuviera un trastorno. No darle importancia, para que deje de castigarles con su actitud. Sinceramente, el doctor Pelayo se apresuró con el alta. Lamento tener que decirles esto. Es probable que el psicólogo y el psiquiatra les sugieran que rompa con cualquier vínculo que lo mantenga ligado a Barcelona. Eso incluye a esa tal Lola.

— Lo que yo pensé — responde mamá.

— Sospecho que la conexión que siente por esa Lola — pronuncia el nombre con desprecio. Hace que me hierva la sangre — , está destruyendo su autonomía. Necesita pasar página o acabará peor de cómo estaba a sus trece años. Mario es emocionalmente dependiente; se aferra a la seguridad que le aportan otras personas para poder sobrevivir en el mundo. Eso hace que cuando esas personas no le respaldan, se debilita y cae al pozo oscuro en el que cree que merece estar, llegando al punto de poner en peligro su salud.

— ¿Cómo hacemos para que salga de ese pozo? — pregunta mamá, desesperada por una solución — . Estamos dispuestos a hacer lo que sea. ¡Lo que sea!

— Lola ha estado manipulando los sentimientos de Mario, para tenerlo dominado.

— No — respondo con evidente irritación.

— Hijo... — murmura mamá.

Cierro mis puños con fuerza contra la tela del pantalón para contener mis ganas de golpear su repulsivo rostro. Mi mente me invita a ser despiadado, pero mis manos se detienen a tiempo para evitar cometer un error.

— ¿Hijo? — Mamá reposa su mano encima de mi puño — . Calma, cariño. Respira. ¿Son los pinchazos otra vez?

— Está llamando su atención, señora Font — interviene el doctor, con tono firme — . Barcelona tiene que ser un buen recuerdo, no una forma de chantaje contra ustedes.

Aprieto los dientes con fuerza. Libero la ira que crece en mi interior.

— Esta semana van a instalarnos el teléfono — dice papá — . Mario iba a llamar a Lola.

— Se lo prometimos desde que subimos al coche, pero…, ¿qué debemos hacer?

— Señora Font, no lo hagan o van a tener que ingresarlo tras esa llamada.

— Deje que haga esa llamada para despedirse de ella — insiste papá.

Deseo, con todas mis fuerzas, apalear al doctor como a un saco de boxeo, hasta hacerlo sangrar.

— Ha dicho que no — le replica mamá.

— Pero ¿estará la chica igual que él o estará encantada con lo que le pasa a nuestro hijo? ¡No entiendo nada! No veo a Lola con esa maldad — cuestiona papá.

— Señor Vila, ¿está diciendo que no sé lo que digo? — pregunta en un tono amenazador. Papá niega con la cabeza y baja la mirada hacia sus manos, sintiéndose avergonzado por cuestionarle — . No es saludable mantener una relación basada en la necesidad extrema de tenerse, simplemente porque ella quiere tener un perrito faldero.

— Quizás sí está enamorada de él. No tiene nada de malo estar enamorada de mi hijo, digo yo. Aunque sea un chico raro — insiste papá.

— Tienen dieciséis años, por el amor de dios… ¡No saben lo que es amor! Lola lo está usando. — Mamá lo enfrenta. De repente, deja de llorar y se muestra fría con papá — . Te has caído de un guindo, José. Jamás me gustaron esa chica y su amiga. Mi intuición no falla.

— Pero, por una llamada no creo que…

— ¿Quién es el médico aquí, señor Vila? — le corta el doctor. Mira de reojo a mamá para que le apoye.

— Usted, claro.

— Entonces, siga las instrucciones. Si no quieren usar mis remedios, no se molesten en volver a pedir ayuda profesional. Lean una revista de esas del corazón con esas absurdas pruebas sobre el amor.

El doctor rebusca en uno de los cajones a su izquierda y se hace con un bloc de notas. Lo suelta encima de la mesa, de muy mala gana. Comienza a escribir como si le faltase tiempo.

— Vigilaremos que no contacte con ella. Desconectaremos el cable del teléfono y…

— Es absurdo hacer eso. Tu hijo es extremadamente inteligente. Entiende hasta los informes médicos — protesta papá — . ¿Qué vamos a hacer mientras trabajamos?

— Ya se nos ocurrirá algo. Le diremos a Javi que lo vigile. Le daremos más dinero en la paga, a la semana.

Ambos observan al doctor, quien continúa escribiendo con atención. Sus dedos se desplazan sobre el papel de manera firme pero cuidadosa. Se implica en cada palabra para que le tengan respeto. El ceño fruncido y la expresión concentrada son pura apariencia.

— ¿Va a medicar a Mario? Verá..., es que no tuvimos muy buena experiencia la última vez que le dieron medicación. Acabamos retirándole los fármacos porque se ponía peor y…

— De momento no será necesario, señora Font — responde el experto, sin alzar la vista del bloc — . Soliciten pedir hora al psicólogo y al psiquiatra para que lo examinen de inmediato.

— ¿Realmente es necesario que acuda al psiquiatra? — duda papá.

— Señora Font, Mario aún no está preparado para conducir su tratamiento. Su apoyo va a ser fundamental.

— Gracias. Así lo haré.

El doctor se levanta. Papá y mamá lo siguen, apresurándose para ponerse a su altura. Yo, sin embargo, me mantengo sentado.

— Hijo, vamos a casa.

— Yo no tengo casa, papá.

— ¡Hijo! — me regaña mamá.

— He dicho que nos vamos — susurra papá a mi oído, amenazador.

Me pongo en pie y me dirijo hacia el doctor. Está creciendo en mi interior las ganas de golpear su cabeza contra el escritorio y acabar con su estúpido título de narcisista. Deseo que sienta el dolor que yo siento dentro de mí, para que deje de creer que soy una cucaracha a la que pisar con su pie.

— Yo no estoy mintiendo.

— Mario, tu baza es ser convincente — responde con condescendencia.

— Hijo, vendremos a los especialistas — insiste papá, tirando de mi brazo para que me aleje del doctor — . Vamos.

— No vuelvas a hablar de Lola en tu puta vida — amenazo al anciano de bata blanca — . No sabes nada de ella. No me ha manipulado ni un solo segundo desde que la conocí. Me dijo que estaba enamorada de mí, y no me mintió. Yo confío en ella.

— ¿De verdad? Bien… Dime, Mario: ¿Le has contado lo de tu diagnóstico? ¿Qué piensa de ello? — Sonríe, en una expresión que mezcla autosatisfacción y arrogancia, como un triunfo sobre mí.

Lola no comprendería esos informes. Pensaría estar viendo a un monstruo, como lo han

pensado siempre los demás, incluida mi familia. Se habría distanciado de mí, igual que lo hizo mi mejor amigo Isaac, al conocer mis sombras.

— Antes tendría que contarle que esos informes lo han escrito un gilipollas como tú, que la juzga por quererme — respondo sin un ápice de remordimiento.

— Hijo, estás nervioso. — Papá tira de mi brazo para alejarme.

— José, sácalo de aquí. ¡Vamos!

— Bienvenido a Madrid, Mario — contesta, el doctor, con tono sarcástico — . En el fondo, con los años, me lo agradecerás. Lola superará antes que tú la ausencia. Encontrará otra persona a la que manipular. Ellas siempre lo hacen.

Me fijo en sus manos cuando las libera de los bolsillos de la bata blanca. No tiene ningún anillo de compromiso en sus dedos, pero percibo una marca en el dedo anular. Es reciente, muy reciente. Es la muesca de haber llevado esa joya durante años.

— Lamento la escena, doctor. Me avergüenzo de su actitud. No se lo tenga en cuenta, está enfermo — se disculpa mamá.

El ayudante del médico entra en la consulta. Se detiene justo al lado del doctor al notar la tensión entre nosotros dos.

— Lola no es como su exesposa. — Pruebo mi hipótesis — . Usted es el que pensó que alguien podía quererle con esa mierda de actitud. Su decepción con ella es lo que proyecta en mí. Fui un buen paciente durante años. Se me da bien escuchar y, por supuesto, leer sobre el psicoanálisis, cuando me trataron como una cobaya.

El doctor da un paso firme hacia adelante, en un lenguaje corporal dominante.

Un chico de dieciséis años provoca que se ponga a la defensiva. No es tan fuerte como intenta aparentar frente a mis padres. Esa ira no surge de mí, sino de su historia personal con las mujeres.

— ¿Su esposa se sintió aliviada de alejarse de usted? — Sonrío, satisfecho con su expresión de rabia — . Apuesto a que sí... Debió ser insoportable vivir con su maldito ego. ¿A que ella le dijo eso en la última discusión?

Papá tira de mí para que me aleje del vejestorio que me observa con esa mirada cargada de odio. Doy un paso atrás, sin perder de vista a mi acusador. No bajo la guardia un solo segundo, retándole a seguir jugando con mi cabeza.

— No vuelva a hablar mal de Lola o, cuando esté recuperado, le reviento la cabeza contra la mesa para que cambie de opinión. A mi manera, claro — amenazo.

— Acompañe a los señores al mostrador, ¡ahora mismo! — le ordena a su ayudante, enfurecido.

Su asistente reprime su sonrisa con el pinzar de los incisivos contra su labio inferior. Al parecer, no considera que mi actitud esté fuera de lugar. No comprendo por qué no me confronta, como lo harían los demás médicos.

— Acompáñame, muchacho — pronuncia en un tono afable.

— Ya está bien, Mario. ¡Es bochornoso! — me regaña papá.

Me dejo llevar por los tirones bruscos de mi madre hacia la salida.

Sé bien que lo de hoy me costará el peor de los castigos. Cuando llegue a casa, voy a desear no haber nacido.

CAPÍTULO 1. A SOLAS CON MARIO

22 de junio del año 2001, en Barcelona

Narra Lola

Esta tarde me noto especialmente nerviosa. No dejo de pensar en lo que va a ocurrir en la fiesta de graduación.

— Dime que estoy guapa — me saluda Alexia.

— ¿Qué intentas? — me burlo de la calculada pose de mi mejor amiga, en el marco de la puerta de entrada.

Me recibe en albornoz, perfectamente peinada y maquillada para la fiesta.

Estoy segura de que se ha inspirado en las fotografías de las Spice Girls para ese sombreado en los ojos.

— Muévete.

— Ni hablar. ¿Qué demonios llevas puesto? — critica la equipación de baloncesto.

— ¿Vas a dejarme entrar o…?

— Depende — me reta, desafiante con la mirada — . ¿Qué es esa ropa?

— ¿Lola? ¿Eres tú? — pregunta la madre de Alexia, desde el pasillo.

— ¡Tu hija no me deja entrar en casa! — Uso un tono de voz inocente para que venga a protegerme de la pantera de mi amiga — . ¡Karina, ven a por mí!

— Te recuerdo que estás en mis manos. Ella no es tu aliada — amenaza Alexia.

— Siempre estoy en tus manos, desgraciadamente.

— Tú misma. Tengo el maquillaje como arma. ¿Qué tienes tú para defenderte?

Karina aparece en el recibidor, secándose las manos con un trapo de cocina.

— Eso que veo, ¿es chocolate? — pregunto al ver su manchado delantal.

Aspiro el aroma que invade la casa de Alexia. Karina es la mejor pastelera del mundo. Adoro sus postres, y mi debilidad es el chocolate belga que compra para ellos.

— Mi hija ha tomado mucho café y ahora no puede parar de moverse por toda la casa. Dime que te encargas tú de ella, por favor. No puedo terminar en la cocina si no deja de enseñarme más y más vestidos.

— ¿Para qué has usado ese chocolate?

— ¡Lola, se cambia de ropa en tres segundos! Es horroroso verla entrar y salir de la cocina.

— Negociemos la paz, pastelera. — Me relamo los labios — . Acepto, a cambio de encargarme de ella, cualquier tipo de postre que tenga ese chocolate de tu delantal.

— ¿Cuándo te he comprado yo todos esos vestidos, hija? — interroga a Alexia mientras mi amiga se mira las puntas del cabello, evitando decirle que es una ladrona de las tiendas del centro comercial — . ¡Y ahora se queda muda! Es de locos.

— Dime que es un *brownie* con nueces — indago sobre esas manchas.

— Alexia Mayol, ¿vas a responderme sobre esos vestidos? — reprende la regañina con mi mejor amiga — . ¡No tengo dinero para pagar todo eso que te compras!

— Mamá, creo que…

— ¡Qué!

— Huele a quemado en la cocina.

— ¡El horno! ¡Dios santo! — exclama la mujer — . Lola, ¡negocio lo que quieras si averiguas sobre esos vestidos! — Corre desesperadamente por el pasillo. Ciertamente, el olor a

chocolate ahora es más bien olor a churruscado — . ¡Entonces ese *brownie* será tuyo!

— Sabía que era un *brownie* — alardeo.

— No se te ocurra decirle que robo la ropa.

— Alexia, ¿cuánto café has tomado? ¿Dos tazas? ¿Tres?

— Cuatro tazas seguidas — confiesa con orgullo.

Alza la mano para chocarla con la mía en señal de victoria. La aparto de un empujón y me encamino a su habitación, dejándola plantada con su triunfo. Conociéndola, va a estar insoportable con tanta cafeína corriendo por sus venas. Alexia ya es hiperactiva de por sí y saca de quicio a cualquiera en su estado normal.

— ¿Por qué no vestirme con mi ropa, que ha pasado legalmente por una caja registradora? A mí me gusta mi estilo, Alexia.

— Cariño, es a tu padre al que le gusta esa ropa ancha y horrorosa — me recrimina.

Nada más entrar en su habitación, me empuja, devolviéndome no haberla defendido ante su madre. Caigo sobre los cojines que ocupan su cama.

La habitación de Alexia es un completo caos. Está muy desordenada, con ropa arrugada por todas partes, colgando incluso en sitios insospechados, además del manto de bragas sucias tiradas por el suelo.

Tiene las paredes repletas de pósteres de Britney Spears, los Backstreet boys y Christina Aguilera. Luego, tiene un rincón especial para Leonardo DiCaprio.

De fondo, suena música *pop*. Seguro que reproduce alguno de los *cassettes* que graba en su intento de DJ.

Su tocador está abarrotado de pintauñas, maquillaje y joyas llamativas. Le encanta mirarse al espejo, con su lámpara de lava encendida. A mí me pone muy nerviosa ver caer esa cosa viscosa.

— Papá ama el baloncesto, Alexia. Cuando me hicieron capitana del equipo, se le escaparon las lágrimas de la emoción.

— Menuda mierda de excusa para que su hija no vista como una mujer. Tu padre es muy listo. Un día tuvo nuestra edad y miraba las tetas de las de su clase.

Para Alexia, papá es como el padre que nunca tuvo. Karina no ha tenido pareja desde que se marchó su marido cuando Alexia tenía cuatro años. Así que papá es el único hombre maduro y sensato que ha pisado esta casa desde hace años.

— No quiero hablar de las tetas que miraba mi padre. Me da vergüenza pensar en eso.

— ¿Acaso te fabricaron gracias a un robot de cocina?

— Alexia, eres muy graciosa. Ja… Ja… Ja — ironizo.

— Entonces, tu padre y tu madre follaron. Por eso tu padre sabe de qué van los tíos de clase y prefiere que vistas con sacos de patatas.

— ¡Es una equipación! ¡Maldita seas! — Le lanzo un cojín.

Alexia se carcajea mientras se deshace del albornoz, quedándose en ropa interior. Su piel tiene un tono tostado, su cabello es moreno, sus ojos son verde esmeralda, las pestañas espesas, la nariz es respingona y sus labios son carnosos. Su figura tiene las curvas perfectas, anchas y redondeadas.

— Deja de mirarme el culo y comienza a explicarme qué es lo que pasa por tu cabeza desde hace unos días.

— Alexia, ¿puedo contarte algo muy íntimo, pero prometes no reírte de mí?

— ¿Es sobre lo que hacen los robots de cocina en la cama de tus padres? — pregunta entre risas.

— En parte sí. Es sobre mí…, sobre que Mario está muy raro conmigo. No de estar enfadado, sino raro en la forma de ser cuando estamos a solas.

— Me da igual Mario.

— Alexia, cuando estamos a solas, él es…

— Lola — interrumpe, molesta — , si a tu padre le da un infarto con la ropa que he robado para ti, será el de la funeraria quien recoja a Mario. — Sujeta una percha cubierta con un plástico protector — . Lo que tengo aquí lo cambiará aún más cuando estéis a solas en las gradas.

— ¿Crees que Mario me evita?

Alexia gruñe, molesta, al ver que no le presto atención a lo que quiera que sea lo que hay debajo de ese plástico.

Hace dos semanas, Mario me sorprendió con un lado más atrevido. Cuando me burlaba de él por su forma de comer gominolas, quiso hacerme pagar una dulce venganza y se lanzó sobre mí para hacerse espacio entre mis piernas. Mario comenzó a besar mi cuello, atrevido en el roce de sus labios y el pellizco de sus dientes en mi erizada piel.

El reguero de besos terminó en mi abdomen, justo en la cintura de mi pantalón de chándal desprendible. Desabrochó los botones del costado de mi pierna derecha y continuaba besándome al mismo ritmo que iba desnudándola.

Al llegar al último botón, el más cercano a mi cadera, Mario besó la cara interna de mi muslo y sentí un incontrolable deseo por él. Lo empujé contra el colchón y me coloqué a horcajadas sobre él. Besé su cuello, su quijada y su mentón mientras Mario gemía mi nombre.

Apoyé mis manos en el colchón, a cada lado de su cara, buscando besarle en la boca, pero la postura provocó que Mario desviase la mirada hacia el escote de mi top deportivo. Agradada por su deseo, deslicé los tirantes por mis hombros, brazos y muñecas, jugando a provocarlo. Buscó mis ojos en cuanto alcé los brazos y asentí con la cabeza para invitarlo a que me lo quitara a tirones. Dudó. Se quedó solo mirando.

A punto de quitarme el top, nos sobresaltó un portazo de su madre al entrar en casa. Mario se apartó rápidamente, se sentó en la esquina que estaba más alejada de mí, cubrió sus piernas con un cojín y mantuvo la vista fija en la televisión de la pared de enfrente, mientras yo recolocaba los tirantes de mi top.

Nunca había pensado tanto en el sexo. Desde que lo conocí, lo hago todo el tiempo.

A partir de esa tarde no ha vuelto a suceder nada parecido entre nosotros.

— Lola, ¿en serio me hablas de rarezas? ¿No se te ocurre otra palabra para definir a Mario, cariño?

— Dime la verdad — suplico que mi amiga apague mis miedos — : ¿Sabes si le pasa algo conmigo? ¿Está enfadado?

— Mario es tímido, muy reservado para sus cosas. ¿Cómo iba a saber ver la diferencia?

— Hablo en serio. Sé que no es como los demás de clase, pero creo que he cometido algún error que le ha molestado. Es demasiado tímido, y traspasé los límites.

— Quizás esa timidez sea su encanto — asegura mientras se deshace de la bolsa que cubre mi ropa robada — . Hoy no es día de hablar, Lolita. Hoy es el día perfecto para decidirte y hacer que las cosas prohibidas tengan sentido entre vosotros.

— ¿A qué te refieres? ¿Qué te ha contado? ¿Qué sabes?

— Haz lo que te apetezca con él, en el momento en el que te apetezca, y jamás sentirás que haces algo mal con Mario. ¿Sabes qué? Mejor os dejaré solos toda la noche, cielo. Vas a necesitar tiempo para lanzarte, por lo que dices. Es obvio a qué rareza te refieres.

— No sé si lo que siento por él es normal entre dos amigos.

— Tienes que dejar de hacerte la mosquita muerta.

— No quiero estropear nuestra amistad por un error.

— ¿Por qué tienes tanto miedo a ponerle cachondo a Mario? ¿Puedes disfrutar, de una maldita vez , con que le gustes?

— ¿Le gusto? — titubeo.

— Lola, nos conocimos siendo unas crías de biberón. Hemos crecido juntas, para tu desgracia. No conozco ninguna situación en la que hayas hecho locuras, te hayas saltado las normas o te hayan llamado la atención por atreverte a hacer o decir algo prohibido. Por una vez en la vida, no hagas lo que crees que debes, sino lo que sientes de verdad, sin remordimientos. Tienes dieciséis años y vas a empezar el curso de Bachillerato después del verano. Ya has crecido más de lo que quieres frenar. Asume que Mario te gusta, te excita y quieres comértelo en su cama.

— No suena bien cuando lo dices en voz alta.

— Lo que tú digas, Lolita. Pierdes el tiempo, mosquita muerta. — Golpea el aire con sus manos como si aplastase el insecto volador en el que me ha convertido.

***

Sigo recordando cada uno de los detalles de lo que pasó esa tarde. Siento que me equivoqué. No me puedo quitar de la cabeza su cara cuando se apartó bruscamente de mí.

No debí cruzar los límites de nuestra amistad.

Mario es distinto a los demás chicos que haya conocido. Confío en él, pero me ha hecho ver que he abusado de su confianza.

Siento que, al distanciarse, me ha dejado claro que solo quería tantearme de forma inocente.

Fui yo quien pensó en el sexo, no él.

— ¿Sigues con lo de Mario? — pregunta Alexia mientras observa la ciudad por la ventanilla del taxi que nos lleva al instituto.

— Estoy arrepentida.

— Lola. — Me encara — . Si no paras de...

— ¿Cómo sabes si un chico quiere practicar sexo contigo? — interrumpo su regañina.

— Los chicos siempre quieren sexo.

— ¿Cómo sabes eso? — ruego respuestas que alivien los nervios que siento en mi estómago.

— Pues… — Mira de reojo al taxista para ver si está pendiente de la conversación — . ¿Puedes subir el volumen de la radio? Ella ama esta canción — le ordena.

El hombre sigue las instrucciones. La canción ‘Maniac’, mi favorita, retumba dentro del taxi.

— Lola, Fran me hizo mucho daño, en todos los sentidos. Creí que estaba enamorado de mí y que eso significaba practicar sexo. Sé qué crees que te va a ocurrir lo mismo, pero eres mucho más lista que yo. ¿Sabes a lo que me refiero? — Niego con la cabeza, esperando que sea más clara para mi montón de inseguridades y miedos — . Fran es uno de los muchos errores que voy a cometer en la vida. Si hablamos de la unión del amor y del sexo, pues no, no lo encontré en él. El amor correspondido es maravilloso, pero no es tan rápido como llega el sexo. Tú no caerás en

algo tan absurdo como lo hice yo.

— Con Fran, ¿te lanzaste tú a por él?

— No, al final fueron un montón de cosas las que pasaron por mi cabeza en ese momento. Debí pensarlo un poco más. Sé que no estaba preparada porque me dolió tanto, o más, que sus desprecios tras el sexo. Mi cuerpo lo rechazó, pero no lo escuché. Lo hice sin querer practicarlo. — Baja la mirada a sus piernas, visiblemente afectada con el recuerdo — . Lola, el sexo no es solo algo físico como yo pensaba. Te enamorarás de una sonrisa, una mirada, de su voz al decir tu nombre en la oscuridad… — Alza la vista, aunque no con la misma firmeza y seguridad que siempre transmiten sus ojos — . Te enamorarás de lo bien que huele su ropa, sus cabellos, su cama... Te atraerá su boca, su saliva, sus labios, su lengua, sus dientes… Te flipará lo que tocas por encima y por debajo de la ropa. Sentirás cosas brutales que no sé explicar por qué solo me lo he imaginado. — Se encoge de hombros restándole importancia a su perfecta explicación. Sé de lo que habla. Me ocurre con Mario — . Pedro tampoco es el amor de mi vida. Practicamos sexo por entretenernos las tardes de domingo, cuando mi madre está en la pastelería. Lola, intenta dar el paso cuando estés lista, cielo, no por ocupar tu tiempo los domingos.

— Es que no se me dará bien. Lo sé.

— Hay mucha torpeza en el primer sexo. No sé la de veces que nos caímos al suelo, Fran y yo, hasta que empezó la peor de mis experiencias. Luego, con los demás tíos, simplemente fluyó, pero no conecté con ellos como esperaba conectar con Fran.

Alexia se sintió sucia y utilizada por ese imbécil. Se duchaba tres veces al día porque ese mal momento se le grabó en la cabeza, y aún sentía las manos de Fran por su cuerpo.

Con catorce años, Alexia perdió la virginidad con el idiota que le prometió amor sincero, y acabó por aprovecharse de ella pensando que era una chica fácil. Usó la diferencia de edad entre ellos para hacerse el maduro en la cama.

Los chicos de clase fueron muy crueles con Alexia cuando empezó a correr el rumor de que no era buena en la cama. Se le juzgó como la puta del instituto. La acribillaron a ella por follarse a un tío de diecisiete años que estaba con todas las del barrio, y a él, sin embargo, no le pasó nada.

Un día cualquiera, Alexia decidió dejar de llorar por el idiota de Fran. Desde entonces, cambió su carácter a uno más frío y sin apego hacia los chicos.

— ¿Qué ha pasado con Mario?

— He arruinado nuestra amistad. No puedo decirte lo mucho que la he cagado con él.

— No lo creo. Jamás le harías daño a Mario. Lo quieres mucho — cuestiona la verdad detrás de lo que ocurrió con mi mejor amigo. Me lanzo a abrazarla por la cintura con fuerza — . Lolita, sea cuando sea, con el tío que sea, no hagas cosas que no te gusten. — Acaricia mis cabellos para tranquilizarme — . Aunque si es con Mario, muy mal no puede ir.

— ¿Y si no les gusto estando desnuda?

Deshago el abrazo para encararla. Alexia besa mi mejilla con ternura.

— La cuestión es, Lolita — Me muestra una sonrisa pícara durante su pausa — , ¿estás dispuesta a vivir lo que puede hacerte sentir Mario cuando estés desnuda en tu cama o en la suya? Eso supera la vergüenza, cielo.

— Tengo dieciséis años, ¡no sé ni decidir lo que quiero para desayunar!

— Si Mario se la juega hoy por la noche...

— No me gustan las adivinanzas. Ve al grano — interrumpo, ansiosa de escuchar su lado más directo.

— La amistad con Mario será hasta que tú decidas que ya no lo es. Seguro que ha querido besarte alguna vez, pero es imposible leerte la mente. ¡Imagina intentar proponerte sexo! ¿Te parece que he sido suficientemente clara?

— Alexia, creo que besar no es la parte difícil. Siento lo otro como inalcanzable. Y Mario…, pues…, quizás interpreté mal sus señales. No quiero que se aleje de mí por un estúpido error.

Juego con el cinturón de brillantes que adorna mi cintura.

Me siento mal por haber forzado la situación. La decisión de quitarme el top fue una idea desastrosa. Él estaba muy nervioso y me aproveché de eso.

— Mario es perfecto, nena. — Coloca sus dedos en mi mentón y eleva mi mirada — . Las dos lo sabemos. — Sonríe con ternura — . Amistad y amor parecen cosas distintas, pero si se unen, son una puta maravilla. No se ha alejado de ti, simplemente está asustado por lo que siente. — Y abre la puerta del taxi en cuanto el conductor se detiene delante de la puerta del instituto — . No le digas que he dicho cosas tan buenas de él o me lo reprocharía de por vida. Él solo depende de ti y de tus límites, Lola. Y si guarda un condón en su cartera, es que quiere follar contigo desde hace tiempo. — Se carcajea mientras sale del coche — . ¡O quizás es porque tiene una amiga como yo!

«Generación del año 85, ¡felicidades por lograrlo!», leo en una enorme tela de colores que decora toda la fachada del instituto. Luces blancas enfocadas al cielo anuncian la llegada de la fiesta del año.

***

Cómo iba a reconocerlo si no es por su voz. No parece él. Hasta Alexia se ha quedado muda al verlo.

— ¿Qué os pasa? — pregunta un desconcertado Mario.

Viste una camisa blanca, una corbata azul marino y pantalones negros de pinza. Completa el conjunto con una chaqueta de traje a juego. En sus pies, lleva zapatos formales de color marrón oscuro, a conjunto con el cinturón que resalta su delgadez.

— Estás... Estás... — titubeo — . Estás muy cambiado.

Mario hunde sus manos en los bolsillos del pantalón, mostrando una seguridad que no desprende con su ropa habitual. Apoya su peso en la pared y cruza la pierna derecha sobre la izquierda, adoptando una pose que le da un atractivo especial.

— La verdad es que estás muy bueno — lo piropea Alexia.

— ¿En serio me estás halagando? ¿Tú? — pregunta con tono burlón.

— Eres un indeseable, pero hoy eres un indeseable que está muy bueno.

— Me han dicho que has aprobado matemáticas. De nada por pasar el curso.

— No te debo mis buenas calificaciones, bicho raro. Soy lista. — Mario asiente con la cabeza en un gesto que expresa incredulidad — . Tus clases particulares son una mierda. — Él responde con una risa sarcástica — . Espera a Lola aquí, marciano. Tengo algo importante que hacer con ella. No me distraigas con tus tonterías.

Como si yo fuera una muñeca de trapo, la morena me toma de la mano y me arrastra a trompicones hacia la esquina del instituto.

— ¡Alexia! Alexia, puedo andar sola. ¡Alexia!

— No hacia dónde vamos, allí no irías sola. Veremos si está tan crecido Mario cuando te vea allí. Se morirá de celos.

Acelera nuestros pasos hacia el grupo que más odio y rabia le tiene.

— No me digas que... ¡No! ¡Alexia! — Intento deshacerme de su agarre, pero sus manos me tienen bien sujeta — . ¡Mario, ayúdame! ¡Mario! ¡Mario! Alexia, no me hagas esto. ¡Mario! ¡Socorro!

Mi mejor amiga se detiene frente a Isaac, Carolina y los amigos de la pareja. Me lanza como una peonza sobre Manuel. Aterrizo de boca encima del chico, quien intenta sujetarme como puede.

— Muy bien, ya veo que te has puesto cómoda — se burla de mi torpeza.

— Perdona, Manuel.

— No pasa nada, Lola. ¿Estás bien? — Me ayuda a ponerme en pie sobre las malditas sandalias con plataforma.

— Estamos con mi mejor amiga. Nada puede salir bien — murmuro mientras me repongo el cinturón de brillantes y el pantalón de tiro bajo.

Isaac abraza a Carolina en un intento de protegerla de Alexia. Lo malo es que nadie puede prever las locuras de mi amiga, ni tener la mejor protección para su descaro.

— Ya ha acabado la mierda más grande que hemos vivido jamás. — Abre los brazos en cruz, usando ese punto de dramatismo que la caracteriza — . Me da bastante igual cómo os vaya en la vida, especialmente a ti, Carolina. Por mí, como si acabas durmiendo entre cartones, salpicada de vino barato.

Carolina cierra sus puños con fuerza, preparándose para la acción. Mi amiga está despertando a la fiera.

— Isaac, cómo estás. — La morena lo repasa de pies a cabeza — . Y no es una pregunta, cariño. Guapo, moreno, alto, fuerte... ¿Siempre hueles tan bien?

— Alexia, será mejor que nos vayamos. — Estiro de su vestido.

— Tú y yo nos hubiéramos entendido muy bien, Isaac. Más de una vez llegué a pensar que me invitarías a tu casa con la excusa de estudiar algo. Elegiste la peor opción. — Escapa la mirada hacia Carolina — . Una tarde conmigo te hubiera quitado la cara de amargado que te deja tu novia. — El chico no puede perder de vista esos ojos verdes tan impresionantes que lo repasan de cuerpo entero — . No quiero que nos quedemos con las ganas. Estamos a tiempo.

— Alexia, vamos a la fiesta. — Vuelvo a tirar de su vestido.

Ninguno de los del grupo piensa echarme una mano. Están sonriendo, esperando a que en la pelea de gatas salte la sangre. Miro a mi alrededor, desesperada por encontrar ayuda. Mario espera, paciente, apoyado en la pared.

— Isaac, entonces, ¿nos vemos esta noche en las gradas?

— Voy a tener que cerrarte la bocaza. — Carolina se interpone entre Alexia e Isaac — . Me encargué una vez de partirte la cara. Puedo hacerlo otra vez.

— Cierto — murmuro.

Carolina se enrolló con Fran, sabiendo que Alexia estaba con él. Cuando mi amiga se enteró, fue a por ella. La pelea fue épica. Eso sí, ninguna soltó prenda en el despacho del director. «Tenía un piojo. Solo quería quitárselo» dijo Alexia, con un mechón de pelo en la mano y, «Ella tenía un moco en la nariz. La estaba ayudando» dijo Carolina, señalando la nariz sangrante de Alexia. Desde entonces, se la tienen jurada la una a la otra.

— ¿Por qué no juegas en otra liga conmigo, Isaac? Deja a Carolina y vente conmigo.

La ofendida da un paso decidido hacia mi amiga. Pegadas, cara con cara, ninguna frena las ganas de acabar a golpes de puño. Si Isaac no juega a mi favor, tendré que buscar al que domina las malas artes de Alexia, el único que consigue ponerla en su sitio.

— ¡Mario, por favor!

— ¿Tengo que hacerlo…?

— ¡Mario, no es el momento de dudar de las intenciones de Alexia!

— Está bien... ¡Siempre tengo que sacarla de sus líos!

Alexia sonríe al ver que Carolina está al límite. Ha dado donde le duele. Es especialista en reabrir heridas que duelen. Isaac es el blanco perfecto.

— Llévate a Carolina — le ordena Mario, apartando a Alexia de la confrontación — . Yo me encargo de la bocazas.

— ¿Eres su padre? — pregunta Isaac, con malas intenciones. Es rastrero y ruin al utilizar el abandono que sufrió mi amiga cuando era una niña.

— Isaac, no caigas tan bajo. Eso no ha estado bien.

—L as defiendes porque les lames el culo a las dos. — Desvía su mirada hacia sus amigos, buscando su aprobación. Se siente crecido con todas esas sonrisas falsas.

— Nunca te habías puesto así por mí — lo halaga mi mejor amiga — . Quizás eres…

— Alexia, ¡cállate de una maldita vez! — interrumpe Mario, muy enfurecido con el halago — . Ya no os veréis más. Fin. Se acabó. Seguiréis cada una por vuestro lado a partir de esta noche. No entiendo por qué queréis seguir con esta guerra, simplemente por un tío que os vaciló a las dos. ¡A las dos! El gilipollas de Fran estaba viendo la pelea desde las gradas, con el ego por las nubes.

— Llévate a la puta de tu amiga — le amenaza Isaac.

— ¿Cómo la has llamado? — Mario golpea el hombro de Isaac con la palma de la mano. El chico da un paso atrás para recobrar el equilibrio — . Te tengo las mismas ganas que tú a mí. No vuelvas a llamarla así.

— No me pierdo a este Mario — lo vitorea Alexia.

— Eres un fracasado de mierda — le espeta Isaac.

— ¿Quieres que les cuente cuando empecé a ser un fracasado para ti?

Isaac mira a su alrededor. Jamás vi en él esa mirada de odio, ni en los partidos de baloncesto con los jugadores más agresivos. Está conteniéndose a conciencia por algo que sabe muy bien mi mejor amigo.

— No vuelvas a insultar a Alexia por lo mismo que podrían insultar a tu novia. Vete de una vez.

Isaac toma de la mano a Carolina, alejándose de Mario y de Alexia. Camina de espaldas, observando a mi mejor amigo, retándole desde la distancia.

Cuando la pareja del año y sus amigos entran en el instituto, escapo el aire que había retenido en mis pulmones.

— ¡Siempre tienes que dar la nota! — le grita Mario a Alexia.

— Yo a ti no te necesito para nada. Ojalá no tuviera que verte más la puta cara.

— Carolina iba a pegarte hasta aplastarte como una cucaracha.

— ¡Tú ibas a pegarle a Isaac! ¡No me des lecciones! ¿Tú puedes pegarle y yo no a ella?

— ¡Lo mío es distinto!

— Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué?

Mi mejor amigo se pellizca el puente de la nariz al tener que escuchar esa voz que se le mete entre ceja y ceja. Me ocurre igual cuando paso muchas horas con Alexia. Es agotadora.

— No os peleéis por Isaac — les recuerdo.

— ¡Carolina quiso quedarse con Fran delante de mis narices!

— Alexia, la gente no es de tu propiedad.

— Maldita ameba sin sentimientos…

— ¿Crees que no tengo sentimientos porque no te doy la maldita razón?

— Nunca me das la razón. Estoy acostumbrada a que siempre creas que tengo la culpa de todo.

— Si Fran eligió a Carolina, supéralo y sigue adelante con tu vida.

— Tienes suerte de tener a Lola apartándote de mí.

— Cuando te comportas así me das asco. ¡No soporto a esta Alexia!

— ¡Qué te follen!

— Vuelve a tocarme los cojones y…

— Vale, vale, vale. — Me interpongo entre ambos, levantando los brazos como una barrera que evite que acaben en un mar de sangre y vísceras, en la puerta del instituto — . Os empeñáis en haceros daño, pero en realidad no podéis vivir el uno sin el otro. Mario, cálmate. Alexia, entra tú primero a la fiesta y luego vamos nosotros.

— ¿Estás de su parte? — me recrimina mi mejor amiga.

La obligo a girar sobre sus pies, pero, aun así, es incapaz de dejar de fulminarlo con la mirada.

— ¿Quieres que hablemos de Lola? ¿Le digo lo que sientes por ella?

— Me va a estallar la cabeza — murmura Mario.

Alexia me aparta con un empujón, se abalanza sobre el chico y le sujeta la cara para darle un beso en la boca. Intento separarla de él, pero la morena lo tiene retenido con fuerza. Cuando Mario empieza a asfixiarse, Alexia lo libera con un empujón.

— ¡Qué te den por el culo, idiota! ¡Quédate con que soy tu primer beso con lengua!

— ¡No está bien de la cabeza! — grita Mario — . ¡Alexia, qué coño haces! — Se limpia los labios con el reverso de la mano, brusco en el arrastre del carmín — . ¡Casi me rompes un diente!

— Disfruta de mi beso, cielo.

A pesar de ver al chico agobiado con toda la cara llena de carmín, Alexia se carcajea. Luego, le muestra el dedo de en medio antes de alejarse por el camino hacia la puerta del instituto.

— ¿Me ha partido el labio? ¿Tengo sangre? Me arde aquí. — Mario señala su labio superior — . Lo noto hinchado.

— Deja que te ayude. Acércate y te quito el pintalabios. Te has puesto perdido de carmín.

— No sé por qué me la presentaste. ¿En qué pensabas, Lola?

— Detente, Mario. Quiero ayudarte, pero tienes que dejar de hablar para que pueda limpiarte.

Deslizo la yema de mis dedos por sus labios, pensando en lo mucho que me atraen cuando los tengo cerca. Son frescos, suaves y de contorno definido.

Tendría que sentir lástima por él, pero en realidad, desearía haberlo besado yo primero, con menos ímpetu que mi amiga.

— Alexia está loca. ¿Crees que es normal que me dé un maldito beso en la boca por no darle la razón?

— ¿Te ha molestado el beso o que Alexia te haya vacilado?

— El beso no, supongo. Me ha cogido desprevenido, solo es eso. Y con ella es que…, no me molesta que sea un torbellino, pero cuando se comporta así conmigo..., ¡odio que quiera que le preste atención! La quiero mucho, pero me agota la paciencia. — Eso hace que deje de quitarle el pintalabios, estupefacta al darme cuenta de que quizás sienta algo por ella — . Detesto que se comporte así con los chicos. Carolina la habría destrozado y yo hubiese tenido que recoger sus pedazos, por culpa de un gilipollas que no se dio cuenta de que Alexia es mejor que la estúpida niñata de Carolina. Y, en el fondo, no quería que le destrozase el vestido; sé que se ha tomado muchas molestias para estar tan guapa.

— ¿Te gusta cómo le queda el vestido?

Doy un paso atrás. El corazón se me va a salir por la boca. Me late fuerte. Duele.

— ¿No crees que hoy está especialmente guapa? Quiero decir…, Alexia es muy guapa, pero… ¡Auch! — Revisa la yema de sus dedos para comprobar si tiene sangre — . Me escuece el labio. Me ha hecho una puta herida. Maldita sea… — murmura.

Mi estómago da un vuelco. No me esperaba esa respuesta. Me asusta que pueda gustarle Alexia y que haya pasado algo entre ellos este último mes que han estado estudiando matemáticas, en su casa. ¿Por eso Alexia no quiere hablar de Mario?

***

La música empieza a sonar en la pista de fútbol. Luces azules, rojas y verdes se encienden en el escenario y juegan a compenetrarse.

Mario hace rato que mira la nada y da sorbitos a su batido de chocolate. Al fin se ha tranquilizado. Ni rastro del pintalabios de Alexia, pero sí un corte en su labio superior.

— ¿Qué es esta música? — dice mientras mordisquea el hielo de su bebida.

De repente, siento haber hecho el ridículo al descubrir que estoy completamente enamorada de mi mejor amigo, y él quiere a mi mejor amiga.

— 'Flying free' de Pont Aeri. La canción favorita de Alexia — respondo sin ánimo.

— Por eso viene hacia aquí. Espera que no aterrice en tu batido.

Alexia salta a mi alrededor, eufórica y emocionada por el momento que tanto ha ensayado en casa. Ama esta melodía. ¡La canta a todas horas!

— Lo que yo decía: Llamar la atención es su mayor virtud — se burla Mario mientras la otra le rodea con sus brazos.

— ¡Mi momento! ¡Mi momento! — grita la morena, empujando a mi mejor amigo para tener más espacio en la pista.

— Mi momento — la imita Mario mientras vuelve a erguirse.

Alexia se coloca de espaldas a nosotros y empieza a mover el culo como si fuera una bailarina brasileña.

La música para en seco, se bajan las luces y un grito de todos los de clase se hace fuerte porque saben que viene el mejor trozo de la canción.

Alexia encara a Mario y empieza a recitarle el estribillo, usando su puño como micrófono. Las luces de colores vuelven a iluminar a la protagonista y se crece como una artista ante él. Eso le causa gracia a mi mejor amigo.

— Alexia, me avergüenzas — le recrimina Mario, entre risas.

— Y a mí — mascullo.

El DJ cambia de canción, a pesar del grito de enfado de nuestros compañeros de clase.

— Eres gafe, Mario — protesta la morena — . Hablas y se corta la canción.

Mi mejor amigo le guiña un ojo, provocándola mientras sigue chupando un hielo de su batido, para bajar la hinchazón en su labio superior.

— ¿Me estás pidiendo que te bese otra vez?

— No sabes besar — le recrimina él, a pesar de haberme dicho a mí todo lo contrario.

— Así que te ha gustado mi beso.

Mario hace el amago de lanzarle el batido sobre el vestido mientras ella se carcajea al ver que no se atreve a dañarle la ropa. Ambos acompasan las risas, como si yo no estuviera. De repente, las cosas no son tan graciosas en el mundo de Lola.

— Vete a besar a otro — le dice él.

— ¿No te importa que me bese con otro?

— Me importa que no te hagan daño. No quita que, si tengo que ir a buscarte a esas gradas, no seré amable contigo por repetir con tíos como Fran.

— ¿Acaso tienes planes en las gradas?

— No he dicho eso. No le des la vuelta a mis respuestas. Sé por dónde vas. — Esconde su sonrisa tímida con el borde del vaso del batido.

— ¡Aquí os quedáis, idiotas! — interrumpo el coqueteo.

De Mario no me lo esperaba, pero está claro que me equivoqué en su habitación. Lo peor de todo es lo de Alexia, que me seguía el rollo sabiendo que a ella le gusta mi mejor amigo y que me lo escondía.

— ¡Eh! ¡Lola! ¿Qué te pasa? Estamos de broma — intenta detenerme Mario.

— Yo no estaba de broma con lo de las gradas. Piénsalo bien — murmura Alexia.

Aparto a mi mejor amigo de un empujón y pongo marcha rápida a encerrarme en el baño hasta que esto que siento en el estómago se marche y ahogue las ganas inmensas que tengo de llorar.

Como si el DJ estuviera compinchado con mi sufrimiento, hace sonar la canción 'Devil came to me' de Dover. Es la favorita de mi mejor amigo. Me la canta cuando estamos a solas.

— ¡Ojalá no estés nunca enamorado! — le grito, al que, para mí, ya es el peor DJ de la historia.

CAPÍTULO 2. NO SE ME DA BIEN SENTIRME RECHAZADA

Su sonrisa me hace sentir incómoda. Ni siquiera sé a qué viene su acercamiento.

— Creo que voy a venir luego cuando no haya tanta gente pidiendo — le advierto a Isaac.

Cuando doy un paso hacia uno de los huecos que ha dejado la gente, se interpone en mi camino para que no me marche.

— Yo quiero que te quedes un rato más, Lola.

Coloca sus manos en mi cintura y tira de mí para pegarme a él. Mis manos aterrizan en su torso en un intento de poner algo de distancia ente nosotros.

— Me he fijado en una chica de cabello largo rubio, apoyada en la barra, bailando de forma tímida, y me ha entrado hambre, en todos los sentidos. Tanto como para dejar a Carolina y venir a por ti.

Quiero huir.

— ¿Vamos fuera, tú y yo, a solas? Conozco un parque cerca de aquí donde no nos molestaran.

— No pienso ir contigo a ningún sitio.

— Mario es más tímido, ¿verdad?

— No me toques.

Lo aparto de un empujón. Su espalda da de lleno contra las neveras de los helados.

— Así que eres igual de cría que Alexia. Ya veo.

Se da cuenta de que todos nos miran.

— No vuelvas a ponerme la mano encima. Esa camiseta tendrías que llevarla como se merece mi jugador favorito. ¿Jordan? ¿Tú? Por favor… Lo siento, pero alguien tenía que decírtelo: ¡No sabes jugar al baloncesto!

Escucho las carcajadas a nuestro alrededor. Por lo visto, rebajarle el ego a Isaac les entretiene lo suficiente.

— Ni siquiera era verdad que me he fijado en ti. Sé que a Mario le ha enfadado que yo esté contigo. Se lo merecía por haberme vacilado antes.

— ¿Otra vez con Mario?

— No ha dejado de mirarnos, hasta que se ha ido corriendo como un crío de mamá. A ver cómo controlas a tu amigo.

Le doy un fuerte pisotón en el pie derecho, liberando toda mi furia. Mientras los demás se ríen de sus gritos de dolor, doy un paso atrás para marcar las distancias y observar al animal herido.

— Hija de…

— ¿De puta? ¿Eso vas a decirme? Muy propio de ti. No sabes hablar de otra cosa que no sea de putas — le reto a seguir insultándome.

Gozo de mi victoria. Mis últimas horas con Isaac saben a gloria. Es lo más despreciable que he conocido en mi vida.

— Bien hecho, cielo. — Me sorprende Alexia, justo a mi lado.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Sabes que he venido a la fiesta contigo? — Silba, exagerando su sorpresa — . Se la ha jugado con la capitana del equipo.

— Déjame en paz, Alexia. No estoy para tus burlas.

Intento dejar a Alexia con la palabra en la boca, pero no se da por vencida y sigue mis acelerados pasos. Me toma de la muñeca y frena mis pasos.

— ¿Qué te pasa, Lola? ¿Por qué me has estado evitando durante la fiesta?

— Vete con Mario. ¿No es eso lo que querías?

— Lola, no sé qué te pasa, pero no lo pagues conmigo. Estás perdiendo el tiempo esta noche.

Respondo con los brazos cruzados para mostrarle mi frialdad con ella.

— ¿Por qué me miras así?

— Cuéntaselo tú a Mario — le recrimino.

— No es a mí a la que espera esta noche. Isaac tiene razón, Lolita — Escapa su mirada a sus zapatos — : Mario está enamorado de ti.

— ¿De mí? ¡Ja! ¿A quién quieres engañar?

— Creo que has confundido muchas cosas. — Vuelve a alzar la vista, con la mirada humedecida en lágrimas — . El tiempo no te sobra, cielo. Créeme que será mejor que él te lo diga personalmente. Aún estoy asimilando esa idea. — Le cae una lágrima por la mejilla.

— ¿Os habéis enrollado mientras te daba clases en su casa?

— Lola, en mis clases de matemáticas no ha dejado de hablar de ti. Me contó lo que había pasado en su habitación, muy preocupado por la pillada de su madre. — Frunzo el ceño al saber que se lo ha contado — . Mario ha estado semanas intentando volver a empezar lo que dejasteis a medias, pero le daba vergüenza. Yo le di algunos consejos, pero se quedaba bloqueado al quedaros a solas. No estaba raro, simplemente temía hacer algo que no te gustase. Le prometí guardar el secreto.

— ¿Cómo?

— Cuando te ha visto con Isaac, se ha marchado hacia la cancha de baloncesto, maldiciendo por lo bajo que te perdía para siempre. He ido tras él y me ha confesado que el tiempo perdido no se puede recuperar, y cuando he escuchado sus razones, he sentido que sus palabras eran muy ciertas.

— ¿Qué razones son esas? ¿De qué hablas?

— No puedo contarte lo que le pasa, pero te aconsejo que esta noche hagas lo que sea por acordarte de él para siempre. Lo que realmente os apetece a los dos desde hace meses. — Se seca las lágrimas con el reverso de la mano — . Se siente completamente destrozado al pensar que te ha perdido.

— Nunca va a perderme.

— Lola, por favor, ve a por Mario y no me pongas en el lugar que no me corresponde.

— ¿Cuál es ese lugar? No entiendo nada de lo que dices.

— Pregúntaselo tú misma, ¿quieres? No pensé que tuviera una mejor amiga tan estúpida de pensar que me enrollaría con el amor de su vida. Nuestra amistad es sagrada. Mario es importante para mí, nunca le haría daño o me aprovecharía de él. ¡Mario no es como los demás chicos! Espero que te des cuenta del daño que me has hecho al evitarme en la fiesta de despedida de los mejores años de mi vida junto a ti, por unos malditos celos sin sentido, sabiendo que es evidente lo que Mario siente por ti.

— Alexia, yo no…

— Ve a por él. — Esquiva mi abrazo dando un paso hacia atrás — . Su madre llegará con el coche después del turno de noche del hospital.

***

Mario no mueve ni un solo músculo para tratar de recibirme.

Me arrodillo en el suelo, frente a él, apoyando mi mejilla en el cruce de sus antebrazos que descansan en sus rodillas doblegadas y pegadas a su torso. Cuando lo conocí, solía adoptar esta misma postura como un escudo contra el mundo. Me preocupa que ahora lo esté utilizando para protegerse de mí.

— ¿No quieres ni mirarme, Mario?

No había planeado que esto saliese así. Está siendo una noche demasiado triste para ambos.

— No puedo. Lo estoy intentando…, pero no puedo — murmura en un susurro.

Me duele muchísimo saber que está a punto de llorar por un estúpido malentendido. Lo he estropeado todo por un maldito ataque de celos.

Dejo un beso casto en su antebrazo para que se dé cuenta de que estoy aquí por él y que quiero que seamos nosotros dos, como lo somos en la intimidad. Quiero ser y sentir lo mismo que cuando estamos en su habitación.

— Detesto lo que me nace cuando pienso en este instituto, en el pasado. Me duelen cada uno de los recuerdos que he vivido aquí.

— Mario, yo soy parte de esos recuerdos de los que hablas.

Eleva la mirada y se encuentra con mis ojos.

— Vine a la fiesta de graduación creyendo que podría decirte todo lo que he ensayado frente al espejo del baño — confiesa.

— Estoy aquí. Esto es mucho mejor que lo del espejo.

— Isaac me ha descolocado por completo. Sé que sabe cuáles son mis puntos débiles, pero no pensé en que se había dado cuenta de que tú eres el que más me duele de todos. — En su mirada hay temor e inseguridad al hablarme de ese imbécil — . Él y yo éramos mejores amigos. No era popular por aquel entonces, de modo que no tenía nada que aparentar.

— Mejores… ¿amigos?

— Ese verano de hace dos años, empezó a usar otra ropa y notó que llamaba la atención de las chicas de clase. Una de ellas eras tú, la capitana del equipo de baloncesto. Cuando me acerqué a él, estaba con un grupo de chicos de clase, jugando con la pelota que le regalé para su cumpleaños. Decidió darme la espalda, dejándome en ridículo. Volví a saludarlo de nuevo, pero me propinó un fuerte pelotazo en el estómago. — Se me corta la respiración al imaginarme la escena de Mario recibiendo ese golpe a traición — . Me empujó contra el suelo, y eso hizo que el grupo estallase en carcajadas.

— Mario, ¿cómo iba a imaginarme algo así? Nunca me has contado que te hizo algo tan horrible.

— Este es el lugar del instituto donde me escondí el día del pelotazo en el estómago. Luego empecé a usarlo para esconderme para todo lo que me pasaba con mi hermano, sus amigos e Isaac.

— Mario, ¿quieres saber algo? Creo que este es el lugar perfecto para decirme lo que ensayaste frente al espejo del baño. Espero a partir de ahora, que sea tu rincón favorito, como lo es para mí. — Deslizo mis manos por detrás de su nuca, acariciando sus cabellos — . Tú…, yo…, una cancha de baloncesto… — murmuro mientras me acerco más a sus labios — . Y lo que siento por ti. — Inclino mi cabeza, dirigiendo mi boca hacia la suya — . Quería que esta noche fuese especial, porque para mí eres especial. — Lamo con la punta de la lengua su labio superior. Humedezco lo que espero besar, si se deja llevar — . ¿Y tú, Mario, qué sientes por mí?

Cierra sus ojos mientras beso la comisura de sus labios, su mejilla y su quijada. Acompaña el reguero de besos inclinando su cabeza para dejar espacio a mi boca.

Relaja su cuello, sus hombros, y sus rodillas y piernas, abandonando la postura que hacía de escudo contra mí.

— Mario, ¿y si simplemente hacemos lo que nos da la gana, sin rendirle cuentas a nadie?

Capturo su labio superior con la delicada presión de los míos.

Un gemido escapa de su garganta después de mi mordisco en su labio inferior.

— Olvidarnos del mundo se nos da bien, ¿no crees? — pregunto antes de volver a morder sensualmente su labio inferior — . Me gustas. — Abre los ojos en cuanto le revelo mi confesión. Se relame los labios, humedeciendo aún más el recorrido que ha hecho mi lengua, mis dientes y mis labios — . Me gustas mucho, Mario. No dejo de pensar en ti todo el tiempo. No sé controlar estas ganas que tengo de ti. — Me encanta sentir su aliento cálido en cuanto juego a esquivar su intento de besarme. La última vez nos quedó muy lejos de culminar la calidez en un beso — . ¿Qué quieres de mí, chico listo? Di en voz alta lo que deseas. — Esquivo de nuevo su intento de besarme. Sonríe al darse cuenta de que voy a retarle a que lo pronuncie en voz alta — . ¿Por qué tienes este poder sobre mí? Sueño con tu boca. Sueño con tus besos. — Lamo sus labios y él vuelve a intentar alcanzarme — . No lo has dicho en voz alta. Quiero escucharlo. ¿Qué quieres de mí? Dímelo — suplico en un murmuro.

Siento un hormigueo recorriendo mi cuerpo, la humedad y las palpitaciones en mi sexo, y el calor en mis mejillas.

— Lola — se queja por no poder alcanzarme.

Bajo mi mirada a sus labios, deseándolos más que nunca, y sonrío de lado, creciéndome en el juego. Espero, ansiosa, a que esa sonrisa que me devuelve signifique matar esta tensión no resuelta desde hace demasiado tiempo.

— ¿Cómo no voy a olvidarme del mundo, si estoy contigo, Lola?

Mario me agarra las mejillas con las manos y tira de mí para sellar sus labios sobre los míos. Abrimos la boca, permitiendo que nuestras lenguas se entrelacen en un íntimo baile. Cierro los ojos, intensificando la sensación de su lengua acariciando la mía dentro de mi boca. Captura mi labio superior con los suyos mientras ambos recuperamos el aliento.

— Lola, ¿por qué no habíamos hecho esto antes? — pronuncia con la respiración entrecortada .

— Bésame.

Acaricia mis mejillas con sus pulgares, en un gesto cariñoso, sin apartar su mirada de mis labios, que están hinchados, enrojecidos e impregnados de su saliva. Asiento con la cabeza, dándole alas, pidiéndole más. Mario se lanza a por mi boca y me marca la intensidad que quiere del beso. Nuestras lenguas se saborean, bailan, se acarician dentro de su boca o de la mía.

— Esto no pasaba en el espejo.

— Pero pasaba en mi cabeza, Mario. — Tomo grandes bocanadas de aire para recuperar el

aliento —. Podría contarte todos los detalles de los sueños que he tenido contigo, pero creo que puedo mostrártelo el resto de la noche.

Evita que mis dientes rocen su labio inferior.

— Tengo que decirte algo importante. No puedo seguir si....

— Estoy enamorada de ti. — Aparto sus manos de mis mejillas, y agarro su corbata, atrayéndolo hacia mi boca —. Te quiero, Mario. Cuando se unen la amistad y el amor, es una puta maravilla.

— Lola.

Deshago el nudo de su corbata, esbozando una sonrisa para que perciba mis deseos.

— Lola.

Continúo, desabrochando meticulosamente cada botón de su camisa.

Mario me da espacio, inclinando la cabeza hacia atrás para que pueda trazar su cuello con mi lengua y el suave roce de mis labios, mientras sigo desnudando su torso.

— Me gusta tu olor… — Aspiro su perfume Jean-Paul Gaultier —. Se queda en mis sábanas después de estirarte en mi cama. Luego te sueño en ella.

Dirijo mis manos hacia la hebilla de su cinturón, evocando la noche en que desperté empapada en sudor, con la almohada entre mis piernas, haciendo un vaivén con mis caderas que provocaba la fricción de la almohada sobre mi sexo. Sentía la humedad impregnada en mi ropa interior. Mi sexo palpitaba muy intensamente.

— No quiero perder más el tiempo — confieso.

En un ágil movimiento de muñeca, me deshago del cinturón. Las miradas cargadas de deseo y las intenciones excitantes regresan, como tantas veces en la habitación.

— Alexia es la única que sabe que estamos aquí — le advierto mientras bajo lentamente la cremallera del pantalón —. Seguro que está haciendo guardia en la puerta para que nadie nos moleste.

Observo cómo mis dedos completan la última muesca con la cremallera. Tiro suavemente de la cintura del pantalón, deslizando la prenda por sus nalgas y muslos hasta que cae a la altura de sus rodillas.

— Lola, yo… Ehm… — intenta excusarse con lo evidente; el calzoncillo es bastante delatador y su erección tensa la parte delantera de la pieza —. Nunca hice esto delante de… una chica. — Mario traga en gordo, nervioso, al darse cuenta de que mantengo mi mirada en su empalmada.

— Te mentía. — Lo encaro de nuevo —. Cuando me pedías que mirase hacia otro lado para cambiarte de ropa, no te dabas cuenta de que te miraba a través del reflejo de los cristales de la ventana de tu habitación. Y si me gustaba lo que veía a escondidas, ahora es… — Me muerdo el labio inferior, deseosa —, real.

— A mi padre lo trasladan a Madrid, por trabajo — interrumpe, atropellando las palabras para que lo escuche cuanto antes. Elevo mi mirada para encontrarme con sus ojos —. Nos vamos mañana por la mañana, en nuestro coche. — Deja una pausa para que asimile la noticia que me ha caído como un jarro de agua fría —. Es mi última noche en Barcelona.

— Tú última… ¿noche?

— A papá le han ofrecido un buen sueldo en la nueva empresa, una casa con jardín a las afueras, un instituto privado para mis hermanos y para mí, y mamá ha pedido el traslado al hospital central de Madrid, y le han concedido la plaza.

— ¿Desde cuándo sabes que…?

— Desde hace un mes.

— Mario. — Me llevo las manos a la cabeza — . ¿Un mes?

— Creí que al final se arrepentirían de llevarme con ellos a Madrid y que podría quedarme en casa de mi abuela, como les pedí para no alejarme de ti.

La visión de un montón de cajas de cartón en su casa me revelaba la respuesta que he tenido en frente de mí desde hace un mes. Mientras yo pensaba que estaban organizando el piso para vivir mejor, Mario ya se estaba trasladando a Madrid. Su habitación estaba a medio desmontar cuando esa tarde empezamos a sentir que deseábamos algo más el uno del otro. Estaba tan absorta en él, que no me di cuenta de lo que sucedía a nuestro alrededor.

Baja su mirada al suelo, avergonzado por haberme escondido su secreto.

— Te vas a Madrid… O sea… ¿Es en serio? ¿Te vas? — insisto en comprender el desastre — . ¿No vamos a volver a vernos más después de esta noche? ¿Voy a perderte?

Se oculta el rostro entre las manos cuando las abrumadoras lágrimas escapan de su control. Sus sollozos resuenan contra sus palmas.

Si dejo que se marche así a Madrid, no me lo perdonaré jamás. En realidad, si dejo que se marche, no me lo perdonaré jamás.

— Mario. — Descubro su cara. Tiene el rostro empapado en lágrimas y sorbe el moqueo de su nariz — . ¿Esto era lo que habías ensayado en el espejo del baño? ¿Ibas a decirme que te ibas mañana?

— No quiero irme — solloza cada palabra, preso del llanto — . No quiero perderte.

Me fijo en cada rincón de la cancha de baloncesto, aturdida.

Localizo el contador de puntos y el temporizador, algo que tantas veces marca mi juego.

— Pídeme tiempo — suplico una táctica para esta situación tan macabra.

— ¿Qué?

— No sé qué hacer para impedir que te marches, así que solo se me ocurre parar el tiempo. Puedo…, si quieres…, hacer la maleta y dejarla preparada en mi armario. — Vuelvo a encontrarme con sus empapadas mejillas, y sus ojos enrojecidos y llenos de lágrimas — . A los dieciocho años recién cumplidos, iré donde quieras y estaremos juntos otra vez. Mario, pídeme tiempo.

Siento un nudo presionando muy fuerte mi garganta. Me cuesta respirar. Mi corazón late demasiado deprisa. Se me humedecen los ojos y empiezo a ver a Mario algo borroso.

— Te quiero tanto que esperaré el tiempo que sea.

Mario se abalanza sobre mí. Se acomoda entre mis piernas y apoya sus manos a cada lado de mi cara. Siento que entre sus brazos nada malo va a ocurrirme. Ni siquiera el tiempo puede hacerme nada.

Vuelve a besarme, en un danzar tierno de nuestras lenguas. Nuestros labios se necesitaban para calmar el temblor provocado por el llanto.

Cierro los ojos para sentirlo más intensamente.

— No me veo capaz de despedirme de ti — confiesa entre besos.

— No te despidas. — Retomo los besos apasionados — . No lo hagas, por favor — suplico mientras recuperamos el aliento — . Nos llamaremos, nos enviaremos cartas, y me escaparé a Madrid. Dormiré en tu casa, contigo. ¿Quieres? — Tiro del cuello de su camisa para que me bese otra vez con la misma necesidad de tenernos — . Esta noche no la vamos a olvidar jamás. Es imposible que me olvide de ti. — Le robo otro apasionado beso — . Haré lo que sea para volver a estar juntos. Quiero estar contigo, sin importarme el lugar.

— Lola, tú…, el otro día…, en mi habitación… — Dirige su mirada al perfecto encaje de nuestras caderas.

— Lo que empezamos en tu habitación lo deseaba de verdad, pero no tanto como te deseo ahora mismo. Quiero que hagamos el amor, Mario. Aquí, en la cancha de baloncesto. Tú y yo en el lugar más perfecto del mundo.

— Es mi primera vez. — Busca mis ojos con una expresión suplicante, claramente nervioso. Y, sí, yo también lo estoy.

— Seamos nosotros mismos. No importan los errores, si estamos juntos. También es mi primera vez.

Deslizo lentamente la camisa por sus hombros, desnudándolo poco a poco. Me tomo mi tiempo para mirar cada uno de sus lunares y acariciarlos con los dedos. Esas pequeñas marcas son muy suyas. Sueño con besarlos cuando en mi mente hacemos el amor.

— Eres preciosa. No me imagino mirar a otra, el resto de mi vida, como te miro a ti ahora mismo.

***

Narra Mario

Salgo corriendo hacia el coche de papá.

Sé que Lola está mirando desde la cristalera del portal de su casa. Si la vuelvo a ver llorando, no respondo de mí. Ha sido una despedida muy dolorosa para los dos.

— No puedo respirar.

Caigo en los asientos traseros del coche.

— Cálmate, hijo — responde mamá.

— Me duele el pecho.

— Es un ataque de ansiedad. Ya sabes lo que tienes que hacer. Mario, toma aire por la nariz…

— Y suéltalo por la boca — continúa mi hermana Meli — . Mario, puedes hacerlo. Nariz y boca. ¿Recuerdas? Te lo enseñó el médico.

— Mario, vamos. Por la nariz..., por la boca... — insiste mamá, intentando llegar a mí por encima de su asiento.

— Ya está el niño dando el espectáculo — protesta mi hermano Javi — . ¿Siempre tiene que hacer que se ahoga?

— Me falta el aire — insisto, asustado al sentir que no puedo respirar.

— Volverás a verla — me anima Meli — . Lola te quiere. Mario, por favor, respira.

— ¿Lola te gusta? — se burla Javi — . ¡Si es una cría! Además, conocerás a chicas mejores que ella. Las madrileñas fliparán cuando lleguemos. ¿Te has visto en el espejo? Idiota, pierdes el tiempo con Lola.

— ¡Javi! — grita mamá.

Me echo encima de mi hermano para propinarle un puñetazo en la cara. Da con la mejilla en

el cristal de la ventanilla del coche y su grito de dolor sobresalta a mamá y papá.

— Mario, ¡basta de una puta vez! — grita papá — . ¡Suelta a tu hermano!

— ¡No sabes nada sobre mí!

— Sé que eres un idiota por enamorarte de una cría — insiste en provocarme.

— ¡Mario! — me regaña papá.

Al ver que Javi me sonríe de lado, victorioso por llevarme la regañina, me abalanzo sobre él.

— ¡Para hablar de Lola, lávate la puta boca!

Papá echa el freno de mano, en un tirón brusco de la palanca.

Sale del coche y lo rodea dando grandes zancadas.

Abre la puerta de los asientos traseros y se abalanza sobre mí. Cuando creo que ya he conseguido odiar a papá con todas mis fuerzas, me propina una bofetada en la cara, con la mano bien abierta. Mi boca sabe a hierro. Estoy sangrando.

— ¡Se acabó! — me grita con su cara pegada a la mía — . Como vuelva a escucharos durante todo el viaje a Madrid, os aseguro que me encargaré de vosotros al llegar a la nueva casa. ¿Entendido? Madrid os va a parecer un infierno, a todos, si no dejáis de tocarme los cojones. Os guste o no, esto es una oportunidad para esta familia. ¡Egoístas de mierda! — Me libera — . No sois capaces de ver más allá de vuestras mierdas adolescentes. — Impacta su puño contra el respaldo del asiento del conductor. A Meli se le corta la respiración, asustada por el lado violento de papá — . A vuestra edad tenía que ir al colegio a escondidas, trabajar día y noche, hasta que pude sobrevivir y pagarme la carrera universitaria con mis propios ahorros. No sabéis nada de la puta vida. Vuestra madre y yo no os hemos educado para que solo os miréis vuestro ombligo. — Aunque Javi está riéndose de mí por haber provocado la ira de papá, este me increpa con el dedo, amenazante, en vez de ir a por su hijo mayor — . Mario, basta de volver a ese estado del que nos costó mucho dinero sacarte, cuando tenías trece años. ¡Basta de tus ahogos! ¡Basta de hacerte la víctima en todas las decisiones que toma esta familia! — grita hasta desgañitarse.

— ¿Y la culpa es mía? — alzo la voz, poniéndome a su altura en el trato.

— ¡Basta ya de tanta Lola! ¡Me tienes harto con ese demonio de chica!

— Y tú me tienes harto a mí. — Le muestro mis dedos manchados de sangre.

— Lola — se burla Javi.

Papá cierra la puerta en un golpe seco.

Se dirige de nuevo al asiento del conductor.

Meli me abraza mientras observa mi boca. Ve las consecuencias de lo que el animal de su padre me ha hecho.

— No dejaré que te vuelva a pegar — musita Meli.

— Tranquila, no lo hace cuando vosotros estáis delante — confieso uno de mis mayores miedos en casa.

Mi hermana acaricia mi mejilla, tierna en el roce.

— ¿Te duele mucho? — sigue en un tono comedido para evitar encender la furia de papá.

— Me duele más haberme despedido de Lola.

Abro espacio entre mi pecho y mi brazo, para que se acomode. Meli siempre viene a mi habitación, se tumba en mi cama, busca este mismo hueco entre mis brazos, y pronuncia palabras de cariño para que deje de llorar y vuelva a respirar con normalidad.

— Ella te ama, Mario.

— Estoy enamorado de ella. Aunque la llamase, nunca será suficiente. La he perdido para siempre.

Papá enciende el motor, da un tirón brusco al freno de mano y avanza a gran velocidad por la calle.

Mamá me observa a través del espejo retrovisor. Ve perfectamente que sigo limpiándome la sangre de la herida que me ha hecho papá. Pero no me ha defendido de él, porque ella también piensa que me lo merezco.

— Tengo un hermano que es gilipollas — murmulla Javi.

— Cállate de una puta vez — le amenaza Meli.

Papá nos observa por el retrovisor en cuanto escucha el murmullo en la parte de atrás.

Sé que hablaba en serio con hacernos vivir un infierno.

— Mario, iremos juntos a buscar a Lola. Haré lo que sea por ti. ¿Te acuerdas del día que supe que estabas enamorado de ella? No podías dejar de mirarla.

***

20 de abril del año 1999, en Barcelona

Narra Mario

El profesor lleva cuarenta minutos con la tabla periódica. Es de lo más tedioso explicando la lección. Creo que media clase está en coma.

— Esto entra en el examen, señorita Suárez. Llega tarde.

La silla que está justo a mi lado se mueve. Acaba sentándose Lola.

— Lo siento, Dalmau. ¿Tengo que quedarme en el pasillo? Parece muy interesante lo que explica.

— Puede quedarse, pero la próxima vez que llegue tarde, se queda fuera y automáticamente suspendida en el examen.

Me pregunto por qué se sienta a mi lado, si hay una silla vacía a dos filas de aquí.

Lola deja su libreta encima de la mesa y lanza la mochila al suelo.

— Hola — saluda en un tono risueño.

La observo, extrañado. Nadie se sienta conmigo.

— Menuda me ha caído por llegar tarde. Si supiese que es porque me he quedado encerrada en el baño… — Me guiña un ojo y me sonríe — . Me ha sacado el conserje.

Cuando recoge sus cabellos a un lado de su cuello, capto su perfume. Es de fresas, una fragancia dulce que hace que Lola tenga un delicioso olor a postre.

— Mario, ¿en qué página del libro estáis? ¡Mierda! Es el libro de lengua. — Se da cuenta de que hojea el equivocado.

— En realidad no está siguiendo el libro. De hecho, se ha equivocado en uno de los elementos de la tabla periódica, pero paso de decírselo.

Deslizo mi libro hasta el centro de la mesa para compartirlo con ella.

— Solo tú podrías corregirle. Todos dicen que eres el que mejor calificaciones tiene con Dalmau.

— De mí se dicen muchas cosas. No deberías creértelas todas.

Esta chica es rara, pero me gusta su forma de ser, tan espontánea, sin importarle que no hayamos cruzado una sola palabra para tratarme con confianza.

— Dalmau usa esa voz de hombre fuerte para que nos dé miedo, pero creo que en su casa habla en el mismo timbre que los Pitufos — bromea.

Escapo una sonora carcajada. Dalmau se voltea bruscamente para dar con mis risas. Hago todo lo posible por disimular, mientras Lola me observa con una sonrisa.

El profesor vuelve a concentrarse en la pizarra.

— Buen trabajo, Mario — me halaga — . Así que tú también crees que es un Pitufo.

Lola es preciosa. Nunca la había tenido tan cerca y me impresiona lo bonita que es.

Tiene una sonrisa tímida encantadora.

Sus ojos, de color miel, son pura vitalidad.

— La *pitutabla* periódica — bromea usando el tono agudo de esos dibujos infantiles.

— Señorita Suárez, ¿llega tarde y encima tiene ganas de reírse? No creo haber contado un chiste.

Es imposible quitarle el ojo de encima a esta chica. Me tiene enganchado.

— El 30 es Zn, porque es Zinc. Usted ha escrito Zc. ¿No es incorrecto, Dalmau? — Todos

los de clase dirigen la mirada al profesor — . Justo estábamos en ese punto, ¿verdad, Mario? — Lola me sonríe y me guiña un ojo — . ¿Estamos equivocados, profesor?

Se ha dado cuenta del error. Alucino con que se haya percatado tan deprisa.

— ¡Así no me puedo aprender la tabla! ¡Voy a suspender por su culpa, profesor! — Por supuesto, es la amiga de Lola.

— Señorita Mayol, cállese. — Dalmau busca la tiza y el borrador por la repisa de la pizarra.

— Yo solo me sé lo de la teoría de los gases. ¿Cómo era? ¡Ay! ¡La ciática! Fue una clase instructiva. Hay muchos que no habían pensado en que sus pedos eran algo científico.

— La teoría cinética — murmuro — . No es tan difícil.

Lola se ríe por lo bajo al escucharme protestar por el error de su amiga.

Busca uno de los rotuladores de su estuche. Luego comienza a pintar una fotocopia, en blanco y negro, de la tabla periódica.

— Esa que está ahí no sabe ni que había examen — pronuncia entre risas.

Tengo que morderme el labio para parar una estúpida sonrisa. A diferencia de ella, yo llevo horrorosos *brackets* que me incomodan mucho y evito mostrarlos a desconocidos.

Lola vuelve a concentrarse en la fotocopia. Aprovecho para dejar salir mi estúpida sonrisa.

— Deberías hacerlo más a menudo, Mario. Siempre estás muy serio.

— ¿Te doy miedo?

— No, solo que me gusta más cuando sonríes. Pareces otro chico.

— Otro… chico.

— No pasa nada por... — Golpea sus dientes incisivos con la parte del tapón del rotulador — . No es nada malo llevar *brackets*.

— Eso es porque a ti no te llaman pararrayos, *Robocop, Scalextric*…

— Yo los tengo como un conejo. — Se pega a mí para mostrarme de cerca sus dientes. Yo los veo perfectos. Le hacen una preciosa sonrisa, a la vez que traviesa — . Deberías reírte, aunque los demás hablen de ti. También lo hacen conmigo. Tienes que evitar que te importe lo que piensan los demás.

— Ahora me importa lo que piensas tú.

— Señores, pueden ir saliendo de clase, en orden — termina la clase Dalmau — . ¡Estudien para el examen!

Tomo mi libro y la libreta, y los guardo en la mochila.

Acabo de decirle que me importa lo que piensa de mí. Es mejor que huya antes de meter más la pata.

— Espera, Mario. — Llama mi atención cuando voy a marcharme — . ¿Vas a casa?

— Eh… Sí.

— ¿Vamos juntos hacia la salida? —M e cede el paso por el pasillo de entre las mesas —. Normalmente, Alexia tarda más en salir de clase. Queda con los chicos. Es muy pesada.

Sonrío al escucharla. Esta vez no disimulo mis *brackets*.

— Quizás podamos sentarnos juntos en clase, el próximo día. Hasta te haré una tabla periódica pintada por mí.

— ¿Me la harías?

— Claro, me caes bien. Te ríes de lo mismo que me hace gracia a mí. Alexia nunca se ríe de mis bromas, cree que son absurdas. Además, te he visto sonreír, chico de los *brackets*.

— A mí no me parecen absurdas tus bromas.

— Y a mí también me importa lo que pienses tú de mí.

Bajamos, uno al lado del otro, por las escaleras que dan al pasillo que conduce a la salida.

Mi corazón late a mil por hora al notar que está pegada a mi cuerpo.

Claro que quiero que se siente conmigo en clase, el problema es que no sé qué hablar con alguien como ella. Yo no charlo con chicas, a excepción de mi hermana y sus amigas.

— Supongo que quedará la silla libre.

— Deja la mochila en la silla de tu lado, y nadie se sentará. Así sabré que puedo sentarme contigo. Todos hacen eso para reservar sitios en clase.

— Esto, Lola... ¿De verdad quieres que…?

— Quizás podamos estudiar juntos para el examen de ciencias — interrumpe con entusiasmo — . Puedes venir a mi casa.

— ¿A tu casa? Yo, ¿en tu casa?

— ¿Qué problema hay? En la biblioteca no podremos reírnos. Además, yo suelo estudiar con música.

— Yo también.

Llegando a los últimos escalones de la escalera, veo a Meli esperándome para irnos juntos. Es el momento de despedirme de Lola. Ni siquiera sé qué decirle.

— Esa de ahí es mi hermana pequeña — digo lo primero que se me ocurre — . Voy con ella a casa — me excuso.

Cuando llego a la altura de Meli, Lola me sonríe.

— Nos vemos mañana — se despide — . Piénsate lo de venir a mi casa, ¿vale?

Me he quedado bloqueado.

Lola, al ver que no pronuncio palabra, se marcha hacia la salida.

Habrá creído que soy un imbécil. Me ha invitado a su casa y me he quedado mudo.

— Mario. — Meli busca mi atención trepando por mi camiseta.

— Hola, enana.

— ¿Quién es esa chica? — Inspecciona a la que acaba de agitar mi mundo, sin proponérselo.

— Es Lola. Va conmigo a clase.

— ¿Vas a ir a su casa? — pregunta con extrañeza. Sabe que no tengo amigos, y mucho menos amigas.

Lola no es como las demás chicas. Viste ropa deportiva, como yo, en una talla holgada que le queda increíble y con la que desprende mucha personalidad. No le preocupa tener los cabellos alborotados y no maquillarse.

—¿ Qué tal te ha ido en clase, enana? — Desvío su atención.

— He suspendido.

— No pasa nada, luego miramos el libro en casa y te ayudo para la recuperación, ¿vale? Verás que la próxima vez te saldrá mejor. Estudiaremos juntos.

— No quiero repetir curso, Mario. No quiero que todos piensen que soy tonta.

— No eres tonta.

—Q uiero ser tan lista como tú. ¡Nunca suspendes! No necesitas pasar horas y horas estudiando, como yo. Te lo aprendes en un momento — solloza.

No es la primera vez que viene a mi habitación, de madrugada, llorando por haber suspendido un trabajo o un examen, y habérselo callado durante la cena, ante papá y mamá. Acaba dormida en mi cama, abrazándome con fuerza. Solo así no tiene pesadillas.

En casa está presionada por lo que soy. Papá y mamá la machacan con mi tema.

Le remuevo el cabello para que se queje por despeinarla y se olvide de todo lo demás.

— ¡Eh! ¡Para! — protesta entre risas.

Por nuestro lado pasa Alexia, corriendo y gritando como una loca. Lola gira sus pies, encarando la llegada de su amiga. Alexia salta sobre ella, rodeando su cintura con las piernas.

Los chicos del equipo se encuentran en la pista. Mi antiguo equipo.

Martín no tarda en ir a por Alexia y acorralarla contra la pared. En cambio, Lola le pide a Carlos la pelota, la bota hacia la canasta, se posiciona en una de las líneas del suelo, flexiona perfectamente sus rodillas y lanza la pelota.

Sigo el recorrido con la mirada. Encesta.

— Joder... — murmuro — . Buen tiro.

— ¿Qué? — pregunta Meli.

Jaime le pasa la pelota a Lola. Ella la bota una vez más, haciendo resonar sus golpes en el suelo, y flexiona las rodillas y lanza la pelota. Encesta otra vez, entrando impecable, sin rozar prácticamente la red.

— Meli, ¿qué te parece si luego vamos a jugar un partido de baloncesto?

— ¿Por qué no vas con Isaac a jugar?

Y del que hablamos está en las gradas hablando con una de las chicas de clase. Ahí está el nuevo capitán del equipo.

— Oh, vamos... — protesta Meli — . ¡Deberías volver! Mario, fuiste el mejor capitán del equipo.

— Meli, no quiero hablar de eso.

— Testarudo...

— No me siento cómodo en el equipo. Solo es eso.

— Mis amigas dicen que Isaac es el más guapo del instituto.

— Pero ¡tú qué dices! Tienes once años — pronuncio entre risas.

— ¿Cuándo va a venir Isaac a casa? Mis amigas se morirán de envidia si les digo que me he sentado con él en el sofá.

— Meli, él y yo ya no somos nada desde el verano.

— ¿Y si se queda a dormir y hacéis las paces? Invítalo como siempre hacías, por favor. Mario, va... Mis amigas se morirán de envidia si les digo que hemos compartido una pizza.

Lola se prepara para encestar, pero al ver que paso con Meli por debajo de la canasta, se detiene. Le sonrío tímidamente, y ella lo hace más abiertamente para mí.

— Hasta luego, Mario.

— Buenos tiros — halago sus jugadas.

— ¿Eso crees? — me vacila, crecida sabiendo que es muy buena en este deporte.

— Flexiona menos las rodillas y no tendrás que lanzar con tanta fuerza — sigo con el vacile, crecido porque yo también soy bueno en el baloncesto.

Eso despierta una sonora carcajada en Lola. Le ha gustado que esta vez no me quede callado.

Cuando nos alejamos de ella volteo para ver si lanza la pelota. Entonces, Lola encesta de lleno.

— Te gusta esa chica — me sorprende Meli.

— ¿Qué?

— Te gusta Lola. Mario, te he visto mirándola.

— ¡No! ¿Qué dices, enana? Estaba mirando cómo lanzaba. Solo es baloncesto.

— Te gusta… La estabas mirando con cara de bobo. ¿Crees que es guapa? ¿Por eso la mirabas así? — Hace muecas exageradas para caricaturizarme. Acabo por reírme de sus gestos.

Escuchaba el nombre de Lola en clase, pero nunca me fijé en ella antes.

¡Claro que me gusta! Sería un idiota si pensase que puedo controlar lo que me ha despertado en tan solo dos minutos.

— Mario, si paro de decir que te gusta Lola, ¿vas a invitar a Isaac a casa?

— No…

— ¡Mario! — protesta como una niña pequeña, en una rabieta — . Entonces, te gusta, te gusta, te gusta, ¡te gusta!

— ¿Qué importa lo que piensen los demás? — parafraseo a Lola.

— ¡Les dije que Isaac era tu mejor amigo!

— Nunca fue mi amigo, en realidad — murmuro — . No les mientas, enana. Los amigos no hacen lo que me hizo él.

— Lola te gusta, te gusta, te gusta, te gusta, ¡te gusta!

CAPÍTULO 3. EL TIEMPO DUELE DEMASIADO

14 años después de la despedida. Septiembre de 2015

Narra Lola

Sigo con la camiseta y el sujetador presionándome el cuello. En la pierna derecha se mantiene el *short* del pijama y la tanga, enredados entre sí. Me quito todo en un arrebato de enfado y decepción, quedándome completamente desnuda, como debería haberme dejado él durante el sexo.

Giro mi vista hacia la mesita de noche donde tengo una foto de los dos en el día de nuestra boda.

Mi marido es de ese tipo de hombres que, aunque no haga deporte, se mantiene en buena forma y desprende una sensualidad natural, que supo encajar en ese traje a medida para la boda. A sus treinta y tres años, se pasa las noches matando muñecotes putrefactos, y de los nervios que pasa jugando a la PlayStation, quema más grasa que si fuese al gimnasio.

Gero es el dueño de *Gameover*, la empresa creadora de aplicaciones de juegos para tabletas y teléfonos inteligentes. Es la mente pensante del juego *Sweet Town*, aunque en España lo ha traducido como 'Ciudad de azúcar'. Es un éxito mundial, con miles de descargas diarias.

Cuando Gero pensó en el juego, al principio le dije que era un poco raro tener a adultos jugando con ciudades virtuales que estaban decoradas como si fuesen tiendas de dulces, en las que podías elegir ser Hansel o Gretel mientras la bruja del cuento es la encargada de darle tensión al juego.

Luego me dijo que la gente plantaría árboles en los que crecerían nubes de azúcar, manzanas caramelizadas, naranjas escarchadas y, en el suelo, chips de chocolate.

Le pregunté si de verdad se imaginaba a sus rudos amigos, eructando o diciendo con voz de niña pija «Gero, ¿compartes conmigo un regaliz y te doy un chicle de fresa?». Solo tuve que esperar un año para comprobar que sus amigos podían hacer eso, y más cursiladas, mientras se rascaban la entrepierna.

Cuando llega a casa, exhausto de las reuniones con los accionistas, se olvida de darme un beso de bienvenida. Desayunamos sin decirnos ni una palabra, porque tiene su nariz pegada a la pantalla de su ordenador. Nos cruzamos por el pasillo y cada uno dirige su mirada a otro lado, pendientes de nuestro teléfono. Nos metemos prisa para cepillarnos los dientes o para hacer nuestras necesidades, porque nos parece un incordio convivir en la misma casa.

Creo, sinceramente, que nos odiamos.

***

Me observo en el espejo del baño. Mi cara de asco significa muchas cosas, no solo el intento fallido en el sexo. Puede ser el cansancio acumulado por el trabajo, quizás sean demasiadas noches en vela pensando en cómo arreglar lo nuestro o, lo peor de todo, no sonrío porque no soy feliz con lo que tengo.

Han pasado seis años desde que Gero y yo nos conocimos.

— Será mejor que te des un baño, Lola. — Dejo atrás el espejo y entro directa a la bañera.

En cuanto el agua tibia recorre mi cuerpo, calmo la rabia que siento dentro por haberme metido en la cama con él. El agua hace que me escuezan las heridas de la vulva y el interior de mi vagina. Tendré que lidiar con ellas durante días. Hasta que quiera volver a follar como un animal, reabriendo las mismas heridas de siempre. El paso de Gero por mi cuerpo dura más de lo que quisiera.

***

Alexia se ha ceñido uno de sus vestidos de cóctel. Al menos, ha tenido el detalle de no calzarse justamente los tacones más altos. En comparación, parezco un despojo humano a su lado.

— Lola, Lolita, Lola. — Se acomoda en la silla frente a mí —. ¿Una sesión de tarta a las siete de la tarde, un domingo? Huele a malas noticias. — Entrecierra sus ojos, evaluando mi aspecto —. ¿Qué es eso que llevas encima? ¿Otra vez has ido a comprarte un saco de patatas?

— Es un chándal, idiota.

— ¿Qué coño es un chándal? — Me saca la lengua, pícara en el gesto. Le encanta molestarme con la ropa que uso cuando estoy de bajón.

Milagros, la dueña de la cafetería, llega con los trozos de tarta de chocolate y el humeante café.

— Disfrutad, mis niñas. Y tú, cuida a Lola… — Le guiña un ojo a su favorita de las dos.

— Hasta Milagritos se ha dado cuenta de la mala cara que tienes — me reprocha mi mejor amiga.

Corta un trozo de tarta y se lo lleva a la boca, recreándose en saborear el chocolate. Sigue con otro trozo, dándome tiempo para empezar a hablar.

— ¿Está buena? — Rompo con el silencio incómodo.

— ¿Vas a contarme qué ha pasado o, voy a tener que quitarte el plato de delante, como les hago a mis hijas cuando no me escuchan? — ataca.

Alexia se casó a los veinticinco años. Cuando Jesús apareció en su vida, no dudó ni un momento en que era ÉL. Es profesor en Sociología en una de las universidades más destacadas de Barcelona. Alexia fue a la universidad, en calidad de experta psicóloga, para una charla sobre sexualidad. Se encontraron en el despacho de las tutorías, cuando él debía recibir a la que creía iba a ser una rata de laboratorio. Cada vez que cuenta lo que sucedió, Alexia le pone más fantasía a esa tarde encerrados en el despacho de Jesús, usando a su favor, que su parte en la charla era hablar sobre el sexo oral. En ese momento, Jesús estaba casado con Maite, pero Alexia lo hipnotizó.

Aunque Jesús es siete años mayor que Alexia, comparten gustos y formas de querer vivir la vida. Están hechos el uno para el otro. Siempre comparo mi matrimonio con el suyo, pero pierdo la batalla al desear tener algo similar a lo que tiene ella.

Al año de casarse, Alexia se quedó embarazada, pero de dos bebés.

A las gemelas las quiero con locura y las considero como mis hijas. Desde ese día, Gero empezó a ver la vida de Jesús con las niñas y me pidió ser padre.

— Es que no sé…, Alexia. — Me doy unos segundos más mientras ella me observa —. Hace

tiempo que noto que Gero y yo no estamos bien. Dentro y fuera de nuestras sábanas.

— Lola, habla claro. ¿Qué pasa?

— Mi relación es una mierda.

— Oh, vaya…, eso sí que es hablar claro. — Escapa una risotada mientras engulle un trozo de tarta.

— ¿Qué coño estoy diciendo? — Suelto una risa nerviosa — . No me hagas caso.

— ¿Vas a contarme por qué es una mierda? — Hace un gesto con la mano, indicándome que acelere mi narración.

— Es que… — Arquea una ceja al ver que me detengo, en señal de desaprobación por coartarme tanto con ella — . No llego al clímax — musito — . No me siento bien con Gero, en la cama. — Cabalgo sobre la silla, con un puño en alto. Alexia se ríe, mostrándome sus dientes manchados de chocolate — . Cuento los minutos para que acabe cuanto antes. Pero es solo un síntoma de lo que pasa en nuestro matrimonio.

— Lola, ¿qué síntoma es ese?

— Estamos aburridos el uno del otro. No nos soportamos.

Noto el escozor en mi sexo tras el movimiento brusco al cabalgar. Escapo un leve quejido al recolocarme en la silla. Alexia entrecierra los ojos, fijándose en mis gestos de malestar.

— Tuvimos sexo, pero… No fue bien, solo es eso. — Disimulo otro quejido.

— Cuando te penetra, ¿sientes dolor? — me espeta.

— No es nada. Se me pasará. Son unas pequeñas heridas que en días dejarán de escocer.

— Lola, ahora entiendo el chándal.

— Vaya bobada te estoy contando. — Alzo los brazos en señal de rendición — . Perdona, Alexia. No sabía qué hacer y… ¿Qué tal está tu tarta? — Cambio radicalmente de tema.

— Te anticipas, mentalmente, a ese dolor. No hay fluidos que te ayuden a estar preparada para la penetración, porque temes que llegue ese momento, y retienes, inconscientemente, las respuestas de tu cuerpo. — Bajo mi mirada al plato, avergonzada. Soy más obvia de lo que creía. No sé mentir — . Quizás, en cuanto Gero se cuela dentro de tu vagina, las molestias hacen que contraigas los músculos, y eso le aprieta la polla, que, aunque no lo parezca, le molesta y le agrada, a partes iguales. Hay hombres que esa posición de estar forzando a la mujer les pone cachondos, aunque no saben que eso es una mala decisión. Aunque sea tu pareja, no debes sentir que le debes ese sexo. No debes permitirle que te haga daño.

— Gero no quiere hacerme daño. Creo que no controla cuando está muy cachondo — murmullo.

— Cuando estás rechazándolo, que tenga que forzar colarse dentro de ti, hace que le guste más y se corra de forma precoz. ¿Te suena de algo lo que te cuento? — Asiento, con la boca abierta de lo asombrada que me tiene con su pronóstico — . Solo para descartar el vaginismo, si te masturbas, ¿te duele del mismo modo que cuando sientes la penetración de Gero?

— Alexia, por favor…, ¿qué pregunta es esa? — Miro a mi alrededor para ver si los de la mesa de al lado han escuchado — . No creo que eso sea importante. ¿Masturbarme? Alexia…

— Lola, es una pregunta normal. No tiene nada de malo hablar de masturbación. Gero se pajea, cielo. ¿Qué pasa si lo haces tú? — me recrimina.

— No lo hago — musito, pendiente de mi alrededor — . Me siento ridícula sabiendo que Gero está al otro lado de la puerta del baño. Quizás, si está de viaje…, pero no siento la necesidad de tocarme.

— Lola, ¿necesidad? — Niega con la cabeza, molesta — . Darte placer no es una necesidad.

Me llevo un trozo de tarta a la boca para evitar seguir respondiendo a ese tema. Me da mucha vergüenza pensar en ello.

— Te explicas como un libro cerrado, pero te recomiendo que hables con Gero y lo aclaréis para probar otro sexo. Tiene que cambiar.

— ¿Decírselo? Estás loca. Quieres que le diga que el sexo con él es penoso. Seguro que le encantará escucharlo. — Escapo una falsa carcajada, sarcástica.

— Sois una pareja.

— No, no, no. Paso. ¡No es para tanto!

— ¿No es para tanto? — pregunta en un tono incrédulo — . Bien… ¿Cuánto hace que no te gusta el sexo con Gero? ¿Días? ¿Semanas?

— Puede que…, más de un año. Quizás, dos. — Aunque, ahora que me pregunta, dudo de si alguna vez me gustó el sexo con Gero como ella lo describe — . ¿Por qué me preguntas eso? ¿Acaso importa el tiempo?

Alexia deja caer el tenedor sobre el plato, atónita por la respuesta. Se atraganta con el trozo de pastel que se ha llevado a la boca.

— ¿Qué?

— El sexo es algo para disfrutar.

— ¿Podemos cambiar de tema?

— ¿Alguna vez te pones cachonda con Gero?

Gero y yo nos conocimos en la boda de mi amiga Bea, que se casaba con el mejor amigo de Gero. La barra libre no ayudó cuando nos quedamos a solas en el jardín. Yo empecé a llorar al recordar a Mario, y Gero a vomitar en el estanque de patos, como un surtidor. Esa noche decidimos volver a vernos en una cita normal, sin la resaca de emociones.

Nos vimos, a solas, en un restaurante mejicano de la calle Torrijos, en Barcelona. Gero estaba esperándome en la barra, en una pose despreocupada.

Bebimos un par de cócteles Margarita y continuamos con algunos chupitos de tequila, hasta que nos dieron mesa. El alcohol ayudó a que hablásemos sin parar y empezamos a coquetear descaradamente. Me comía con la mirada. Era descarado. Le daba igual ser obsceno. Algo me atrajo de ese lado.

Después de la cena, de camino a mi casa, en el taxi, lo invité a subir a mi piso. Sus manotazos a mi ropa me dieron la pista de que debía hacerlo.

Delante de la puerta, buscó fieramente mis labios, lamiéndome, besándome y mordiéndome con brusquedad, con decisión y con actitud visceral. Sus manos, apoyadas en la madera de la puerta, me acorralaban para que no pudiera escapar de sus mordiscos.

Mientras yo probaba a girar la llave y entrar en casa para que me matase a polvos, su mano se coló por debajo de mi falda vaquera. Tiró con fuerza de la tanga. Ese crujido de la tela es un sonido que siempre recordaré. Ambos miramos la tanga que seguía en su mano. Gero ladeó la cabeza, arqueó una ceja y le apareció una sonrisa de satisfacción. Subió mi falda hasta la cintura y se agachó para enterrar su cabeza en mi sexo. No dejó ni un solo rincón por lamer. Fue el cunnilingus más bestia que había tenido.

Sin que yo lo esperase, introdujo dos dedos en mi vagina, mirándome desde su altura mientras me masturbaba y lamía, al mismo tiempo. Cuando creyó que iba a correrme del gusto, se puso en pie, y mientras me besaba, probó a introducir tres dedos en mi vagina. Arañé la puerta cuando combinó esfuerzos de los tres dedos. Su nombre salía de entre mis dientes, sin dicción. Me buscó más y más rápido, despiadado en la penetración con sus dedos. Empecé a notar que la

brusquedad era agradable, a la vez que dejaba marcas en mi piel.

Gero fue el que abrió la puerta de casa, escapó de debajo de la falda, y me agarró de la cintura para empujarme dentro. No caí al suelo, pero su empujón dejaba claro que no iba a usar el romanticismo esa noche.

Tuvimos sexo tres veces seguidas, aunque no me corrí ni una sola vez.

— Sí, me excita. — La afirmación no me ha salido natural.

No siento lo mismo que sentí en su día, hace catorce años, cuando practiqué sexo con Mario. He estado con otros tíos, y aunque he llegado a algún que otro orgasmo, no fue la misma explosión de placer que sentí, esa noche, en la cancha de baloncesto. No puedo decir que mi primera vez fuese una mierda, porque me marcó de por vida.

— ¿Crees que me ocurre algo malo? — indago sobre mi malestar —. ¿Debo ir al ginecólogo?

— Debes ir igualmente. Ya sabes que es importante visitarte. Quizás debas preparar una cenita y hablar con Gero sobre este tema. Dile que necesitas que volváis a hacer cosas de pareja para recuperar la complicidad en la cama, mientras el médico descarta que no haya algo físico.

— El médico verá mis heridas — confieso. Evité ir al ginecólogo, precisamente, para ocultar esto.

— Quizás deba verlas, cielo. No sé cómo las curas. Estás sentada de lado. — Me señala.

— Gero no es mala persona. Es muy impulsivo. Solo es eso. ¿Verdad?

— Sí es malo. Pregúntale cómo me paso la pantalla veinticinco del juego ese suyo. Soy adicta hasta las tantas de la madrugada. — Intenta que rebaje la preocupación que ella misma ha provocado —. Maldita 'Ciudad de azúcar'... ¡No hay manera de conseguir los retos! Lola, vamos.... — Acuna su voz para que me relaje —. No hablas de Gero con el tono de voz que espero de alguien que está enamorada de su marido. No es bueno para ti seguir así, aguantando.

— Tampoco puedes compararlo con otro matrimonio que haya tenido, boba — me burlo.

— Pero puedo compararlo con lo que te hacía sentir alguien que conocí muy bien.

Detengo el camino del tenedor hacia mi boca.

— Él, Mario. — Y Alexia baja su mirada al plato tras pronunciar el nombre, sabiendo que ha dado duro en mi corazón.

***

He salido a toda prisa de la oficina. Quería estar en casa para cuando Gero llegase del trabajo. Es el día para sacar a la luz el tema que tanto me preocupa.

En cuanto he llegado, me he duchado para refrescarme y despejar mi mente de los líos del trabajo.

— Esto funcionará. — Superviso, de arriba abajo, cómo me queda el camisón de encaje negro.

Dejo atrás el vestidor y me dirijo a toda prisa hacia la cocina.

Empiezo a preparar los diferentes quesos en unas tablas que compramos para este tipo de cenas románticas, estilo francés. Dispongo, en ellas, unas uvas, unas pasas, unas nueces y, en un bol pequeño, mermelada de tomate. Sé que le encanta mezclarla con los frutos secos y el queso.

Miro mi trabajo y me aplaudo por la hazaña. Soy una pésima cocinera, pero una tabla de quesos puedo hacerla bien.

Temo que pueda salir su lado explosivo e incendiario. He esperado mucho para hablarlo. Debía haber afrontado antes el problema.

Cuando estaba en el baño, secándome con la toalla, he probado a usar diferentes tonos de voz y expresiones de cara. Desde más tiernos a más duros. Me he preparado para cualquier versión de Gero.

Tomo de la vitrina dos copas de cristal especiales, para el mejor vino. Las más caras.

De la vinoteca elijo la mejor botella. La favorita de Gero. Así bajará la guardia cuando se lo diga todo.

— ¿Lola?

Escucho la puerta de casa cerrarse de un golpe seco.

— ¡Estoy aquí, Gero!

Me apresuro a servir el vino en las copas. Quiero impactarlo para que rebaje su lado enfurecido.

— ¿Dónde coño es aquí? — grita por el pasillo.

— ¡En la cocina!

Reviso el camisón en el reflejo de la puerta del horno. Subo mis pechos para que se vean algo más pronunciados por el escote del camisón.

— ¡Ha sido un día de mierda, Lola! — Entra en la cocina dando grandes zancadas — . He tenido tres reuniones. ¡Tres! Entre los accionistas y el grupo de creativos y programadores, no he tenido tiempo ni para sentarme a comer. — Gruñe, con hartura — . He tenido que tomar algo de la máquina del pasillo. Qué cosa más asquerosa de bocadillo.

No se ha dado cuenta de las copas de vino, ni de la tabla de quesos, ni tampoco me da un beso de bienvenida. Me acerco a él, contoneando mis caderas, y con la copa de vino en mano. Muy sonriente y paciente, me pongo de puntillas para darle un beso en los labios, aprovechando que ha dejado de protestar.

— ¿Vino? — Frunce el ceño, desconcertado — ¿Me he olvidado de alguna fecha importante? — Mira a su alrededor — . No es nuestro aniversario de boda.

— Todos los días pueden ser especiales, si estamos juntos.

Gero esquiva mi beso y se sienta en el taburete alto, en la isla de la cocina. Me acerco a él para acariciar su mejilla, jugando a rozar con la yema de los dedos la barba de tres días que se ha empezado a dejar desde que no tiene tiempo ni de afeitarse.

— Solo quiero que hablemos de un tema que hace tiempo debería haberte contado. Cenamos, bebemos, nos echamos unas risas... — Tomo asiento frente a él.

Cuando Gero entrecierra los ojos siempre es señal de que está muy concentrado intentando entender una situación que le está llevando al límite. Es como si quisiera saber qué piensa la otra persona, por medios telepáticos, para avanzarse y atacar.

— ¿Te refieres al sexo? — me espeta, en un tono frío.

— En parte al sexo, y en parte a nosotros dos, como pareja. — Tomo aire por la boca, disimuladamente, antes de seguir confesando lo que me preocupa — . Luego…, sobre lo que dices del sexo, hace un tiempo que cuando hacemos el amor yo no llego al orgasmo. — Y sin que me lo espere, suelta una risa de incredulidad mientras sigue masticando un trozo de queso — . Creo que no sabías que eso pasaba.

— Lola, tienes que reconocer que no eres muy activa en la cama.

— Eso ha sido un golpe bajo, Gero.

— ¿Cuándo fue la última vez que te dejaste llevar? Ni lo recuerdo. — Mastica el queso, con cierta arrogancia en el movimiento de su mandíbula.

— ¿Cuándo crees, tú, que fue esa última vez? Dime. ¿Acaso me escuchas gritar de placer? — Sigo en el mismo tono despectivo que su vacile.

— No siempre quieres chupármela o, si lo haces, es sin ganas. Antes me la chupabas todo el tiempo. Luego no quieres hacer posturas distintas en la cama, como a cuatro patas. Y no te quedas desnuda porque tienes frío hasta en agosto. — Mira mi atuendo, en un gesto desaprobador — . Mientras te follo no te escucho ni un ruido, efectivamente. No gimes una sola vocal. Nada. ¡Incluso me mandas callar cuando te digo guarradas!

Busco escapar de su lado por no darle una bofetada en su cara de gilipollas.

— ¿No quieres queso, Lola? — Me ofrece una tostada preparada con la combinación de todo lo que hay en la tabla.

— Con tu descaro, ¡me echas las culpas a mí! Llevo tiempo aguantando tus putos gemidos en mi oreja. Llegas a casa de mal humor y no me das ni un beso. De lo estresado que estás, ¡ni me miras al llegar a casa! Y para colmo, me dices que yo no soy activa en la cama, que no te la chupo o, que no quiero decirte guarradas, porque no me esfuerzo por ti, por agradarte. ¿No crees que hace tiempo que no hacemos vida de pareja, Gerónimo Dorcas? — Lo increpo con el dedo, amenazante — . ¿No has llegado a esa conclusión tú solito, ingeniero de telecomunicaciones?

— Pues te follo más. ¡Dímelo y ya está!

— ¡Esto es alucinante! Yo contigo quiero hacer el amor, ¿entiendes? ¡El amor! ¡A ver si te entra eso en la cabeza!

— Lola, es una forma de hablar. — Sigue comiendo como si nada pasase.

— Quiero disfrutar de nosotros mismos, con roces, caricias y besos... — parafraseo a Alexia — , hasta que los dos lleguemos ¡al puto orgasmo!

— Ya sabes que no soy muy de velas e incienso. Además, enciendes esas velas de citronela que me dan unos colocones… Como si me hubiera fumado un porro de marihuana.

— No me está pasando esto — mascullo — . Es una pesadilla. Despierta, Lola. Despierta. — Me abofeteo la cara.

— Oye, ¿y si nos fumamos un porro de marihuana antes de follar? — pregunta con entusiasmo.

— ¡Eres un maldito imbécil! ¡Me he casado con un completo idiota!

— ¡Eh! ¿No será que estás en esos días, Lola? — Baja la mirada a mi sexo.

Escapo, caminando rápido hacia el vestidor. Gero me sigue, a paso decidido.

— Me ha faltado al respeto como nunca — murmuro — . No pienso perdonarle hasta que no me pida disculpas, con las rodillas sangrando.

— ¿A dónde vas? — Me toma del brazo para detenerme.

— A casa de mi madre. Suéltame. — Me deshago de su agarre.

Gero se acerca a mí y me toma la cara con las manos para que no le aparte la mirada.

— Lola, por favor…, hablemos de esto. Hoy he tenido un mal día y no he sido razonable al hablar contigo. Creo que no he acertado con las palabras. Perdóname.

— No es solo por el sexo, Gero. Estamos casados. ¡Soy tu mujer! ¿Sabes qué? Me marcho. ¡Me marcho!

Lo aparto de un empujón.

Busco unos vaqueros y una camiseta que están tirados en el suelo del vestidor.

— Lola, bebamos ese vino que has abierto. Brindemos por algo. ¿Te acuerdas? Eso te gustaba.

— ¡Nadie cumple sus putas promesas! — Recoloco mi camiseta a tirones — . Me voy a casa de mi madre. Será lo mejor para los dos.

Lo aparto de un empujón cuando quiere retenerme.

—Lola, como amenaza, ya está bien. — Consigue agarrarme del brazo y detenerme — . Deja de ser absurda. ¡Basta de una maldita vez! Dejemos pasar esto y lo hablamos otro día. Estamos muy nerviosos. Te pones histérica sin motivo. El sexo es sexo, pero te empeñas en hacer películas en tu cabeza. Tu amiga Alexia te llena la cabeza de pájaros. Apuesto a que ella te ha dicho que follamos mal. Siempre tiene que meter sus narices en los asuntos de los demás. — Suelta mi brazo. Siento un hormigueo donde ha ejercido presión con sus dedos — . He dicho que cenemos.

***

Gero deja caer uno de sus trajes en la maleta, donde están el resto de las prendas perfectamente dobladas por su paso por la tintorería.

— ¿Te vas de casa? — pregunto alarmada.

— Lola, te he mandado un mensaje. — Chasquea la lengua en el paladar en un gesto de molestia.

Me olvidé completamente de mirar mi teléfono. Las reuniones con el equipo me han absorbido por completo.

— Tengo que irme a Tokio, Lola. Hemos contactado con unos inversores japoneses. Quieren que hagamos una reunión para explicarles el proyecto. Saben que el juego es un éxito, pero quieren saber números, estadísticas, cuentas.... Tengo que estar allí tres semanas. Mi avión sale en tres horas. Por eso te escribí un mensaje, para que supieras que quería despedirme.

— ¿Tokio? — Pero su forma de responderme es arrastrar las manos por su cara, en un gesto de evidente agotamiento — . ¿Qué?

— Lola, he estado pensando en lo nuestro. Después de la pelea que tuvimos hace una semana, creo que nos va a venir muy bien tomarnos un tiempo, alejados el uno del otro. Un parón necesario en nuestra relación.

— ¿Cómo? ¿Qué coño significa eso?

— Creo que Tokio ha llegado en el momento justo. El parón ayudará a que cada uno busque lo que le falta.

— ¿Estás rompiendo con nuestro matrimonio?

— Necesito estas tres semanas para pensar. ¡Los dos lo necesitamos! No estoy rompiendo nada que no esté roto. En este parón, intenta pensar en si quieres que lo nuestro funcione, en si soy la persona que quieres a tu lado, sin miedo a hacer lo que consideres, para saber lo que quieres. Yo me dejaré llevar por mis sentimientos para ordenar mi vida.

Ha viajado miles de veces por trabajo. Yo misma he hecho lo mismo. Esta vez es diferente, porque siento que está haciendo un equipaje distinto. Se aleja de mí.

— Hagas lo que hagas, no me lo cuentes. No quiero saberlo. Solo espero que sepas elegir

bien — sigue en sus trece de no aparentar debilidad, usando un tono frío — . Sigo pensando que hemos hecho leña del árbol caído porque Alexia ha metido mierda en nuestra relación. Agradéceselo.

— ¿Crees que Alexia hace que actúes así conmigo?

— ¡Deja de decirme cómo soy o dejo de ser! — Lanza bruscamente su corbata dentro de la maleta, sobresaltándome por sus aspavientos con los brazos — . ¿Es que no puedes madurar de una puta vez? — Se desgañita.

— No me grites. — Doy un paso atrás, alejándome de su furiosa mirada — . Te vas a Tokio tres semanas y aprovechas para romper conmigo, ¿qué esperas que haga?

— Sigues pensando que todo esto es una excusa. Piensa lo que quieras, nunca me escuchas. Darnos un tiempo es descansar el uno del otro, para no acabar haciéndonos un daño irreparable. Creo en solucionar lo nuestro, pero tomando aire fresco para entenderme a mí mismo. Necesito echar de menos lo que tenemos. Llevo días que me siento horrible y no puedo seguir creyendo que he cometido el mayor de los delitos por no darte esos orgasmos. Será mejor que… — Señala su maleta para darme a entender que pasa de seguir manteniendo una conversación — . El taxi me espera en la esquina de la calle. Ya voy tarde por haberte esperado. Tampoco tienes tiempo para mí. No soy el único que comete errores — me reprocha.

Estallo en un lloro incontrolable. Salgo corriendo hacia la habitación, buscando desesperadamente nuestra cama, y escondo mi cabeza bajo la almohada.

Gero arrastra la maleta hasta el recibidor de nuestra casa.

Se marcha, dando un golpe seco en la puerta.

Deja al otro lado, nuestra rota relación.

— ¿Qué significa que haga lo que necesite para saber lo que quiero? — balbuceo con la cara escondida en la almohada.

***

Miro el documento abierto en la pantalla del ordenador. Sigue en blanco desde la página 1. Ni un solo eslogan. Cócó S.L es un proyecto publicitario de los gordos. No puedo fallarle a Imagine Solutions ahora.

Catalina, mi asistente, entra en mi despacho, con su taconeo inconfundible.

A veces creo que hace magia y que el café sale de una barita mágica que tiene escondida en su *book* de mesa.

— Iba a traerte el café de todos modos — anuncia después de dejar la bandeja sobre mi mesa.

— ¿Cuánto tiempo tengo, Cat?

— Le he dicho que subías en diez minutos. — Mira su reloj mientras sigo sorbito a sorbito, quemándome la lengua — . Te quedan siete minutos.

— Cat, no tengo nada. Nada de nada. ¿Qué le voy a decir?

Mi asistente no se lo esperaba. No es normal en mí no tener el trabajo empezado cuando tengo una fecha de entrega en pocos días.

— ¡Tengo un maldito bloqueo, Cat! Se va a dar cuenta. Pablo es muy listo.

— Tranquila. Mantén la calma. Ya sabes que eres su favorita, así que intenta pedirle más tiempo. Sea lo que sea que te está distrayendo, que él no lo note, que vea lo *killer* que eres siempre. Inventa una excusa creíble.

La verdad es que necesito que alguien ponga un poco de cordura a todo esto. Catalina es la más apropiada en toda la empresa. Cincuenta años de sabiduría.

— Solo tengo que mantener la calma y pedirle tiempo. Eso es, Cat. ¡Tiempo! — repito sus palabras para autoconvencerme.

Voy rápidamente a buscar mi chaqueta de traje para mejorar mi aspecto ante el jefe.

— ¿Por qué no iba a darme tiempo? ¿Eh, Catalina?

— Claro que sí — contesta con seguridad — . No te dejes encandilar por las artes manipuladoras de ese hombre. Directa, como siempre. Eres una muy buena publicista. Los mejores proyectos son tuyos, Lola. Entenderá que le pidas ese tiempo. — Palmea mi culo para darme ánimos — . Puedes hacerlo, cielo. Convence al jefe de que esa cabeza llena de confeti, necesita un respiro.

— Puedo hacerlo — musito — . ¡Sí! Puedo hacerlo. Gracias, Cat. ¡Qué haría sin ti!

— Vivir sin una taza de café — se burla de mi adicción.

***

Doy dos toques de nudillo en la puerta del despacho de Pablo. Toca enfrentarlo con dos ovarios.

— Buenas tardes, señor Ramírez. ¿Me ha mandado subir a su despacho?

Tiene un aire a lo Billy Crudup. Enfundado en un traje caro, a medida, perfectamente planchado, es absolutamente imponente con su elegancia. A sus cincuenta y cuatro años, desprende una sensualidad brutal que corta el habla.

— Lola, por favor, no me llames de usted. ¡Pasa, pasa! ¡Adelante!

— Claro, Pablo. Perdona. Es verte aquí rodeado de sillones caros y mesas de roble, y me dejo llevar.

No tarda en invitarme a la zona de sillones. Varios Chester negro sirven para cerrar los tratos importantes, con los mejores clientes. Yo misma he presenciado cómo se desenvuelve en esta parte de su despacho, con contratos millonarios sobre la mesa de centro, y su estilosa pluma para firmar con aires de grandeza.

— ¿Cómo llevas el proyecto de Cócó?

Va a hacerme pedazos a preguntas sobre un proyecto que no domino en absoluto. Ni siquiera me he mirado la propuesta, ni sus correos electrónicos.

— Es simplemente que cuando me vengan las musas todo fluirá.

— Lola, tú no tienes musas.

— Maldita sea — mascullo.

— Me extraña que no hayas venido con una batería de preguntas, de esas que te ayudan a trazar la propuesta de diseño antes de finalizar el plazo. Siempre me acosas a dudas de todo tipo.

— ¿Lo hago?

— ¿Crees que el proyecto es difícil? ¿Necesitas más pautas del cliente?

— No, está todo bien. Me falta empatizar con el producto. El chocolate es mi pasión, pero... — Y busco algo en las paredes que sea más entretenido que su dura y directa mirada—. ¿Ese cuadro es nuevo, jefe?

— ¿A quién no le gusta el chocolate, Lola? — Asiento a su pregunta. Es mejor seguirle el rollo y acabar con esto cuanto antes — . Piensa que quieren la campaña para que decore la carrocería de los autobuses de nuestra preciosa ciudad, Barcelona. Añade las marquesinas del metro y las calles. Todo cuanto puedan abarcar de la ciudad Condal. Quieren endulzarnos. ¡Igual que tu marido! — Y se carcajea con su estúpida genialidad.

Intento mantenerme lo más entera posible. Si él supiese que por mi marido tengo el bloqueo, no le haría tanta gracia que él endulce la ciudad de Barcelona.

— La ciudad de azúcar — insiste en traducirme la broma.

— Pablo, te quería pedir un poco más de tiempo. — Evito lo que me duele demasiado — . Necesito hacer trabajar al equipo con un poco más de margen. En fin, tiempo para llegar a conseguir la mejor campaña para Imagine Solutions. Es lo que quieres de mí, supongo.

— Sabes que eso no puede ser. No hay tiempo.

— Más tiempo, mejor proyecto — canturreo.

— Los clientes quieren la propuesta en un par de semanas. Son muy estrictos. El director del área de marketing y ventas es un hacha en este sector y no permite ni un solo error, ni cambios en las fechas. Nos la estamos jugando mucho. — Me increpa con el dedo — . Sabes que Barcelona tiene las mejores empresas de publicidad. Si no presentamos algo decente, se irán a la competencia. Tengo contactos y sé que ya están moviendo hilos para no solo tener nuestra propuesta.

Dejo unos segundos de pausa para pensar bien cómo hacer que no se cierre en banda. Sé que es un proyecto en el que no solo nos jugamos dinero, sino prestigio. Es un proyecto con continuidad a nivel internacional. Además, es una empresa que nos recomendaría a otras

empresas. Bla, bla, bla. Discursos de Pablo que me sé de memoria.

— Nunca te he pedido tiempo. Si no fuese necesario, yo...

— Lola, endulza la ciudad — interrumpe a pesar de verme suplicar con la poca dignidad que me queda — . Ya sabes que no quieren cosas típicas de Barcelona. No, no, no... Eso está muy visto y es aburrido. Quieren respirar Barcelona en tu idea. Si les gusta, lo quieren hacer con el resto de las ciudades, ¿comprendes lo que significa eso?

Yo entenderlo lo entiendo todo. Es mi corazón roto el que no entiende de negocios.

No me permito arrodillarme a llorar como una cría de dos años para que su mamá le deje más tiempo para jugar.

— Entonces, ¿todo aclarado, Lola?

— Endulcemos Barcelona, supongo.

— ¡Esa es la actitud! ¡Esa es mi Lola!

— Llamaré a Johnny Depp para que me dé pistas de cómo montó la maldita fábrica — intento salir airosa.

— ¡Qué vengan los Oompa Loompas! — Sonríe para mí. Le devuelvo el gesto con mucho esfuerzo por aparentar motivación — . Sé que trabajas bien. Por eso, si necesitas más diseñadores o más publicistas, habla con recursos humanos y que te den lo que necesitas, ¿de acuerdo? Cócó es un cliente muy importante y va a dejarse una buena cantidad de dinero en nuestra empresa, durante años. Como dueño de Imagine Solutions creo que estaremos a la altura del proyecto. — Da dos golpecitos en mi rodilla, terminando su discurso.

Tengo la garganta seca. Si no quería darme miedo, no lo ha conseguido.

— Dos semanas Lola. — Entrecierra los ojos, analizando mi inexpresividad — . Para entonces tendremos la reunión con los clientes y, esperemos, dejes con la boca abierta a esos ejecutivos irlandeses.

— Claro.

— Confío en ti, Lola. — Acuna su voz para parecer más afable — . Si el chocolate es tu pasión, también lo puede ser para los clientes — sigue animándome. Esquivo la mirada hacia unas hojas de la mesa de centro — . Sea lo que sea lo que te preocupa, no dejes que se lleve a mi Lola.

No añado nada más.

Me dirijo a la puerta para huir como una rata.

Estoy metida en un buen lío. Solo me falta que me despidan del trabajo por culpa del bloqueo que tengo en mi vida.

***

Alexia y Jesús toman asiento. Luego ayudan a las pequeñas a acomodarse. Les he invitado a mi despacho, en un intento desesperado por salir del pozo en el que he caído.

Cuando por fin se hace el silencio y todas las miradas de desconcierto se dirigen a mí, siento que es el momento de empezar a asumir mis errores como *Project manager*.

— Os preguntaréis el motivo de esta reunión. La verdad es que, si no fuese una situación de emergencia, no sería necesario reuniros a todos. Debemos presentar el proyecto publicitario de

Cócó, la importante empresa irlandesa de fabricación de bombones.

Paseo alrededor de la mesa comunal.

Quiero dar un discurso seguro, a pesar de cómo estoy de nerviosa por dentro. Jamás sentí un bloqueo parecido. Gero me ha machacado la creatividad, las ganas de vivir y de soñar.

— No he podido mover los plazos de entrega. Pablo ha sido rotundo. Lo quiere para dentro de dos semanas.

Los murmullos del equipo me debilitan.

— Quiero que hagamos un *brainstorming*. He considerado invitar a expertos que pueden aportar mucho de su talento profesional a esta sesión de primeras ideas. — Señalo a Alexia y Jesús, que están muy serios escuchando mis explicaciones — . Jesús Ruíz, Catedrático en Sociología en la mejor universidad de la ciudad. Alexia Mayol, psicóloga, especializada en Sexología. Y estas dos señoritas de aquí, son María y Valentina, las hijas de Alexia y Jesús. Son expertas en comer chocolate. — Les guiño un ojo de forma divertida en cuanto quedan presentadas. Ellas no serán crueles conmigo. Me adoran.

— Así que unos bombones. Interesante — dice mi querida amiga.

— Jefa, en dos semanas no podemos montar la campaña del año — protesta Jan, uno de los publicistas — . Tenemos la del detergente, la del coche y la de los pañales para bebés.

— Cierto, sé que tenemos más campañas entre manos. Os pido mis más sentidas disculpas por haber enfocado mal este proyecto. — Miro a Alexia, buscando su fuerza. Ojalá tuviese esa personalidad tan constante como la tiene ella — . Ahora ya estamos en este punto, así que avancemos.

— Lola, ¿qué quieres que hagamos? — pregunta Maika, una de las diseñadoras. Su tono afable me destensa.

— Por lo que sé, Cócó ha pagado a otras empresas de publicidad, pero las ideas han sido poco innovadoras y con impacto pésimo en el volumen de ventas. La sede no está en Barcelona, lo cual es un problema para ellos, porque quieren personalizar la campaña, sin vivir aquí y tener nuestras costumbres. Su fábrica está en Irlanda, así que, para conquistar la ciudad Condal, quieren que nosotros plasmemos exactamente lo que desprende Barcelona, sin perder su esencia irlandesa. — Detengo mis pasos. Miro a cada uno de los presentes — . El objetivo es demasiado jugoso. Yo quiero ese dinero en mi bolsillo. Los pañales y los detergentes no me dan un incentivo. Creo que las prioridades están claras ahora que tengo la cabeza despejada. Pediré que otro *Project manager* asuma las otras campañas, si sacamos de esta reunión una propuesta que infle nuestras cuentas corrientes. Si Pablo no me da plazos más flexibles, haré que las tareas pendientes se esfumen. Eso voy a conseguirlo.

— Ojalá… ¡Estoy de los pañales hasta los cojones! La audición para elegir al mejor bebé es una locura — protesta Jan.

— El señor Ramírez nos patearía el culo, por perdedores, si no hacemos esta campaña y nos llevamos ese incentivo — se burla Roger, uno de los diseñadores.

— ¿Puedes pedirle que nos quite también la campaña de la crema para las hemorroides? — pregunta Maika. Su cara de disgusto hace que los demás estallen en carcajadas — . Tampoco tiene incentivos — ironiza.

Busco el rotulador de pizarra. Quiero empezar la lista de la más mínima tontería que surja en esta reunión.

Dirijo la pizarra de cristal hacia la mesa comunal para que todos tengan acceso a lo que vaya apuntando.

Esto tiene que salir bien. Estoy convencida de que tengo a los mejores en esta sala.

Enlazo ideas con otras, marcando las que tienen más afinidad con Cócó S.L.

— Lo de las Olimpiadas de Barcelona fue brutal — exclama Jesús —. Una referencia mundial.

— Freddie Mercury hizo que la canción, junto a Montserrat Caballé, pasase a la historia. Aún me emociono al pensar que él no pudo vivirlo en el año 92. Al fin y al cabo, la ciudad inspira la mejor música, ¿no creéis? Freddie así lo demostró — sigue Alexia, apoyando a su marido.

— La música es un punto clave — susurro mientras observo la palabra en el centro de la pizarra, en mayúsculas —. ¿Qué hago contigo?

— Es una campaña de bombones. Tenemos que centrarnos en el chocolate, aunque a mí me apasiona Freddie — dice Maika.

— La música no es tan diferente a lo que provoca el chocolate — rebate Alexia —. Está compuesto de unas propiedades que hacen aumentar el placer. Es justamente el mismo tipo de placer que libera el cerebro en el momento de escuchar música. Y, el orgasmo, claro.

— La dopamina y la serotonina — le continúa Jesús.

— Sexo, música, chocolate… — sigue Alexia —. ¿Qué más queréis? La serotonina y la dopamina son las encargadas del estado de ánimo. Incluida la felicidad. Y todos queremos ser felices con algo tan normal como un afrodisiaco natural, practicar sexo y escuchar música de fondo para ambientar.

— Ahora entiendo todo — dice una de mis chicas, con la mirada perdida hacia la ventana de mi despacho.

— La lengua es parte del juego.

Alexia elige un bombón de la caja y se lo lleva a la boca con el pinzar de sus dedos. Deja que se apoye primero en su lengua para luego introducirlo en la boca. Mastica lentamente mientras el equipo la mira, hipnotizado.

— La lengua — murmuro mientras me pasan miles de ideas por la cabeza.

— Con la lengua transmitimos diversión, sensualidad, cansancio…, y esa felicidad que decía Alexia — sigue Jesús, que parece despertar de la escena protagonizada por su esposa —. Además, forma parte de la comunicación no verbal. Los bombones comunican cosas sin necesidad de palabras. Y sí, ya sé que me diréis que la lengua es la principal ayuda para poder dar lugar a las palabras, pero…

— Sí — musito, pegada a la pizarra. Me fuerzo a hilar todas las palabras en mayúscula —. Barcelona está llena de personas que aman lo cuotidiano en un entorno idílico — afirmo, encarándolos de nuevo —. ¿Qué las une? ¿Qué es lo que hace que…? — Mi mente, al fin, da con la clave —. ¡La satisfacción! ¡Porque satisfacción no es lo mismo que el placer! — grito, entusiasmada —. ¡Claro! ¡*Satisfaction*!

Se miran entre ellos. No me están captando.

— Vivir en la ciudad de Barcelona es un privilegio, así que es algo inalcanzable para muchos. La calidad de vida tiene un precio muy alto — interviene Jesús.

— La letra de ‘Satisfaction’ de los Rolling Stones habla de no poder conseguir la satisfacción, de intentarlo, de insistir en intentarlo, pero no poder alcanzarla. El chocolate, pase lo que pase en tu vida, con el ánimo por las nubes o por los suelos, consigue satisfacerte en tan solo un segundo. Aunque tu vida sea una mierda, el chocolate te catapulta a la puta felicidad. — Doy una palmada

en el aire —. Necesito la boca, los dientes, la lengua, ¡los malditos sentidos, todos juntos! Sabor, olor, vista… ¡Los bombones se follan a todos los sentidos! — Escapo un grito de liberación —. ¡El chocolate me pone, joder! Lo tenía en mis narices. ¿Cómo no lo vi antes?

— Jefa, ¿estás bien? — pregunta un comedido Jan.

— Tranquilo, no está hablando de la campaña de publicidad — le aclara Alexia.

Voy corriendo al ordenador. Busco la canción en mi lista de reproducción y subo el volumen de los altavoces. La guitarra invade mi despacho.

María y Valentina bajan de la silla y se ponen a mi lado, saltando y riéndose al ver que empiezo a mover las caderas al ritmo de la canción, dejándome llevar por las primeras notas.

Jesús es el próximo en acudir y a bailar con nosotras.

Los becarios tamborilean los dedos sobre la mesa.

— Me gusta la idea, Lola — me halaga Alexia.

— Yo fui al concierto del grupo hace muchos años, cuando tocaron en Barcelona — sigue Jesús, raspando sus dedos en una guitarra imaginaria.

Me hago con un bombón de la caja mientras sigo dejándome llevar por la canción. Empiezo a saborear el cacao hasta notar que tengo toda la boca impregnada de ese maravilloso sabor. Saco la lengua manchada de chocolate. Las niñas se ríen de su tía, señalando mi descarado gesto. Saben que en la mesa de su casa está prohibido hacer algo así.

— Pensemos una secuencia — propongo mientras trago el dulce sabor de Cócó —. Un, dos, tres, cuatro. — Subo y bajo mi cadera con la voz del cantante rompiéndose en su garganta —. Líneas imperfectas, estilo *street art*, mezclado con *pop art*.

— ¡Warhol! — exclama Alexia.

— Eso sería innovador, porque el modelo de impresión *pop art* y una idea más callejera no suele usarse en una campaña de chocolate. Puede ser rompedor — contesta Quim, uno de audiovisuales. Se chupa el dedo índice manchado de chocolate.

— ¿Y qué hay de esa marca de chocolate que parte de la idea de que es solo para placer adulto? — cuestiona Jan —. Podrían acusarnos de plagio.

— A Pablito no le gustan los plagios, jefa — se asusta Maika.

— No es puto placer, Jan; es satisfacción. Las mujeres, cuando tenemos la menstruación, comemos chocolate y nos satisface..., digamos…, ¿hormonalmente? Cuando las parejas rompen, entre lloros y mocos, el helado de chocolate cura una maldita depresión y satisface al sentimiento de tristeza. — Miro a Alexia. Ella asiente, sabiendo que se encarga de curar mi alma rota con helados, tartas, tabletas de chocolate y bombones —. Las niñas, como María y Valentina, disfrutan del chocolate como un premio, una meta lograda o, por haberse portado bien. Se sienten sa-tis-fe-chas.

— Eso ocurre poco, cielo — se burla Alexia.

— Cuando vas a un balneario, los masajes pueden ser con chocolate, porque son relajantes — responde Jesús, con la respiración entrecortada de darlo todo con su guitarra imaginaria —. Satisface a muchos niveles.

— ¿Entendéis ahora que esto no se trata de placer? — insisto en que conecten con la idea.

— Tía Lola, ¿me das más chocolate? — interrumpe Valentina.

— ¿Te gustan los bombones de Cócó?

— Mamá y papá no me dejan comer tanto chocolate.

— Mentirosilla — le regaña su madre.

Debo reconocer que esta campaña, a la que detestaba con todas mis fuerzas, me está

ayudando a pensar en lo que quiero y me hace feliz.

— Yo me encargo del esbozo del dibujo en blanco y negro, Lola — responde una entusiasmada Sara, una de las diseñadoras — . Tenemos dos semanas, así que, si calculamos bien, le puedes dar el estilo *pop art* sobre el 20 de septiembre.

— Esperad un momento. — Alzo la mano para que no pronuncien una sola palabra — . Septiembre. ¡Septiembre! Faltan catorce días. Eso es... ¡Cómo no lo he visto antes! — Golpeo mis palmas en la mesa — . Ya sé cómo podemos presentar el proyecto. No va a ser en este despacho, como siempre. — Sus ojos se abren, esperando la bomba — . Invitaremos a los ejecutivos el día 24 de septiembre. Es el día festivo de la ciudad. Conciertos, muchos conciertos.

— ¿Nos vamos de concierto? — Se pone en pie Mai, mi chica de cabellos arcoíris, entusiasmada.

— Yo tengo un amigo que conoce a uno de los teloneros que cantarán en uno de los conciertos del centro. Quizás pueda pedirle el favor de que cante un *cover* de la canción 'Satisfaction' — propone Quim.

— Oh, dios mío… — gimo sin reparo — . Eso sería el broche de oro. No aparecerá el nombre de la empresa hasta que ellos no firmen el contrato, pero quiero que los ejecutivos se sientan parte de sus futuros comensales. Puedo…., ehm… — Chasqueo los dedos en el aire, buscando inspiración — . Lanzaremos pelotas gigantes, en color chocolate, para que el público las golpee, las lance y se divierta. Tendremos que añadir una impresión con toques de nuestro estilo *street art*. El diseño de las bocas, con las cuatro secuencias, las presentaré en el restaurante… ¡Ya lo estoy viendo! — Me muerdo el labio, deseosa.

— ¿Unos tipos trajeados en un concierto? Tiene que ser diferente, sin duda — pronuncia entre risas, Jesús.

— Jefa, ¿qué te parece que pueda salir, en la pantalla, una frase en una fuente tipo letras escritas con espray? Siguiendo la línea del *street art* — propone Rober, de audiovisuales.

— Sí. ¡Sí! Diseñadores, nos vemos el lunes para trazar la línea de los bocetos, las pelotas y la pantalla. Yo haré la coloración, como siempre, de todos los bocetos.

— Me muero de ganas por empezar. ¡A la mierda las hemorroides! — grita Mai, levantando risas en el equipo.

— Cuando Pablo me haya dicho que acepta esta locura, os digo algo.

— Le van a dar por culo a Mike — se burla Mai; odia al otro *Project manager*.

Salen de mi despacho, hablando con entusiasmo y tarareando la canción de 'Satisfaction'. Todos juntos parecen una banda callejera, con ese estilo de vestir tan alternativo, que incluye pantalones rotos, camisetas de grupos de música, cabellos descoloridos, peinados extravagantes, maquillaje excesivo y pendientes por todo su cuerpo. Pablo sabe que en esa personalidad está la creatividad que cumple con las mejores campañas de la empresa. Mike les pateó el culo hace años. Yo los elegí por esa personalidad que me complementa.

— Así que este es el lado poderoso de Lola. Vaya, vaya... — me halaga Alexia — . Me gusta esta Lola que se come el mundo — susurra a mi oído.

— Tenías razón.

— Siempre tengo razón, Lola. — Suelta una sonora carcajada.

— No he pensado en lo que me satisface a mí, jamás.

— Eso es a lo que me refería el día de la merienda. Usa este parón en tu relación, por y para ti.

Jesús abraza a Alexia, haciendo una bonita estampa. Envidiable, más bien. Gero jamás me

arropa así, entre sus brazos.

— Hablaré de esto en mis clases — me halaga Jesús.

Toman a las niñas de la mano y se dirigen al ascensor.

— Satisfacción — musito mientras observo los pasos de la familia unida —. Necesitaba tiempo para saber qué me satisface.

***

Pablo entrecierra los ojos, analizando las imágenes que hice esta semana para llevarle algo con sentido a la reunión. Quince minutos después de explicarle la propuesta de la visita guiada en un autobús de techo abierto y de acabar en el mejor restaurante de Paseo de gracia, de pronto, ha alzado su mano para que me calle y le deje intervenir.

— ¿Cómo dices? — pronuncia con la misma seriedad que su expresión facial.

De repente, la imagen de mí misma guardando mis cosas en una caja de cartón y marchándome del despacho, se apodera de mi seguridad en este proyecto. Si estoy en el límite de recibir mi finiquito, será mejor no darle motivos para entregármelo en mano ahora mismo.

— Lola, esto es diferente a lo que has presentado hasta el momento — se avanza antes de que pueda defenderme —. Nunca he visto un trabajo así en tus anteriores campañas. Me sorprende que hayas ido por esta línea. La idea es..., bueno, es... — titubea.

Mi corazón va a estallar. Me va a despedir. Definitivamente, ya tendría que estar guardando mis cosas en esa caja de cartón.

— Pablo, dime la verdad — pronuncio en un hilo de voz, muerta de miedo —. Nos conocemos desde hace años. Sé que es arriesgado. He ido con muy poco margen de tiempo. ¿Vas a despedirme? Dímelo sin anestesia.

— ¿Despedirte? — Se carcajea sin reparo —. ¡Es fantástico! — pronuncia entre risas —. Lola, no te puedo creer. ¿Despedirte? ¿Yo? Si es justo lo que esperaba. Aunque deba invertir algo de dinero en todo esto. ¿Cuánto me va a costar, por cierto? — Revisa el presupuesto.

— ¿De verdad te ha gustado?

— No esperaba esto. Pensé que sería lo de siempre: Bocetos, una reunión con gente en traje, firmar un contrato en los sillones de mi despacho… — Sonríe para mí, satisfecho con el resultado —. Un aburrimiento del que estoy muy harto — insiste en halagarme, con la vista hacia los bocetos, inspeccionando los detalles que hemos trabajado contrarreloj —. Sorpréndeme: ¿Qué más hay en tu cabeza? — Gruñe —. Hay cosas claramente mejorables, pero el boceto está muy trabajado. ¿Lo has hecho con Mai?

— Un concierto. Bueno..., una cancioncilla. Pequeñita. — Rezo por su comprensión.

— Un concierto. — Vuelve su vista a mí. De nuevo, su semblante serio —. ¿Has dicho un concierto?

— Barcelona es referencia en música y festivales. Se trata de hacerles vivir experiencias más allá de los bocetos en papel. Otras empresas les sentarían en unas sillas, en silencio, viéndolos como una billetera con piernas, pero hacer reales las emociones, Pablo, es sin duda mi esencia como *Project manager*. Será el 24 de septiembre. — Suelta los bocetos encima de la mesa —. Los ejecutivos palparán el ambiente de Barcelona y a su consumidor, en directo. A pie de calle,

viendo los bocetos que hemos hecho, mientras escuchan un *cover* de ‘Satisfaction’. ¿Te gustan los Rolling Stones? — Cierro un ojo para no ver por completo su reacción. Temo que sea de música clásica.

— Lola, ¿vas a llevar al pez gordo de Cócó, a un concierto? ¿Hablas en serio?

— Técnicamente, es una cancioncilla. — Cierro los dos ojos —. ¿Sabes si le gustan los Rolling Stones? — titubeo.

No puedo ver mi despido. Ya estaba en un punto de felicidad. Me la ha arrebatado su expresión altiva.

— Lola.

Doy un respingo, del susto.

Abro los ojos para ver su reacción.

— ¡Amo los Rolling Stones! — sigue, con evidente ilusión —. Pienso venir a la primera toma de contacto con el cantante. ¿Qué coño es un *cover*? — Escapa una risotada —. Es… Es… ¡Este proyecto tiene muy buena pinta! No me equivoqué en dártelo. Dios… ¡Tenías musas rockeras! — Se carcajea al recordar nuestra última conversación.

Siempre está pendiente de los detalles del cliente, sabiéndose hasta el mínimo apunte de los proyectos que lideramos. Me enseñó a ir más allá en publicidad y a no ser superficial en los mensajes a los consumidores. Hace tiempo que no está entusiasmado con los resultados del equipo, así que suele darme más proyectos, aunque esté desbordada de trabajo. Me motiva con los incentivos. Sé que confía en mí, pero esto era una apuesta arriesgada para su empresa. Es cierto que tendemos a no jugar con el cliente e ir a lo seguro. Pablo, en algún viaje que hemos compartido, me ha explicado los años en los que él hacía las campañas de publicidad y lo fascinante que era empezar a crear cosas sin ética, ni moral, para los productos. Era un sector mucho más voraz. Las marcas esperaban esa voracidad, para destacar, aunque machacasen a las marcas competidoras. Recuerda, siempre, la pelea entre Pepsi y Coca-Cola.

— Buen trabajo, Lola. ¡Por fin has vuelto! Un concierto a cambio de mi despacho. Qué locura — sigue, agradado con esa idea.

— ¿Puedes quitarnos la publicidad de la crema para curar las hemorroides y la de los pañales llenos de caca? Para centrarnos, exclusivamente, a esta campaña.

CAPÍTULO 4. DARNOS UN TIEMPO

La idea era volver a casa como nueva. Gero se fue a Tokio hace cuatro días.

— Lola, ¿qué haces aquí en el suelo? ¿Estás bien? — Jesús busca la razón por la que su amiga está con la cara empapada en lágrimas, en el portal de su casa — . ¿Te han robado?

Me cubro la cara con las manos, avergonzada.

— Jesús…, mi vida es una mierda — pronuncio entre sollozos — . Juro que venía con ganas de divertirme.

— Me deshago de la basura y hablamos. Espérate aquí.

Me seco las lágrimas con el reverso de la mano, pero, a pesar de mis esfuerzos, siguen cayéndome más por las mejillas.

— Ay, mi Lola… — lamenta nada más volver a mi lado — . ¿Qué te ocurre? ¿Es por Gero?

— Le he explicado lo que me ha pasado en el trabajo, por mensaje, pero me ha respondido que no estaba respetando los tiempos y que estaba interrumpiendo su paz para saber lo que quiere. Yo solo pretendía contarle algo bueno que me está pasando. ¿Por qué me responde así?

— Gero, y no porque sea mi amigo, quiere hacerlo lo mejor posible contigo. No ha hecho esto para alejarse de ti para siempre. Os ha dado espacio porque necesitáis pensar. Lola, he hablado con él esta tarde. Es cierto que se siente agobiado con tus mensajes.

— ¿Agobiado? ¿Agobiado porque quiero contarle cosas buenas?

— Estaba destrozado, no dejaba de llorar. Estaba realmente saturado de todo. — Eso hace que me entristezca más — . A veces las personas necesitamos llenar un vacío que nace de repente, sin explicación alguna. Sufrimos una pequeña crisis existencial. Gero creo que la está teniendo en estos momentos. No le gusta su vida. Tiene dudas hasta de si hizo bien en sacar a bolsa *Gameover*, su sueño. — Pero no me hace sentir bien saber que la empresa vuelve a interponerse entre nosotros — . Te lo digo porque a mí me pasó en un punto de mi vida. Empecé a notar que algo no iba bien con mi pareja, Maite. Me negaba a verlo. Me empeñé en que ella era la persona. Aunque la quería, había algo que me seguía haciendo sentir una persona horrible al estar con ella. Con querer no basta, Lola. — Besa mis cabellos, cariñoso — . Cuando conocí a Alexia me di cuenta de que me hacía sentir vivo. Juro que fui incapaz de gestionar tanta felicidad de repente, cuando entró en mi despacho. — Sonríe al pensar en el recuerdo. Sé lo que puede llegar a impactar mi mejor amiga. Me pasó con tan solo cuatro años — . El destino me tenía preparado un regalo como Alexia. Hice mal en serle infiel a Maite, algo que no me perdonaré jamás. No pude controlarme. No había sentido algo así, jamás, por ninguna mujer. Alexia me vaciló intelectualmente, me hizo reír, vi lo bella que era, la sensualidad que desprendían sus ojos verdes… Dios… — Suspira — . Maite se esfumó de mi cabeza. No existía nada más que Alexia, sentada en mi escritorio, jugando a seducirme. — Vuelve a besar mis cabellos, tierno — . Si te sirve de algo, es mejor ser valiente, como Gero, y darte ese tiempo para hacer y deshacer hasta tomar una decisión. Debes dejar de escribirle, pensar en ti y en lo que te hace feliz.

— ¿Gero va a serme infiel? — Se me corta la respiración al pensar en la traición.

— No. Creo que me he explicado fatal. No quería decir eso. Lo que quería decir es que…

— ¿Crees que debo empezar a salir con otras personas? — pregunto, muy alarmada.

— Creo que tienes que escuchar a tus sentimientos, lo que te atrae y lo que te disgusta de Gero. Lola, no le des más vueltas a lo que debería ser entre vosotros. Debes ser, sin más remordimientos. Gero es el amor de tu vida, ¿cierto? Pues lucha contra ese rencor que le tienes. Solo por apuntar, aunque no vaya a pasar, técnicamente no sería infiel porque os habéis dado un tiempo. — Abro los ojos, asustada — . ¡Pero no va a pasar! — Alza sus manos en señal de rendición — . Es para que entiendas que es una pausa entre vosotros.

Gero debe ser la persona, porque es real, existe, y está en Barcelona. Comparto mis facturas con él, una hipoteca y vivo en la gran ciudad, con un coste de vida muy alto, como dijo Jesús.

— Vamos, te vendrá bien una copa de vino y comer algo calentito — me invita Jesús, ofreciéndome la mano para ponerme en pie — . Hoy la noche es para ti.

— Oye, Jesús..., gracias por...

— ¿Por no preguntar más sobre eso que escondes? — Arquea una ceja, retador — . Estoy aquí para cuando me necesites.

— Me vais a hacer llorar. ¡Subid a casa! — grita Alexia a través del interfono — . Las gemelas no paran de preguntar por su tía. ¿Les has traído bombones de Cócó? Porque solo te quieren para eso — se burla de la nueva adicción de las gemelas.

Jesús se empieza a reír a carcajadas cuando ve mi cara de espanto.

— ¡Tu esposa ha estado escuchando todo desde el telefonillo! — protesto con la boca pegada al interfono — . Alexia, no se escuchan las conversaciones ajenas.

— Ajena no son, estabas en el portal de mi casa, por lo que es una zona común que pago rigurosamente. ¡Mueve ese culo respingón y sube a casa de una vez! Al final me beberé yo el vino. — Y da un golpe seco con el auricular.

Jesús está llorando de la risa y agarrándose el estómago.

— ¿Cómo no va a ser el amor de mi vida? Ese lado mandón y cotilla no lo tengo.

— No sé cómo se las apaña para darle la vuelta a todo.

Jesús es incapaz de erguirse. Está doblegado de la risa, ahogado y dolorido a partes iguales. Están hechos el uno para el otro. Creo que Maite jamás hubiese hecho que Jesús fuese tan feliz como lo es ahora con Alexia.

***

Alexia y Jesús han acompañado a las niñas a la cama.

Mientras escucho los besos de buenas noches, aprovecho para mirar las notificaciones de mi teléfono.

— Nada. No hay ni rastro de Gero. Para mi mala suerte, no existo para él — mascullo.

— Preparo unos cafés. — Me sorprende Alexia, apareciendo en el salón — . ¡Descafeinados!

— ¿Te ayudo?

Escondo el teléfono a mi espalda. Cree que lo dejé en el bolso.

— Ni te muevas, Dolores. — Me increpa con el dedo, divertida en el gesto de amenaza — . Ahí quieta. Es tu noche — me advierte antes de marcharse a la cocina.

Vuelvo a mirar mi teléfono, apresuradamente, mientras Alexia trastea con las tazas del armario y Jesús sigue despidiendo a las niñas.

— ¿Por qué no me escribes? — musito.

Empiezo a escribir un mensaje para Gero, mostrándole mi enfado a través de palabras groseras e insultos. Me meto de lleno en una discusión imaginaria en la que él sale perdiendo y me suplica volver a estar juntos. Antes de enviarlo, Alexia me planta la taza de café en la cara, tapándome la pantalla del teléfono.

— ¿Quieres que te lo escriba yo, Lola? — me recrimina.

— Alexia, solo estaba diciéndole que espero que esté bien. — Miento.

— Hacía años que no te veía así, tan de bajón. Desde que se fue Mario, nunca has estado tan...

— ¡No sabes una mierda de lo de Mario! — Deja de beber de su taza para mostrarme una cara de estupefacción tras mi grito — . No sabes nada de esa historia.

— No seas tan dura, Alexia — le reprocha su marido, llegando a nuestra posición — . Le he dicho que era su noche, así que dejémosla que no piense precisamente en lo que le hace daño.

— Alexia, no vuelvas a sacar el tema de Mario.

— ¿Quién es Mario? — indaga Jesús.

— Nadie — insisto en cortar la conversación.

— Lo siento, ¿vale? — se disculpa Alexia — . Lo siento… Es solo que… — Arqueo una ceja, invitándola a abrir su bocaza y atenerse a las consecuencias — . Cambiemos de tema: ¿Cómo te vas a vestir para la fiesta de aquí a dos semanas?

— ¿Qué fiesta?

— ¡Eso! ¿Qué fiesta? — pregunta un entusiasmado Jesús.

— La de antiguos alumnos del instituto. La generación del año 85 se reúne de nuevo. Y, cariño, no estás invitado. Deberás quedarte con las niñas. Mi madre tiene feria de pasteleros y tus padres están en Andorra.

— ¿De qué hablas, Alexia? No voy a ir a ninguna fiesta.

— ¡Si te envié la invitación por la Red Social! — protesta.

— No miro la Red Social. Le cedo mi invitación a Jesús. Paso de ver la cara de amargados a los del instituto. Entre ellas, tu queridísima Carolina. No estoy de humor para volver al pasado. Me quedo con las niñas.

— Hablamos de que me acompañarías.

— ¿Cuándo dije yo eso? — Frunzo el ceño, desconcertada.

— Cuando teníamos dieciséis años, Dolores.

— Quizás una fiesta te vendría bien para despejarte — sugiere Jesús, escondido tras su taza de café — . Unas copas, música y no pensar en Gero. No suena mal.

— No estoy de humor, Jesús. Mi marido me ha dejado. Estoy de luto.

— Joder, con tu maridito. ¡No eres viuda, Dolores! Sigue vivito y coleando, el cabronazo — protesta Alexia — . ¿Puedes parar de nombrar al innombrable, por favor? Me está tocando el coño que tu vida gire en torno a él. — Gruñe, harta del único tema que ocupa nuestras conversaciones desde hace un tiempo — . ¡Disfruta de la puta vida, joder! ¿Qué edad tienes?

— Ya tenía una vida, Alexia. Se ha ido todo a la mierda.

— Claro que la tenías. Precisamente, dijiste que era una mierda.

— Mis amigos de verdad sois vosotros. No necesito recuperar amistades que nunca fueron amistades. Yo era la marciana. ¿Sabes lo que me dolía eso?

— La fiesta la organiza Martín. Nos caía bien y era nuestro amigo.

— Tu amigo — rectifico sus palabras.

— Lola, tiene un local que está decorado como si fuera una feria de atracciones, pero en plan tétrico. Tiene una muy buena opinión y he curioseado las votaciones en internet. ¿Sabes lo ideal que puede ser ir a ese local, con barra libre y catering?

— Estupendo por él. Yupi — respondo sin entusiasmo — . No pienso ir.

— ¿Cuándo coño vas a darte cuenta de que hay cosas emocionantes en el mundo, más allá de Gero y sus videojuegos? Te quejas, pero no haces nada por cambiar tu vida.

— Solo usas esta fiesta como excusa para ir a comprarte ropa — sigo con la regañina, por insistente e intensa — . No soy estúpida.

— También, también. — Mira de reojo a Jesús, que se da cuenta de que mi amiga quiere alardear con un nuevo vestido de marca — . Fui la puta del instituto. Iré a Prada para dejar claro quién es la puta de oros. — Se carcajea con el mote cruel que le pusieron los chicos y las chicas de clase — . Y la nueva Lola va a comprarse ropa también. ¿Sabes a qué Lola me refiero? — pregunta con sarcasmo.

— ¿Yo? ¿Por qué? — protesto, harta de sus ganas de comprarme ropa.

— Para lo de tu proyecto. — Miente con maestría. Es una gran manipuladora — . ¿Me acompañas el sábado a por unos trapitos? — Sonríe de lado sabiendo que ha dado en el clavo — . No vas a presentarte con la ropa vieja y gastada, que no inspira ese lado tuyo tan poderoso, *Project* no sé qué. — Me guiña un ojo, pícara en el gesto — . O ¿vas a vestirte con un chándal para ese concierto tan importante? — Esconde su maliciosa sonrisa tras la taza de café. Es mala. Muy mala.

— ¿Cómo lo haces para llevarme a tu terreno? No había pensado en lo de mi ropa. Iba a elegir unos vaqueros y…

— Claro que sí, mi cielo. Unos vaqueros para un proyecto mediocre. ¿Era mediocre? — ironiza — . Puedes ponerte la camiseta de tirantes que tiene el lamparón del último helado de chocolate que compartimos en tu casa. A juego con la campaña.

— ¿Por qué eres mi amiga? Te odio.

Alexia besa mi mejilla, presionando fuerte sus labios en mi piel.

***

No me siento los pies después de tanto andar por todas las plantas de El Corte Inglés de Plaza Cataluña. No sé a qué huelo, pero Alexia ha elegido un nuevo perfume especial para la presentación. Ella y la dependienta me han rociado medio frasco. Hasta creo que las abejas se relamen para comerme entera.

Por fin llego a la cafetería de la parte más alta del edificio. Me dejo caer en la silla, con todas las bolsas sobre mi estómago, sin importarme nada más que mi alivio por aposentar el culo y dejar de sentir el dolor de pies. Alexia, sin embargo, deja sus bolsas en la silla de al lado, estratégicamente colocadas por tamaño y forma. Creo que hasta se atreve a clasificarlas por marcas caras.

— Lola, tienes treinta años. ¿Puedes dejar de quejarte todo el tiempo? ¿Qué te ocurre ahora…? — Arrastra sus palabras.

— Él…, ya sabes…, ¿estará allí? — indago sobre el nombre que sigue ocupando mis pensamientos, día y noche.

— Mario no ha confirmado asistencia. Ni rastro de él. Pero, oye, ¡estará Isaac!

— Qué bien — respondo en un falso tono alegre.

— ¿No te apetece ver a Isaac? — pregunta en tono socarrón — . Yo quiero saber si sigue estando igual de bueno. La verdad es que me ponía cachonda pelearme con él.

— Seguro que está casado, Alexia. Conociéndolo, su boda debió ser tremendamente hortera.

— Tú fuiste hortera en tu boda. — Se carcajea con la boca abierta.

— Lo sé. No creas que no pienso en eso cuando veo la foto de mi mesita de noche. Yo lo hubiese celebrado de un modo distinto.

Gero me dijo «Oye, pues si quieres nos casamos. Miramos restaurantes con esos horrorosos cipreses que tanto te gustan». Yo solo dije un «Vale», sin ánimo alguno. No hubo anillo, ni tampoco romanticismo al pedírmelo. Fue como si me hiciese un favor. En realidad, a Gero le hubiese gustado que me vistiese como un personaje de videojuego, estilo *cosplay*.

Yo me hubiese casado en una cancha de baloncesto, con las gradas llenas de velas, el contador de puntos iluminando el día y la hora del enlace, caminando juntos entre un camino de pelotas de baloncesto hacia el altar, y darnos un beso bajo la cesta. No sujetaría un ramo, tampoco compraría un vestido de novia, ni estaría subida a unos zapatos de tacón. Sé que a Mario solo le hubiese importado ser nosotros mismos, con nuestra ropa, desearnos amor sincero en un lugar menos pomposo que el típico restaurante a las afueras, y proyectar nuestra felicidad ante la gente que nos quiere de verdad.

— Lola, me da que es un desgraciado. ¿Isaac está soltero o divorciado? Interesante... — Pega la cara a la pantalla de su teléfono.

— Yo estoy separándome. ¿En qué me convierte eso? — le reprocho el poco tacto.

— En la lista de invitados no aparece como pareja o acompañante de nadie. Espera que busque a Carolina… ¡Oh! — Me muestra el teléfono — . ¿Vamos a ser malas con él y ella? — Sonríe de lado.

— Ya tienes juguetito roto para la fiesta. Así podré irme sin que te des cuenta.

— ¡Qué pesada eres, Dolores! No has ido y ya te quieres ir. ¡Demonio de Gero! Antes molabas. ¿No comías churros en la calle, a las tantas de la madrugada, hablando sin parar de lo que habíamos hecho con algún tío buenorro?

— Pura fantasía — musito.

— Nena, para de hacer eso. De verdad que es agotador — suplica, dejando de lado el teléfono y la lista de invitados — . Lola, no pasa nada por volver al pasado. ¿De qué tienes miedo?

— No sé si quiero afrontar lo que viví.

— No somos las mismas, cielo. — Me toma de la mano, cariñosa en el acercamiento — . No van a hacernos daño. No pueden. — Acuna su voz, dulce en el trato — . Ya no nos importan una mierda. Tenemos tantas cosas buenas, por nosotras mismas, que ellos… ¡Bah! ¿Sabes a lo que me refiero? — Deja una pausa para que piense en sus palabras — . Nos tenemos la una a la otra. Siempre nos tuvimos. Afrontemos que la vida nos ha dado la oportunidad de tener otra actitud con respecto al pasado. — Deja escapar mi mano y se recoloca en la silla. Mira de nuevo la pantalla de su teléfono — . Mario no va a estar allí, si es lo que te preocupa.

— Es todo lo contrario — musito.

— Es solo una fiesta de viejos conocidos. — Sigue pendiente de su teléfono, así que no puede fijarse en mis ojos humedecidos de lágrimas — . Te quiero, Lola, pero creo que has dejado

de creer en ti, por culpa del maldito Gero.

CAPÍTULO 5. NO ESTAMOS TAN VIVOS

Ayer por la noche Gero me propuso que hiciésemos una videollamada. Tuve que releer el mensaje varias veces, asimilando que había lanzado señales después de tantos días de silencio.

— ¿Qué tal te va el trabajo? ¿Has convencido ya a los japoneses? — Rompo el juego de miradas a través de la pantalla y el silencio incómodo tras el saludo.

— Me están dando mucho trabajo. Lo quieren saber todo. A veces no tenemos respuestas para tanta mierda a cuestionar. Tengo el mejor equipo, pero quieren hacer una inversión tan alta, que no quieren asumir riesgos. Temo no estar a la altura. Debo adaptar el juego entero a sus costumbres y gustos, pero no soy experto en cosas japonesas.

— Tienes al mundo conspirando para vencer a la malvada bruja de los dulces. A Pablo lo tienes enamorado. No deja de hablar de ti. Eres uno de sus mejores clientes.

— Ya puede hablar de mí, después del dinero que me dejé en la campaña de publicidad. No te dio a ti la comisión, te lo recuerdo. — Vuelve su lado borde y distante. Mike fue el *Project manager* de la campaña de Gero. Pablo argumentó que era por no mezclar sentimientos — . El índice de descargas no aumentó, Lola. Solo aumentó su billetera. Y tú dejaste que te pisara la cabeza. Dejaste que se lo diese a un tipo que ni siquiera hizo posible la campaña que quería, y se quedó con un incentivo muy alto. ¿Acaso no eras su favorita? Menuda gilipollez para explotarte… — Escapa una risa sarcástica — . Te estaba hablando de otra cosa. Los japoneses sé que quieren que lo luche, pero mi cabeza está agitada y no consigo concentrarme.

— A mí me pasa igual.

— Con Ari estoy trabajando para que los números cuadren y los japoneses me dejen volver, lo antes posible, a Barcelona.

— ¿Quién es Ari?

— Acabo de decirte que es la responsable de las cuentas de *Gameover* — responde arrastrando las palabras, con hartura.

— No la habías nombrado nunca. ¿Es nueva en el equipo?

— ¿Por qué ibas a conocer a Ari?

— Tú sabes todos los nombres de mi equipo.

— Me estabas interrogando, Lola.

— Era una simple pregunta. ¿Qué te pasa?

Desvía su mirada hacia un lateral de la habitación. Niega con la cabeza y suspira sonoramente.

— Gero, ¿estás bien? — Acuno mi voz para que bajemos las hachas que nos estamos clavando — . No quiero discutir contigo. Era simple curiosidad. Quiero formar parte de tu vida. Eso incluye tus miedos. Si Ari dice que algo va mal, quiero saberlo.

— No, no estoy bien — pronuncia sin ánimo. Escapa otro sonoro suspiro — . Lola, quería hablarte de una cosa, porque me está matando por dentro.

— Dime.

— Ari cree que es bueno plantear todos los números en este viaje, aunque tengamos que

alargar estar más semanas en Japón. — Atropella las palabras, muy nervioso — . Cree que es mejor no dejarles tiempo para que se relajen y se olviden de la oportunidad que se les presenta con el juego. Ari ha hecho un presupuesto que se ajusta bien a lo que piden, pero tendré pérdidas al principio, lo que supone una inversión para mí, no para ellos. — Acelera aún más su discurso. Es casi incomprensible de lo rápido que habla — . Quizás, Ari puede inflar un poco más las cifras, pero tengo que ofrecerles algo diferente, como unas ilustraciones personalizadas, o algo así. — Se revuelve el cabello, a tirones — . Ari cree que Japón es una oportunidad de crecer en cifras y en bolsa. Pero, no sé…

— Vaya con Ari… — mascullo.

— El problema es que hay algo que me ata a volver a Barcelona.

Se hace el silencio. Nos miramos a través de la pantalla. Así que soy «Algo que le ata». Su romanticismo es de otro planeta. Pensé que aflojaría su carácter después de pedir esta videollamada, pero no, la tensión entre nosotros se palpa hasta a miles de kilómetros de distancia.

— Lola, ¿por qué te quedas muda? — Frunce el ceño.

— Si quieres podemos seguir evitándonos, como estábamos haciendo estos días. Hasta que decidas que podemos hablar y yo pierda el culo por ti — reprocho sus cambios de actitud — . Vas a volverme loca.

— Es imposible hablar contigo.

— Eres tú el dueño de la empresa. Tú decides lo que se hace, ¿no? ¿Puedes decidir volver y afrontar lo que has dejado en Barcelona? — sigo, dura en el tono.

— En Japón, al menos, no tengo que estar discutiendo contigo, cada cinco minutos. Lo que me ata a volver es tomar una decisión sobre nosotros. Estaba pensando en una reconciliación, pero…

— ¿Por qué no lo decidimos ahora? — Le obligo a dejar de marearme con sus dudas.

— Porque no puedo, Lola.

— ¿Qué no puedes? ¿No puedes dejarme? ¿No puedes dejar de quererme?

— Lo estás estropeando todo.

— ¡Tú lo estropeaste antes! — grito a pleno pulmón, enfurecida.

— Ahora mismo me da mucha vergüenza tu comportamiento.

— Y a mí me avergüenza que no podamos ni decirnos algo bueno el uno al otro. Ni siquiera nos hemos dicho que nos echábamos de menos. ¿Sabes el motivo? ¡Porque no nos echamos de menos, joder!

— ¿Crees que es fácil volver a una casa en la que vive una persona que no me quiere? Si me amases, querrías tener hijos conmigo. ¡Formar una familia! Pero…, no, eso no va contigo.

Sin esperar mi respuesta, Gero cuelga la videollamada. Me quedo petrificada al ver que me ha dejado plantada con la palabra en la boca y como la villana del cuento.

Siento la rabia creciendo en mi interior.

Una notificación en mi teléfono me advierte de la llegada de un mensaje. Es de Gero. Lo Leo inmediatamente: «La próxima vez piensa mejor lo que dices, no creo que sea yo solo el culpable de todo. Hemos desaprovechado la oportunidad de decir lo que sentimos. Te comportas como una cría. ¡No sé qué te pasa! Creo que lo mejor será que tengamos carta blanca».

Dejo el ordenador en el sofá, atónita con esas palabras. Ni siquiera sé si las comprendo. ¿Carta blanca? No sé qué significa eso.

Voy directa a la cocina, a por un buen trago para ahogar las palabras que tengo atoradas en mi

garganta, y olvidarme de que existe Gero. Tomo la botella de vodka del armario y me sirvo un chupito en un vaso de agua. Me lo bebo en un golpe de cabeza y de muñeca, sin respirar. Noto como me quema la garganta, pero mata los insultos que me gustaría escribirle o gritarle.

Me quito su pintalabios favorito con el reverso de la mano mientras me sirvo otro chupito.

— Qué te den por el culo. — Me bebo el chupito. Sigo con otro, seguidamente — . ¡A tomar por el culo los hombres que me dan tiempo! — Bebo directamente de la botella — . ¿Quién coño es Ari? — Bebo de nuevo, amorrada a la botella — . No lo entiendo. No entiendo a Gero.

Al girar la vista, veo el cuadro del mapamundi colgado en la pared de la cocina. Reviso la distancia entre Barcelona y Madrid. Apenas hay kilómetros, aunque él y yo nos encargamos de poner miles de ellos.

— Debería haberme ido a Madrid. — Bebo a morro mientras observo el mapa — . Fui una cobarde. Debí hacer lo que sentía, al cumplir los dieciocho años. — Pero el cuadro no responde lo que me gustaría escuchar de la boca de Mario.

Me estiro en el suelo de la cocina mientras el alcohol adormece mi sufrimiento.

***

Ir a trabajar con resaca me hace sentir doblemente fracasada.

Estoy hecha un desastre. No he podido quitarme las gafas de sol hasta hace unos minutos. Experimento dolor de cabeza, sin estar segura de si se debe a los pensamientos negativos o a la cantidad de alcohol que aún adormece mi mente.

Justo cuando estoy a punto de echarme una pequeña siesta sin ser vista a través de las cristaleras, golpean la puerta del despacho.

— Hola, ¿se puede entrar, señora Suárez?

Alexia asoma la cabeza por la obertura de la puerta.

— ¿Qué haces aquí? No te esperaba.

Me pongo en pie lo más dignamente posible.

— ¿Comemos juntas? Me muero de hambre.

— ¿Has venido expresamente a comer? — pregunto con extrañeza.

Su consulta está lejos de mi despacho. Se ha cruzado media Barcelona por algún motivo.

— ¿Por qué te has emborrachado sin mí, un domingo? — Sale la verdad a flote — . ¿Saliste anoche, perra? ¿Qué celebrabas?

A través de la cristalera del despacho veo a una Catalina demasiado sonriente. Ella ha llamado a mi mejor amiga. Debo tener un aspecto horrible para que se haya tomado la libertad de asustarla.

— No tengo ganas de hablar, Alexia. Te invito a comer, pero sin hablar.

— Si me llaman porque hay una situación de emergencia, merezco los detalles, cariño. Pagas tú, por supuesto, pero lo de mantenerme callada no lo vas a lograr ni por todo el oro del mundo.

— Tengo dolor de cabeza. Parece que nadie empatiza con eso.

— ¡Mueve tu culo, Dolores! — grita para hacerme rabiar. Masajeo mi sien al sentir los pinchazos que ha provocado la morena — . Estoy hambrienta de algo italiano, a poder ser. Quiero propuestas buenas, no *fast food*. Nada de comida grasienta. La de la resaca eres tú, no yo.

— ¿Puedes bajar la voz? Siento martillazos en la cabeza.

— Puedo hacer lo que me salga del coño. — Se carcajea cerca de mi oído para reventarme la cabeza.

Esperamos nuestros platos, en silencio. Sé que Alexia me está dejando cierta ventaja para que ordene lo ocurrido.

— Tarda mucho el camarero, ¿no? — disimulo.

— Solo tengo una hora, Lola — me advierte de que piense más rápido — . Y quiero tomar postre. Si lo alargas, deberé tomar un taxi que vaya a más velocidad de la permitida en la ciudad, para llegar a mi próximo paciente. Pobre taxista, ¿no crees? — Fuerza una sonrisa y pestañea rápido.

— Alexia, ¿de verdad? — me quejo.

— Prefiero siempre la verdad.

Arranca cachitos de pan con el pinzar de los dedos, esperando a que me decida.

— ¿Jesús te ha explicado si Gero me está siendo infiel con una tal Ari?

— Oh, chica. — Silba, exagerando sorpresa — . ¿Ari? ¿Quién coño es Ari?

El camarero sirve los platos primero a la morena. Luego me da el mío, de mala gana, por haber pagado con él mi mal humor mientras leía la carta. En cuanto se va, Alexia me presta atención para que siga contándole. Su coqueteo habitual con los camareros ha durado poco, esta vez. Eso significa que está preocupada de verdad.

— Quiere carta blanca — sigo — . ¿Por qué?

— Lola, la carta blanca puede suponer muchas cosas, entre ellas, la ruptura definitiva por encontrar algo fuera de la pareja. Yo considero que es una cobardía por parte de Gero, porque si se quiere follar a otras, que corte la relación definitivamente. Sabes que apoyo totalmente las parejas abiertas, el poliamor y las triejas, pero él usa la carta blanca para no sentir remordimientos por buscar un sexo que no tiene contigo. No es su filosofía de vida, cielo. Es el Gran Monógamo y el Antijuguetes eróticos. — Relame el tenedor para saborear la gran cantidad de queso que ha pedido — . Creo que habéis entrado en la dinámica de echaros mierda el uno al otro porque os entretiene pisaros la cabeza. Eso no lo va a solucionar la carta blanca.

Mastico mi lasaña, sin ánimo alguno. Fijo la mirada en mi cuchillo, sumida en pensamientos. No estoy segura de si mis sospechas son ciertas, pero nunca me habló de ella antes, y ahora me pide esa carta blanca. En internet he leído que se trata de tener relaciones con otras personas y conocer a gente nueva, con el consentimiento de ambas partes. Yo nunca consentí eso.

— Es que se puso echo un basilisco con lo de Ari. ¡Me tachó de cría! ¿Yo una cría? ¡Qué hay de él! Me puso tan nerviosa que necesité beberme media botella de vodka para no escuchar mis pensamientos y ahogar la rabia que sentía dentro. Me hace creer que no estoy a la altura de sus conversaciones de jefe de empresa y que él es lo importante en casa. Yo soy la que espero... ¿A qué? — Alexia no pestañea y detiene su masticar — . Es tan déspota cuando le pregunto por sus cosas, que me hace sentir que invado la vida que comparte conmigo. Ari parecía algo que proteger de mí. ¡No sé de qué! — Se encoge de hombros, desconcertada — . Por no discutir más, me callo todo lo que pienso y me pasa por encima. ¡Siempre acaba haciéndome sentir que soy la que desvirtúa la conversación! Detesto sus putos suspiros cuando intento darle mi opinión. — Imito ese sonido que me crispa de él — . De la nada, me alza la voz, usa la condescendencia, me hago pequeña con su lado borde y me dejo decir. ¿Por qué? — lloriqueo — . Si al rato me

doy cuenta de que no estoy haciendo nada de malo al explicar cómo me siento.

— Lola, hay algo que debo preguntarte desde hace demasiado tiempo. — Le hago un ademán con la mano para darle permiso — . ¿Tu marido te da miedo? — me espeta.

— ¿Qué pregunta es esa? Claro que no. Es Gero. ¿Acaso no lo conoces?

— Lola, tengo la sensación de que no me estás contando la verdad. No reconozco a ese Gero en las cenas en mi casa, pero cuando estamos solas, siempre lo describes como un ser que no me gusta. Creo que sabe usar esa actitud solo contigo. Temo que lo haga porque es tu punto débil.

— Es que me altera su forma de ser. Solo es eso.

— Lola. — Detiene el camino de mi tenedor hacia la boca — . No hablo solo en el sexo. — Frunzo el ceño, desconcertada — . Es evidente que no debes permitirle ni una. Si no te trata bien con palabras, con gestos o con miradas, puedes decírnoslo. Te amamos, cariño. Estamos de tu parte.

— Simplemente, no quiero una carta blanca. No hay nada más que eso. Hace que parezca una cateta por no consentir que se folle a quien quiera. ¿Qué pasaría si lo hiciese yo? ¿Sabes lo que haría al enterarse? Es que se tira piedras a su tejado, el muy imbécil.

— No has respondido a mi pregunta. ¿Ha pasado algo que no me hayas contado, Lola? ¿Gero te ha faltado al respeto?

— Creo que no podemos ser más idiotas el uno con el otro.

Su cara de preocupación me rompe por dentro. Estoy inquietándola sin necesidad.

— Si me tratase mal, te lo diría. Te lo prometo. — Accedo a comer de su tenedor — . Eres muy importante para mí. Te confío todo.

— De acuerdo. — Pero no responde con convencimiento.

CAPÍTULO 6. CABEZAS NOSTÁLGICAS

Ya estamos delante de la puerta del local donde se celebra la famosa fiesta. *Funfair*, con letras antiguas y desgastadas en el cartel, nos recibe al bajarnos del taxi. Tiene la apariencia de un parque de atracciones abandonado, con un aspecto modesto y un tanto inquietante, pero al mismo tiempo muy cosmopolita.

— Lola, tranquilízate. Deja de estirarte el vestido. Vas a romperlo y me costó carísimo.

— ¿No crees que es muy atrevido? ¿Me queda bien, Alexia? No me mientas.

Se trata de un vestido negro pegado a mis curvas. Desde un poco más arriba de la cintura, se encuentran dos tiras de encaje negro, que Alexia ha atado a mi nuca, alzando mis tetas hasta la garganta. La parte de atrás del vestido deja al descubierto prácticamente toda mi espalda.

— Me hace un culo enorme — insisto en lo atrevida que es la prenda.

Yo jamás hubiese comprado algo así en la tienda. No tengo valor, ni dinero en mi cuenta bancaria, para permitirme esta pieza.

— Entonces, Lolita, entra desnuda.

Martín da la bienvenida en la puerta de su local. Alexia es la primera en tomar la iniciativa en el saludo. Apenas recuerdo hablar con él en el instituto, así que soy amable mientras recibo sus piropos. Es como si volviese a vivir aquella noche de hace catorce años, cuando las dos entrábamos a la fiesta de graduación con aquella ropa robada.

Seguimos las indicaciones del anfitrión. Nos adentramos por un pasillo largo, de luz tenue y las paredes de color burdeos. Pasamos frente a unos cuadros que exhiben carteles de ferias y circos, ya desgastados, antiguos y con cierto toque tétrico en las ilustraciones, complementando la cuidada ambientación.

— Vas a morir... — susurra Alexia, pegada a mi oído.

— ¡Gilipollas! — La empujo, cabreada con sus estupideces — . ¡Alexia, déjame en paz!

Damos de frente con un imponente pórtico del que cuelga una cortina roja en una escenografía perfecta de un teatro antiguo.

Alexia desliza la tela con el pinzar de sus dedos, con cautela.

— ¿Piensas tardar mucho? — me burlo — . Parece que te da miedo una cortina.

— Y a ti te da miedo estar buena, Dolores.

Ante nosotras se despliega la pista principal. Vemos a muchos de nuestros compañeros de clase agrupados, charlando y disfrutando de la buena música. Otros están alrededor de la barra de bebidas, que, en la misma escenografía, es un carrusel con las maderas roídas y la pintura desconchada, justo en el equilibrio entre lo hermoso y lo tétrico.

Marisa, Patricia y Maribel, del equipo de baloncesto, se encuentran en los asientos de los coches de choque estáticos, disfrutando de unas copas.

Los espejos de diferentes tamaños colgados en una de las paredes invitan a los compañeros de clase a burlarse de sus imágenes distorsionadas.

— Oh, mira…, son sillas voladoras. ¡Ahí voy a ir yo!

— Y luego le da miedo subirse a un avión — se burla mi mejor amiga.

— Viene Marina directa hacia ti. Habla con ella. Ahora mismo te odio muchísimo por recomendarme este vestido — le recrimino — . Debo ir al baño, Marina. Luego nos vemos — me disculpo con la mujer.

— ¡Claro! Te esperamos aquí. Alexia, ¿cómo estás? Divina — recibe a mi amiga con entusiasmo.

Voy directa a la barra, a por una copa que relaje mis nervios.

Mientras espero a que me atienda el camarero, mastico un fabuloso canapé de salmón y queso.

Repasando todo el local, veo a Carolina e Isaac entrelazados de la mano, pregonando su amor. Revivo la imagen del pasado.

— ¿En qué piensas? — me sorprende Alexia a mi espalda — . Marina es muy pesada. Menos mal que estabas en la barra. Le he dicho que no sabes beber y que me necesitas. — Se ríe con la boca abierta.

— Juan José está calvo, Raúl tiene muchas canas, y Tomás parece veinte años más mayor de la edad que tenemos. ¿Qué hay de nosotras?

— Estamos estupendas. Yo el tiempo lo mido de otro modo: Estoy tremendamente feliz de haber pasado todos estos años junto a ti.

— Te quiero, Alexia.

— ¡Oh, espera! — interrumpe el mágico momento — . ¡Ese es Samuel Vázquez! Está increíblemente *fit*. ¿Qué hace aquí el chico de COU que me ponía burra?

— Haz tu vida en la fiesta. Paso de saludar a todos. Eso incluye al que te ponía burra.

Mi mejor amiga se escapa apresuradamente a por uno de los chicos que la rechazó en infinidad de veces porque, según ella, le imponía su belleza.

— Qué cabronazo... — mascullo al fijarme en Isaac.

— ¿Quién es un cabronazo? — me sorprende el camarero apoyado en la barra.

— ¿Qué?

— Una chica como tú no debería estar rodeada de cabrones.

— No tenía que haberlo dicho en voz alta.

— ¿Qué te hizo para que pienses eso?

— Era el tío bueno de clase. — Le señalo al susodicho.

Gira su vista para fijarse en Isaac.

— Aún está buenísimo, lo sé. Tenía la esperanza de que el paso del tiempo hubiese hecho estragos en él, pero es como el maldito buen vino y mejora con los años.

— Estas fiestas sirven para subir la autoestima o meterte de lleno en el lodo. No hay grises. Mi jefe se está forrando a costa de gente como vosotros. La Red Social ha sido el mejor de los impulsos para los reencuentros menos acertados. Si te contara lo que he vivido aquí, alucinarías.

— ¿Qué edad tienes?

— Veintidós años. Aunque…, siento debilidad por las mujeres que son víctimas de los guaperas de instituto que ¿probablemente las rechazaron equivocadamente? — Busca el acercamiento. Me sonrojo al sentir que es descarado — . Por lo poco que hemos hablado, además de bella, eres simpática y, seguramente, muy lista si te diste cuenta de que ese tío era un cabrón; tiene pinta de cabrón.

— No fue él el que me rompió el corazón. Fue otra persona.

— Y aún te duele, por lo que intuyo en tu timbre de voz desanimado. Creo que vas a necesitar una buena copa para bajar esa sensación. ¿Qué te sirvo? Hoy eres mi favorita, chica del corazón

roto.

— En honor a ese cabrón de ahí, ponme una copa del mejor vino blanco que tengas.

Ya no recordaba la sensación de coquetear de forma inocente. Alexia lo hace todo el tiempo con los hombres. Este chico me ha hecho pensar en lo segura que me sentía antes, cuando los tíos me lanzaban indirectas y jugaba a provocarles. No tenía nada que perder porque sabía que solo era sexo.

— ¿Qué? — pregunta en tono burlón sabiendo que no dejo de observarlo.

Me gusta su media melena morena recogida en un despeinado moño. En su quijada, observo una sombra de barba que parece estar cuidadosamente estudiada para lograr ese toque desenfadado que lo caracteriza. Sus ojos, de color miel, no transmiten inocencia. Disfruto de su mirada seductora mientras me sirve la copa. Los mechones de cabello que escapan del moño y cubren su rostro de manera juguetona le confieren una apariencia muy sensual. Apuesto a que los ha colocado de forma milimétrica.

Exploro su figura con la mirada. Su piel está prácticamente cubierta de tatuajes que se asoman por debajo de la tela de la camiseta de tirantes. Su estilo de vestir tiene un toque roquero muy comercial, evocando imágenes de las portadas de la revista Super Pop.

— No te cortes, chica lista — interrumpe mi repaso.

— Me sirves muy rápido las copas. Eso me interesa.

— Ya, claro. ¿Solo eso? — responde en un tono irónico — . Silba, si quieres que aparezca.

Se acerca lo más que puede a mí para mostrarme su estupenda sonrisa.

— No sé silbar — titubeo.

— Vendré por mi cuenta, no te preocupes. Estaré pendiente de ti, toda la noche.

Se marcha a atender a otros invitados que esperan en la barra.

Estoy claramente desentrenada. Un crío de veintidós años me ha vacilado en cuatro palabras bonitas.

***

El camarero limpia la barra sin dejar de mirarme por entre sus mechones traviesos.

— Ahora eres tú el que miras.

— ¿Cómo te llamas? Te he servido dos copas y no sé nada de ti.

— Lola.

— Me gusta tu nombre.

— ¿Me dices dónde está el baño? Me meo encima.

— Esas puertas de ahí — pronuncia entre risas mientras señala una de las esquinas del local — . Entra en la del dibujo del poni con el pelo rosa. La ilustración del unicornio es el baño de caballeros.

— ¿Y la puerta con el dibujo del malabarista?

— Sales poco, ¿verdad Lola? — Deja una pausa para que hile ideas, pero no me atrevo a probar — . Es el cuarto en el que los clientes quieren desaparecer durante un buen rato de la noche.

Rezo por poder subirme el vestido antes de que me haga pipí encima.

Entro apresuradamente en el baño de mujeres, directa al primer cubículo que encuentro a mi paso. Al empujar la puerta, escucho un grito de dolor proveniente del otro lado. En ese momento, me enfrento a la peor escena posible para esta noche.

— ¡Lola! — grita Carolina.

Las piernas de Pedro están enlazadas con las de Carolina, con la falda subida hasta la cintura y el top atrapado entre los dientes del amigo de Alexia. Sus pantalones y calzoncillos están bajados hasta los tobillos, mientras sus manos aferran las nalgas de Carolina.

Cierran la puerta al ver que no puedo quitarles el ojo de encima. A los pocos segundos, escucho un sonido similar a un golpe de cadera contra la puerta, seguido de un gemido de placer de Pedro. Luego, Carolina le ruega que continúe después de otro golpe contra la puerta.

— No, no, no, no… — mascullo.

Me marcho tan rápido como los zapatos de tacón me lo permiten.

Al salir, doy de lleno contra Isaac, que parece estar buscando a Carolina.

— Ay, mi madre — maldigo mi puta mala suerte.

— Lola, ¿está Carolina en el baño? Hace rato que me dijo que venía aquí — pregunta mientras intenta ver a través de la obertura de la puerta.

— No. Quiero decir…, sí. — Cierro la puerta antes de que pueda oír o ver algo que desate un ataque de celos — . Está dentro. Sí.

— La espero aquí, entonces. Debe encontrarse mal. Con tanto canapé…

Se apoya en la pared, con apariencia serena.

— ¡No! — Lo sobresalto con el grito. Vuelve a erguirse de inmediato — . Quiero decir..., ehm…, yo… ¿Tomamos una copa? — Fuerzo una espléndida sonrisa para parecerle más agradable y menos cómplice de Pedro — . ¿Por qué no me acompañas a la barra?

— Lola, ¿una copa tú y yo? ¿En serio? — responde de mala gana, ofendido con mi propuesta.

En el fondo no sé para qué quiero salvar a Pedro. Se merecería un puñetazo en su cara dura, por follarse a Carolina estando su pareja en la misma fiesta.

— ¿Qué tal va todo? ¿Tienes hijos? ¿Vives en la ciudad? ¿Tienes un buen trabajo? ¿Vas al gimnasio? ¿Cómo has llegado hasta la fiesta? ¿Tienes coche? — Atropello las preguntas con la intención de agobiarlo.

— Oh, está bien. Vamos. Supongo que Carolina ya me encontrará allí.

Me prometieron unas alas por hacer la buena acción del año. Odio su forma de ser, pero algo me impulsa a ser buena persona.

Mientras caminamos juntos hacia la barra, Isaac se voltea a ver si Carolina sale del baño. Conociendo lo que cuenta Alexia, con Pedro tiene para un rato largo.

— ¿De qué trabajas, Isaac? — Me interpongo en su última revisión al baño.

— Soy director de marketing de una empresa de alimentación. Es una multinacional europea. Conocerás su marca, seguro.

— ¿Cuál? Soy publicista.

— Se llama Coc...

— ¡Mira! — interrumpo sus explicaciones, aliviada al ver a mi mejor amiga pasando por nuestro lado — . ¡Alexia! — Tiro de su brazo.

— ¡Ay! ¡Lola! ¿Qué haces? — Se queja tras mi brusco tirón.

— No me digas — maldice el tío bueno del instituto — . Te espero en la barra, Lola.

Isaac se marcha sin saludar a mi mejor amiga. Está claro que sigue odiándola.

— Alexia, no sabes lo que me ha pasado. Me he encontrado a Pedro y Carolina follando en el baño. Al salir, me he topado con Isaac. La estaba buscando. — Pero mi mejor amiga se carcajea sin reparo — . No tiene gracia, idiota. Le he tenido que decir que me acompañe a la barra para que no vea a Carolina agarrada de la mano de Pedro. ¿Quieres parar de reírte?

— Lola, ahora ves lo absurdo que ha sido siempre Isaac — pronuncia entre risas — . Él le fue infiel miles de veces con las de tu equipo de baloncesto. Menos contigo, ya sabes por qué. ¿Dónde está Pedro?

— Carolina y Pedro están aún en el maldito baño. Los va a ver si vuelve allí.

— Quizás yo pueda hacer algo.

Alexia se dirige hacia Isaac, dejándome con una expresión estupefacta y las palabras atrapadas en la boca. La sigo rápidamente en cuanto logro recuperar el equilibrio sobre los tacones.

— Isaac, ¿cómo estás? — pregunta exageradamente agradable — . No nos hemos saludado.

— Ya, ha sido expresamente, Alexia. No fuimos amigos.

La morena repasa sus labios con la punta de la lengua. Sé bien lo que significa ese gesto.

— Alexia — le advierto que frene su lado perverso.

— ¿Y tu esposa? Es Carolina, ¿no? En la lista de invitados no os hacía juntos. Menuda sorpresa.

— Así es.

— Estabais hechos el uno para el otro. Por cierto…, ¿dónde está…? — Exagera buscarla por el local. Tan falso como su tono de preocupación por ella — . Quiero saludarla. Fuimos grandes amigas.

Tiro de la tela de su vestido para que se detenga. Me da un manotazo para que la deje ser perversa.

— Está en el baño — responde Isaac.

— Había cola. — Miento. Miento, miento, miento — . Alexia, ¿me acompañas a…?

— De lo que hace Carolina en el baño yo sé mucho — me interrumpe Alexia — . Me especialicé en sexología. Hago terapia de pareja. Quizás deba darte una tarjeta. Te haría descuento, por supuesto.

— Guarda tus tarjetas con nosotros. Estamos muy bien — responde con condescendencia — . ¿Estás divorciada? — Exagera enfocar su vista a cada lado de mi amiga, refiriéndose a la falta de Jesús — . Lamento que así sea.

— ¡Alexia! — interrumpo el intercambio de miradas de odio — . ¡Acompáñame ahora mismo al otro lado de la barra! Acabo de ver una cosa…, ¡espectacular! — Improviso — . He dicho que vengas aquí.

— Mi marido no necesita estar pegado a mí todo el tiempo. Además, puedo darle la espalda con tranquilidad, sin que me la pegue con otra. Se le llama siglo 21.

Mi mejor amiga, lejos de arrepentirse de insinuar la infidelidad, se despide de él riéndose a carcajadas.

— ¿En qué pensabas? — le recrimino su actitud.

— Se lo merece, Lolita. Es un capullo. Siempre lo ha sido con nosotras.

— No podemos meternos en su vida privada.

Y ambas dirigimos la mirada hacia la puerta del condenado baño. Carolina emerge con el

cabello despeinado y la cremallera de la falda a medio abrir. Las babas de Pedro manchan su top, y puedo ver la mancha desde donde estoy.

— ¿Y si son *swingers*? — pregunto a la experta.

Isaac ve a Carolina. Ella se sube rápidamente la cremallera de su falda.

— Deja de usar palabras que te cuento en el bar — me regaña mi mejor amiga — . ¿Acaso uso la estilográfica en una conversación?

— Una estilográfica no la uso ni yo. ¿En qué año vives?

— ¡Mira! Ahí está Pedro.

Lejos de apartarnos del asunto, Alexia alza su brazo para que el hombre se dé cuenta de nuestra posición. Él se dirige hacia nosotras con una sonrisa de oreja a oreja. Aún querrá un segundo asalto, entre canapé y canapé.

Carolina e Isaac se reencuentran en la barra. Se besan apasionadamente ante la mirada deseosa de los demás invitados.

— Don Pedro — lo vitorea Alexia.

— Te lo ha contado la bocazas de tu amiga, ¿no?

— ¿Son *swingers*? — insisto en mi teoría.

— ¿Eh? — Frunce el ceño y arruga la nariz.

— Lola, es una puta infidelidad — responde Alexia.

Mi amiga se fija en la bragueta abierta de Pedro, con descaro.

— Soy inocente. Todo ha empezado cuando me he equivocado con lo del poni y el unicornio — se excusa mientras se sube la cremallera de la bragueta — . Nos hemos encontrado de casualidad. Entre risas, se ha ido acercando, nos hemos empezado a provocar el uno al otro, acariciar por debajo de la ropa y besarnos en el lavamanos. Hasta que me ha llevado directo al baño. Se me ha olvidado echar el pestillo para cuando entrase la bocazas de tu amiga Lola.

— Has hecho posible mi venganza. Eres mi héroe — lo adula Alexia.

— Os pido que no salga de aquí. — Increpa a Alexia con el dedo, amenazante — . Va por las dos. — Me señala a mí también — . Sois unas hienas. Sobre todo, tú, Alexia. Eres mala.

— Ya te gustaría que fuese mala contigo otra vez.

— Idiota. Menos mal que Jesús te conoce perfectamente. Es un santo. — Le encanta Alexia.

— Vete antes de que me arrepienta de la promesa. Era mi oportunidad para hundirle en la miseria.

— Serías capaz de hacerle una terapia gratis para destrozarle la vida — se burla él.

— Pide más copas, Lola. Estamos de celebración, amiga. Mi sueño se ha hecho realidad.

***

Acerca más su cara a la mía, dejando caer el peso de su cuerpo encima de la barra.

— Esta noche, trabajar no me parece tan duro.

— Quiero escuchar el motivo.

— Has dado color a este lugar, sin proponértelo. — Baja su mirada a mis labios, dándome pistas claras sobre sus intenciones — . ¿No te sientes culpable por hacerme esto?

No recuerdo la última vez que Gero jugó a seducirme, halagarme, decirme que soy capaz de

impactar en su vida como ninguna mujer pueda hacerlo.

Creo que nunca pasó. Era descarado, pero no seductor.

— Preparo unos chupitos, Lola.

— ¡Sí!

— ¿Sabes lo bien que huele tu perfume? — Atrapa las puntas de mis cabellos y las huele — . Déjame disfrutarlo de tu piel, esta noche, a solas — susurra cerca de mi boca — . Cuando termine el turno, nos podemos ir tú y yo, a bailar, beber y acabar la noche juntos. — Deja un beso casto en mi mejilla — . Sirvo los chupitos y hablamos de si ir a tu casa o a la mía, ¿te parece?

— ¿Casa? — titubeo.

Y al apartarse de mí, se encarga de que me fije en cómo trastea con los vasos de chupito, a golpes contra la barra. Prepara un plato con dos rodajas de limón y lo acompaña con un salero.

— ¿Quieres venir a mi piso de estudiante, Lola? Tiene las mejores vistas de la ciudad.

Me bebo el chupito de un trago, esperando quemar mis hormonas revolucionadas por el camarero.

Él se toma el chupito, sin prisa, mirándome por encima del borde del vaso.

— Verás, lo de ir a tu piso…, es…

— ¿No invitas a los viejos amigos, chica de las deportivas?

Ese chupito ya no quema lo suficiente en mi garganta.

Manu se sorprende al ver mi cara de espanto.

— ¿Por qué no nos sirves otro chupito a los dos? — se dirige a Manu al ver que no respondo — . De lo mismo que os habéis tomado vosotros.

Manu busca mi aprobación. Hago una caída de ojos, siendo lo más parecido a un «Sí» que puedo pronunciar ahora mismo.

Es el momento de girarme y dar con el pasado.

— ¿Mario? — Lo encaro.

— Lola — pronuncia en un suspiro de alivio.

Sus facciones son mucho más maduras. Sus ojos me miran de forma distinta, más seguro de sí mismo.

— Lola, aquí tienes tu chupito. — Me ofrece el vaso — . Lo tomamos y nos ponemos al día, ¿te parece? Hace mucho que no nos vemos.

— Catorce años, concretamente — mascullo.

Mario vacía el vaso en un santiamén, en un golpe de cabeza y un giro brusco de muñeca.

Me bebo el chupito lentamente, asimilando que está delante de mí. Adormezco mis dudas.

— Tú y yo no vivimos esta fase juntos. ¡Uah! — se excusa — . Nos quedamos en los batidos de chocolate.

Sin esperar a que me recupere, hace formales las presentaciones, atrapándome entre sus brazos. Lo noto terso, prieto. Cierro los ojos, disfrutando lo que me gusta que esté rodeándome entera, con su fuerte y musculado cuerpo.

— Lola, me alegro mucho de verte.

Y sé que debería estar enfadada con él, odiarlo, recriminarle todo el sufrimiento que me ha hecho pasar, pero es imposible, porque no me nace. Su abrazo lo esperé demasiado tiempo.

Me dejo llevar por el vaivén de nuestros pies.

— Lola, estás increíble. — Cuela su boca entre los mechones de mi cabello para conseguir susurrarme al oído — . Estás preciosa.

Quiero que lo vuelva a decir.

Quiero que vuelva a decir mi nombre. Una y otra vez, hasta que amanezca.

Deja atrás el abrazo para acaparar mi cara con sus enormes manos.

— ¿Estás bien? — pregunta con cierta preocupación — . Yo estoy muy nervioso por volver a verte. No pensé que esto volvería a vivirlo. Eres tú — pronuncia en un suspiro de alivio.

No puedo hablar. No puedo quitar mi vista de sus ojos.

Estoy demasiado emocionada.

— Lola, ¿te apetece que salgamos de la fiesta? Si es que has venido sola o…

— He venido con Alexia.

— Si no tienes que seguir aquí con ella o…, con él... — Señala a Manu.

— ¿Él? ¿Quién? — titubeo, hipnotizada con el chico de mi vida. Vuelve a dirigir su mirada hacia Manu — . Oh, ¡no! No iba a irme con el camarero. Tentador, pero no… — Despierto de mi ensoñación, avergonzada por coquetear con un crío — . Esto…, busco a Alexia y salgo a buscarte a la puerta. No tardo nada. Ve fuera y espérame allí.

— De acuerdo. Te espero. — Sonríe para mí — . Me alegro tanto de verte.

Me concede unos segundos de margen para verlo marcharse, caminando de espaldas, sonriente mientras sigue provocándome con su nueva y mejorada imagen.

Cuando lo pierdo de vista tras la cortina, busco a la morena por la sala. No puedo perder más tiempo. ¡Mario está en Barcelona!

Entre los grupos, encuentro a Alexia charlando con algunas de las del equipo de baloncesto.

— Me voy a comer algo — interrumpo su conversación con Yolanda.

— Te acompaño, cielo.

— No..., es que..., me voy con Mario.

— ¿Mario? — Abre los ojos, sorprendida — . ¿Dónde está? ¡Quiero verlo! ¡Necesito darle un abrazo, ahora mismo! — Lo busca con la mirada.

— Me espera fuera. — Paro su ímpetu — . Me ha dicho que vayamos a tomar el aire para ponernos al día. Si no te importa, quiero ir sola.

— Tú estás bien, ¿no?

— Sí.

— Lola, hablo en serio. ¿Estás bien?

— Nada malo puede pasarme estando con él, ¿recuerdas? — suplico que me convenza de ello.

— No quiero vivir a la Lola de hace catorce años.

— Lo tengo todo bajo control. Te lo juro.

Duda. Sé que tiene miedo. Yo lo tengo también.

— Vete de una vez antes de que me arrepienta de dejarte sola. — Suspira remarcando su preocupación — . No me fío de ese viaje al pasado. Me da miedo esa mirada que tienes ahora mismo.

Besa mi mejilla, con cariño. Siento alivio sabiendo que la tendré a ella si todo esto sale mal y Mario vuelve a matarme con otra despedida cruel.

***

Mario me ha comentado que se encuentra en Barcelona por asuntos de los que no le apetece hablar, y a pesar de que le he preguntado varias veces, no ha soltado prenda. Se le cambiaba la cara a una más agobiada. Al menos ha sido un alivio saber que todo este tiempo no ha estado evitándome en la ciudad. Madrid sigue siendo su hogar y donde ha establecido su vida en pareja y con su familia.

— Señores, vamos a cerrar. Aquí tienen la cuenta, disculpen — interrumpe el camarero.

— Mario, deja que pague mi parte.

— Quiero invitarte. Era yo el que tenía hambre. Ya has visto que me comido la hamburguesa más grande de la carta, además de tus patatas. — Deja los billetes en la bandeja — . A cambio, tú me invitas otro día que visite Barcelona. Llévame a tu restaurante favorito. Supongo que será el que tenga la mejor lasaña.

— ¿Te acuerdas de mi plato favorito?

— Me acuerdo de muchas de tus cosas favoritas.

Mientras el camarero va a por el cambio en monedas, intercambiamos miradas de complicidad.

No quiero que esto se acabe. Despedirme de él no es algo que desee. Otra vez no. Si el camarero no hubiera interrumpido nuestra conversación, probablemente seguiríamos juntos unas horas más.

— Helena estará esperando a que llegue a la habitación. Tendrá los dientes afilados.

— ¿Tan mal estáis, Mario?

— Aquí tiene, señor. — El camarero le ofrece el cambio en monedas — . Esperamos que hayan disfrutado de la cena.

— Claro. Sí. Volveremos. Juntos, espero. — Busca de nuevo mi mirada y sonríe — . Nos has tratado muy bien. — Me guiña el ojo.

— Gracias, señor.

— Pues…, la verdad…, es que estamos en una crisis, Lola — responde a mi pregunta cuando el empleado vuelve a dejarnos a solas — . Mi esposa puede ser fría como el hielo, a la vez que vuelve a mostrarme una sonrisa, de oreja a oreja, después de gritarme. Como si no hubiera pasado nada después de comportarse como una apisonadora con mis sentimientos. Cada vez me cuesta más recuperarme de nuestras peleas. Estoy bastante cansado de lo nuestro.

— Sé a qué te refieres. Aunque, a mí me duelen más los silencios de Gero. Cuando me ignora sufro más. A veces me siento…

— Sola — acaba mi frase.

— Sí, me siento sola, aunque él esté en la misma habitación.

— ¿Es por eso por lo que te has dado un tiempo con tu marido?

— Mario, odio lo del tiempo. Esa frase siempre me trajo muchas lágrimas. Míranos a nosotros.

Abre la puerta de la hamburguesería y me invita a pasar, ofreciéndome su mano para que pueda caminar con firmeza sobre mis tacones. El contacto de nuestras palmas me agrada, es una sensación brutal, me hace sentir segura y en paz.

En su dedo anular, luce el anillo de casado, que se une al mío en el entrelazado de nuestras

manos.

— Retener a las personas, en contra de su voluntad, nunca se me dio bien — ironizo con nuestro pasado mientras me fijo en nuestros anillos de compromiso.

— ¿Y si el tiempo es en contra de la persona que se marcha?

— ¿Qué? — Alzo la vista.

Paseamos, sin rumbo. Es una sensación brutal la de ir a su lado, sonriente y compartiendo un silencio cómodo. Aferrada a su brazo, con la mejilla descansando en su hombro, experimento una sensación placentera. Mi corazón late con calma, sin tensiones ni preocupaciones. Simplemente, me dejo llevar.

— Oye, Lola, ¿quieres que paseemos un rato, aunque sean las tres de la madru…?

— ¡Quitaos del medio, hijos de puta! ¡Id a un hotel, sinvergüenzas! — grita un chaval subido a una bicicleta — . ¡A tomar por el culo!

Mario me apoya contra la pared del edificio en cuanto el chaval se aleja de nosotros. Mantiene su agarre en mi cintura y el otro brazo apoyado en la pared, justo al lado de mi cara.

El chaval no consigue hacer una línea recta al pedalear. Sortea las farolas con bastante dificultad. Sigue gritando cosas sin sentido.

— Iba a atropellarte — musita — . ¿Te he hecho daño?

Traga con dificultad mientras sigue pendiente de la cercanía de nuestras bocas. Reconozco ese sonido. Fue así como comenzaron nuestras tardes de tensión sexual.

— Estar contigo no me hace daño, Mario. Es justo lo contrario.

Acaricio su mejilla, con mucha cautela, esperando que no me eche de su lado. Responde cerrando los ojos, en una expresión de alivio. Poco a poco, va dejando caer su cabeza hacia delante para apoyar su frente en la mía.

— Ojalá no se acabe esta noche — suplico.

Tira de mi cintura para acercarme más a él.

— Lola, tampoco quiero que se acabe.

Escapa un leve, casi imperceptible, gemido de placer, en cuanto sigo un reguero de besos por su mejilla. Entreabre la boca al sentir que llego a la comisura de sus labios.

Sus dedos buscan la parte baja de mi espalda, acariciando la piel que queda al descubierto por la forma del vestido. Disfruto de la sensación de sentir sus yemas colándose ligeramente por debajo del borde de la tela.

— Lola, no sabes la de veces que he pensado en ti.

Abre los ojos. Tiene las pupilas dilatadas y un brillo especial en sus ojos. Sé lo que significa. Me estoy mirando en un espejo.

— Yo también he pensado en ti. En nosotros.

— Dime cómo. Necesito escucharte.

— ¿Te acuerdas de lo que pasó entre nosotros, en la pared del contador de puntos?

Busca mis muñecas para dirigirlas a la pared, por encima de mi cabeza, atrapada a su merced. Reproduce ese mismo acercamiento que le estaba pidiendo recordar. He soñado esta escena miles de veces, solo que no acababa a susurros para no ser descubiertos en el instituto, sino a gritos de placer, descontrolados.

Atrapa mis muñecas con una mano y con la otra busca la abertura de mi vestido. Acaricia mi pierna derecha y encara la punta de sus dedos por la cara interna de mi muslo. Tantea mi mirada

antes de subir el recorrido hasta el encaje de la tanga, deteniéndose justo en la ingle.

— Estás increíble. Siempre lo fuiste. — Acerca su boca a mi cuello mientras sigue tentándome por debajo de la falda — . No te conviene que seas mi punto débil. — Lame, con la punta de la lengua, mi cuello.

— Yo decido lo que me conviene. Más, tratándose de ti. — Abro mis piernas, dándole paso a sus dedos para que se cuele por debajo del encaje — . Mario, sigue. Hazlo. — Gimo al notar que sus yemas se recolocan, más cerca de mi sexo — . ¿Te acuerdas de esa noche? — suplico que siga con su mano — . Hazlo.

Duda. Se mantiene justo en el límite.

— No me puedo controlar tratándose de ti — susurra a mi oído antes de pinzar el lóbulo de mi oreja con sus humedecidos labios — . Si te toco por debajo de la ropa…, yo…

— Hacer lo que quiero y lo que siento — musito, parafraseando a Gero — . Carta blanca — murmullo — . Tócame, Mario. Hazlo.

— Ya no tenemos dieciséis años, Lola — susurra sobre mi erizada piel del cuello — . Y tampoco soy el mismo.

— Eso es más excitante aún. Puedo quedarme con el de antes y el de ahora, al mismo tiempo. Tócame — suplico que pare de dudar.

Deja escapar mis muñecas y cambia de postura haciéndose hueco entre mis piernas. Abrazo su nuca para acercarlo a mi boca. Siento su aliento caliente dándome en los labios. Recordando la agradable calidez de sus besos, que me empujan a acortar aún más las distancias, inclino mi cabeza, dirigiendo mi boca a la suya.

Comienza a subir la parte de la falda por mis muslos y caderas, hasta arrugarla por completo en mi cintura. Presiona su erección contra mi sexo cuando levanto la pierna y apoyo el tacón en sus nalgas.

Me levanta del suelo, dejándome completamente atrapada entre su cuerpo y la pared de la calle.

— Lola, tengo ganas de ti — pronuncia mientras aprieta sus dientes con fuerza.

Al agarrar mis nalgas con sus manos, se recrea en el vaivén de su pelvis, jugando lentamente con el roce de nuestros cuerpos. La intensa palpitación en mi vulva y lo que me agrada que me masturbe con el roce de su erección, me nublan la vista, un hormigueo recorre mi cuerpo y siento la creciente humedad manchando la tanga.

— Esto no me pasa con Gero — musito.

— Y a mí no me pasa con… — Mario frena el vaivén de su pelvis, me deja de sujetar por las nalgas y se despega de mí apresuradamente — . Mierda, Helena.

Bajo los tacones al suelo con torpeza.

Desde la distancia, me observa con la cara desencajada.

Recostada en la pared, con las piernas ligeramente separadas, aguardo a que vuelva a conectarse con esas intensas sensaciones que surgen entre nosotros.

— Esto…, Lola, había pensado en irme en taxi al hotel.

Se aleja poco a poco, caminando de espaldas.

Me recoloco el vestido con la máxima dignidad posible, y peino mi cabello para cubrir mis mejillas encendidas.

— ¿Por aquí pasan taxis? — Se quita la camisa de por dentro del pantalón y cubre su marcada erección en la bragueta — . ¡Mira, ahí veo una luz verde! — Agita exageradamente la mano, desesperado por llamar la atención del conductor.

El taxi da un frenazo en cuanto él se lanza prácticamente encima del vehículo.

Mario no se voltea a mirarme. Es como si fuese incapaz de encontrarse con lo que ha dejado en la pared.

Se lanza hacia los asientos traseros del taxi.

— ¿Sube, señorita? — pregunta el conductor.

Estoy a dos calles de mi casa. Debería tomar el aire y bajar el calentón, pero Mario está dentro y siento la necesidad de despedirme de él.

— ¿Sube, señorita? — insiste el taxista.

Entro en el coche, maldiciendo por lo bajo ser tan débil. Acaba de darme la espalda y vuelvo a caer en suplicarle más tiempo a solas.

— ¿A dónde los llevo, señores?

— A la calle Pujadas, en el cruce con la calle Bilbao — pronuncio en un hilo de voz — . Una vez allí, le indico.

— Haremos dos paradas — termina Mario.

El taxi avanza a gran velocidad por las calles de la ciudad. No hay nadie en la carretera.

— No quería hacerte daño cuando te he empujado contra la pared.

Se acerca a mí lo más que puede. Entierra sus dedos por entre los mechones de mi cabello. Con el dedo pulgar, me acaricia la mejilla.

— Todo es muy complicado — musita — . Ahora me muero de ganas de saber más de ti y volver a estar a solas. No quería cometer un error, ahí fuera. No eres tú el error, soy yo. Siempre lo fui.

— Ya entramos en la calle de mi casa — atajo sus disculpas.

— No quiero que pienses que no sentía lo que estaba pasando entre nosotros.

— Puede dejarme en esa esquina — le indico al conductor mientras escapo de la mirada de Mario. De otro modo, no bajaré.

— De acuerdo, señorita.

En esta ocasión, no buscaré una promesa. No deseo confiar en su cumplimiento. Ha sido una fortuita coincidencia, una serie de respuestas necesarias y un encuentro lo bastante claro para que tome mis propias decisiones. No amo a Gero, nunca lo hice. Simplemente, busqué seguir adelante.

— Lola — pronuncia tras besar mi mejilla, con ternura — . Hagamos una vuelta más. Dile que dé una vuelta más — dice en un tono suplicante.

— Aquí tiene. — Le ofrezco al taxista un billete que paga los dos viajes — . Quédese el cambio para pagar el trayecto de mi acompañante.

Huyo de mis ganas de quedarme. Mario rodea mi cintura con su brazo, tirando de mí para evitar que me marche. Mi espalda choca contra su torso, y su cabeza se acomoda en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

— ¿No vas a decirme nada? — susurra a mi oído.

— Mario, disfruta de Barcelona — titubeo. Me deshago de su agarre, marcándole así el final — . Creo que esto tiene una explicación muy obvia, pero no la quieres escuchar. — Lo encaro — . Sé lo que ha pasado ahí fuera, no soy idiota. Hace rato que no estoy borracha, precisamente, de chupitos de tequila y de la botella de vino que nos hemos bebido en el restaurante. Son muchas otras cosas las que me tienen aturdida la cabeza. No entiendo qué es eso que nos aleja, pero hay algo muy fuerte que lo hace. A veces tengo la sensación de que no somos nosotros dos los que nos alejamos mutuamente. ¿Quién nos aleja? — Mario baja la mirada a sus

piernas —. Está bien… Supongo que he imaginado cosas que no son. Escríbeme alguna vez, si te apetece hablar. — Le obligo a mirarme al hacer presión de mis dedos en su mentón —. Tengo Red Social. Busca mi cuenta ‘Cabeza de confeti 85’. — Nuestras miradas piden más que palabras. Mario se acerca a mi boca, dispuesto a besarme —. Adiós, Mario. — Esquivo no ser capaz de detenerme. Si me besa, que desearía con todas mis fuerzas que así fuese, no podré evitar el error del que hablaba —. Buenas noches.

Abro la puerta del taxi y me bajo sin esperar su respuesta.

Esto me duele más que aquel mes de junio de hace catorce años, porque ahora tengo las cosas mucho más claras que entonces.

CAPÍTULO 7. BRONCAS INEVITABLES

Narra Mario

Ayer pisé el hotel pasadas las dos de la madrugada. Me vi incapaz de poder irme a dormir al lado de la mujer con la que me casé. Mi cabeza daba demasiadas vueltas a todo lo que había pasado con Lola.

Para aliviar mi ansiedad, decidí tomar un gin-tonic en el bar del hotel. Mientras disfrutaba de mi segundo cóctel, cometí el error de buscar a Lola en la Red Social y enviarle un mensaje privado con una disculpa torpe: «Lola, lamento haberme comportado como un imbécil. Supongo que después de tanto tiempo sin vernos, debes pensar que estoy más loco que cuando me fui. Gracias por una de las mejores noches que he tenido en mucho tiempo. Un abrazo. Mario. »

Mientras daba vueltas a la copa de balón, la imagen de Lola, la nueva, la cambiada, la que me descontroló en la pared, agitaba mi mente. Ella siempre tuvo ese efecto imparable en mí, pero mis ganas de ella fueron más fuertes de lo que yo pudiese controlar. Subida a sus altos tacones, con el vestido ceñido, su espalda al descubierto y sus cabellos largos y rubios acariciando su precioso rostro, me mataron.

Cuando Martín me invitó a la fiesta, inicialmente dudé, aunque sabía que si estaba en Barcelona podría pasarme por el club. Pensé en que Helena podría acompañarme y disfrutar juntos de una fiesta con mis antiguos compañeros de clase. Sin embargo, rechacé la invitación cuando Helena hizo planes por mí. Después de discutir con Helena esa misma tarde, me dirigí a la fiesta, sin invitación y sin compañía. Martín no dudó en dejarme entrar.

Me sentí cómodo con el pasado y mentí sobre mi presente. Lo que no anticipé fue encontrarme con Lola allí. Ellos nunca fueron buenos amigos, así que no imaginé que la habría invitado. No me di cuenta de la conexión de Alexia, en todo esto.

Entonces, llegó el abrazo que tanto necesité durante años.

— Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? — me sorprende Helena.

Lleva la toalla enrollada a su cuerpo, el pelo recién secado y maquillada hasta el último centímetro de su cara. Seguro que tiene otro plan al que debo sumarme obligatoriamente para no discutir.

— ¿Qué hora es?

— Son las nueve y media, Mario. ¡Hora de despertarse, cielo! — grita con exagerado entusiasmo — . Hoy es domingo y no trabajamos.

— Estoy reventado. Me duele todo el cuerpo.

— Si no recuerdo mal, te fuiste a una fiesta con esos dolores de los que hablas — pronuncia en un tono forzosamente alegre que está empezando a crisparme — . Seguro que tan cansado no estarías, Mario. Yo, sin embargo, tuve que irme sola al hotel.

— Helena, basta.

— Bueno…, dame un beso. Ya se me ha pasado todo.

Esquivo sus labios, apartando mi cara bruscamente.

No le perdono todo lo que me dijo.

— No es para tanto. Fue una pelea sin importancia — insiste en manipular mis emociones.

Al ver que no cedo a su acercamiento, se viste ante mí mientras tararea una canción inventada.

Me repatea el estómago que se comporte con esa frialdad ante lo que me hace daño. Siempre intenta usar su cuerpo como arma para que deje de pelear y, acabamos follando, a modo de disculpas y de resetear nuestra vida en pareja.

— Para mí ninguna pelea es sin importancia, Helena. ¡Nos faltamos al respeto! ¿Te da igual? — le reprocho, alzando la voz por encima de su canto de sirena.

Se lanza a por mí y me agarra por la mandíbula para obligarla a mirarla.

— No me vuelvas a rechazar un beso, Mario — masculla — . Te lo advierto. Ni una sola vez más.

— Helena, ¡venga ya! — Aparto sus dedos de mi cara — . ¿Cómo lo dijiste? ¡Ah, sí! Soy un capullo insensible, un inmaduro, un egoísta… ¡Todo porque no quiero tener un bebé! No quiero tenerlo porque tenemos problemas, Helena. No somos felices juntos y no se merece eso. Nadie se merece crecer en una casa llena de discusiones y de insultos. No sabes lo que es eso.

— Estaba enfadada contigo. No me provoques y no iré a por ti. — Imita el gesto de un gato mordiendo y arañando — . Mario, estamos bien. Solo discutimos un poquito.

— Será mejor que me vaya a la ducha. — La increpo con el teléfono en mano, amenazante — . Me acabo de despertar y quiero empezar el día con buen pie, no con tus putos gritos.

Helena se interpone en mi camino.

Sabe que eso me enfurece más.

Odio que no me deje estar solo cuando necesito un respiro.

— Tarde o temprano tendrás que decidir ser papá. — Aparta mi mano de un fuerte manotazo — . Tienes treinta años, Mario. ¡Tienes que asumir responsabilidades como el maldito adulto que eres!

— Déjame en paz.

Cuando me fijé en Helena, en la universidad, me cautivó su forma de moverse en entornos prestigiosos.

Empezamos a trabajar como becarios en la misma empresa, por recomendación del profesor de macroeconomía, al único que ella le tenía respeto. Al principio nos quedábamos más horas en la oficina, hablando sobre las clases. Luego, empezamos a quedar fuera del trabajo. Nos tomábamos unas copas por los bares del barrio de La Latina, divirtiéndonos.

Un día cualquiera, se atrevió a confesar que yo le gustaba. Más bien dijo que le excitaba mi forma de ser, tan reservado y solitario. Esa misma noche tuvimos sexo en una lujosa habitación de hotel de uno de los contactos de su padre. Nos teníamos demasiadas ganas y esa noche fue un sexo brutal. Ella era desinhibida, *hardcore* y servicial en la cama.

Con los años, seguimos siendo pareja, nos casamos y empezamos a agotarnos el uno del otro. En paralelo, seguimos avanzando posiciones en la empresa, en el mismo departamento. Mi crecimiento personal superó al suyo, y su actitud altiva se intensificó, afectando nuestra conexión y la relación con los demás.

En ocasiones, me planteo si al elegir a Helena, me impuse un castigo por no desafiar las

decisiones de los médicos que me separaron de Lola.

— Lola… — murmullo bajo el chorro de la ducha.

Ayer había bebido mucho en la fiesta de Martín y durante la cena. Cuando me di cuenta de lo egoísta que me estaba empezando a comportar con Lola, fui consciente de lo que me decían los médicos sobre mi forma de ser con ella. No me permitiría volver a dañarla como cuando tenía dieciséis años. Puse mucho empeño en cambiar y ser otro Mario. Ella se merece a alguien mejor que un recuerdo en una pared de la calle, por ser un impulsivo.

— Ojalá pudiese olvidarme de lo que siento por ella.

Abro el grifo de agua fría, dejando que el líquido corra hasta que las pulsaciones se aceleran, los latidos de mi corazón bombean con fuerza y mi respiración se corta.

Pensar en Lola, del modo equivocado, es comportarme como el Mario del pasado.

***

Veo una notificación de Lola, a través de la Red Social. Leo el mensaje: «¡Buenos días, Mario! ¿Qué tal te has despertado? No vi tu mensaje ayer por la noche. Siento no haberte contestado antes. La Red Social y yo no nos llevamos demasiado bien. Así que eres ‘Clever Madrid’. Me gustaría verte si no estás con Helena hoy. Si te sirve de consuelo, yo arrastro dolor de cabeza desde que me he despertado, pero no por el alcohol, precisamente. Pienso en lo de ayer. No hay nada que una comida compartida no pueda traer una charla mejor que la que empezamos anoche. De verdad que me gustaría aclarar las cosas, porque me siento rara. Creo que no nos despedimos como deben hacerlo dos adultos. Un abrazo. Lola».

***

Narra Lola

Alzo la vista al escuchar mi nombre.

Me sonríe, sentado en el capó de un coche aparcado, con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón vaquero.

Ha dejado el traje para volver a ser él, el de las camisetas, los vaqueros y las deportivas.

— Buenos días.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto con evidente ilusión.

Frente a frente, se inclina para darme dos besos en las mejillas y, torpe de mí, cambio el sentido del beso hasta incomodarnos al acercar nuestras bocas. Escapamos risas nerviosas al darnos cuenta de que nuestra mente nos juega malas pasadas.

— He llegado hace cinco minutos. Ha sido una suerte encontrarte tan rápido. Te mandé un mensaje, pero no te habrá llegado bien. Decidí esperar.

— Ah, lo siento… No lo vi. — Miro el interior de mi bolso. Tengo el teléfono perdido ahí dentro. Ya no creo que Gero me llame más, así que no presto atención al aparato — . Perdona por no responder.

— Me quedan un par de horas para ir al restaurante a comer con Helena, cerca de aquí, así que pensé en tu propuesta de hablar. Me acordaba de la dirección que le dijiste al taxista y…

— No has podido tener mejor idea, Mario.

Se muerde el labio inferior, tímido, y se encoge de hombros al hundir más sus manos en los bolsillos del vaquero.

Decido buscar dentro de mi bolso, esperanzada de encontrar un pequeño objeto que haga que los recuerdos cobren fuerza. En cuanto tengo las llaves en la mano, se las muestro.

— Este cangrejo me lo regalaste tú, Mario. Fue el primer día que fuimos al Acuárium, solos, sin Alexia dando la nota.

Mario se emociona al verlo.

El cangrejo está desgastado y algo roto por las costuras. Aún y su pésimo aspecto, no lo tiraría por nada en el mundo. Cuando estoy nerviosa, acaricio sus pinzas. Entonces, suelo acordarme de ese día tan especial: Los ojos de Mario, con el movimiento del agua reflejándose en su mirada, tan increíblemente guapo, y tan relajado en el mundo que odiaba.

— Me sigue recordando a ti — confieso mientras observo sus ojos, que tienen un brillo especial — . A nosotros dos, quiero decir.

Mario pasa el brazo por mis hombros, apretándome contra su cuerpo.

— Siento no haber sido amable ayer en la despedida. Me noté algo extraña.

— Lola, no digas eso — pronuncia en un hilo de voz — . No me pidas disculpas. Soy yo el que intentó…

— Déjame que te dé otra sorpresa — interrumpo antes de que pronuncie esa tentadora palabra.

Señalo una mesa libre en la terraza del local que queda a cuatrocientos metros de nuestra posición. Es uno de los lugares más emblemáticos de la avenida principal. Está a pocos metros de donde vivía Mario.

— Nos tomábamos unos granizados de limón, muy ácidos, en esta heladería. — Sonríe al recordar la escena — . No sabía que todavía estaba abierta. Tengo el vello de punta. — Me muestra su antebrazo — . Me he despertado un poco tonto — pronuncia entre risas.

— Bienvenido a Barcelona, Mario.

Beso su mejilla, con ternura.

***

El camarero viene a tomar nota de nuestros aperitivos, mientras Mario se fija en todo lo que le rodea, emocionado con las cosas que le recuerdan su niñez.

Pido por los dos.

— ¿Echas de menos Barcelona? — indago en cuanto se va el camarero.

— Ahora que he vuelto a pisar la ciudad, nuestro barrio, me he dado cuenta de que echaba mucho de menos estar aquí.

— ¿Por qué no volviste?

— No debía. Lo que más me importaba lo perdí al subirme al coche de papá. Tenía que haber sido más valiente. Tenía que haberte dicho la verdad en cuanto llegué a Madrid.

— ¿Qué verdad?

— Para mí no fue fácil. — Cuela sus dedos entre los mechones de mi cabello. Dejo caer mi cabeza en su mano, y cierro los ojos para sentir más su caricia — . Duele estar lejos de la persona que te importa de verdad. La única forma para llevarlo lo mejor posible fue empezar de nuevo, con mucha ayuda y mucho tiempo de por medio. Ya no soy el mismo Mario desde ese día. Ese Mario te hacía daño.

Abro los ojos al escuchar algo tan incierto como esa afirmación.

— ¿Quién te dijo eso?

— Supongo que, al conocer a Helena, pensé que podría seguir adelante.

— ¿De qué daño hablas?

— Solo podíamos entender nosotros dos lo que sentíamos. Aún sigo pensando que nadie entenderá, jamás, nuestro pasado.

Hemos llegado al punto de la conversación en que podemos hacernos mucho daño o, decirnos verdades que salven nuestro presente.

— Aquí tenéis — anuncia el camarero mientras deja los platos y los Martinis en la mesa. Pero, ninguno de los dos, aparta la mirada al otro, y las sonrisas de complicidad no se apagan — . Les dejo la… Oh, da igual.

Le ofrezco un jugoso billete para que no venga más a interrumpirnos, sin quitarle el ojo a Mario. Quiero que la conversación fluya.

Encaro mi silla, acortando las distancias entre los dos.

— Ayer fue…

— Mario, no me quito de la cabeza lo de la pared. No sé explicar lo que siento, pero sé que no es un error. — Tiro de su camiseta para acercarlo a mí — . Dime que no es solo cosa mía. No puede ser solo cosa mía.

— Fue increíble, Lola. — Cede más al tirón de la tela de su camiseta — . Me he despertado pensando en ti. No puedo dejar de dibujar ese momento, en mi cabeza.

— ¿Sentías esa conexión, igual que yo? — Me acerco lo más que puedo a sus labios, que me invitan a cerrar lo que empezamos — . Como ahora…

— Sí, mucho — musita — . ¿No es obvio? — Baja su mirada a mi boca — . No quiero que creas que solo fue un calentón. Es más que eso.

— Dime lo que hay ahora entre nosotros.

— Pues es…

— ¡Tía Lola! — gritan María y Valentina, revoloteando a nuestro alrededor.

Mario observa la escena, desconcertado. Evidentemente, no sabe quiénes son, a pesar de que se parecen físicamente a la loca de su madre. Siendo hija única, lo de tía Lola no tiene mucho sentido, excepto en mi mundo y en el de Alexia.

— Vamos al puerto. Quiero comer paella — explica Valentina — . Tenemos la pelota de tío Gero para jugar. Dice papá que quiere marcar un gol. ¡Uno de muy lejos!

— ¿Dónde está el tío? ¿Ya baja del avión? — pregunta María.

— Todavía no viene, cariño. — Miro de reojo a Mario — . Sigue en Japón. Tardará unas semanas en volver a Barcelona.

— Este señor no es tío Gero — afirma Valentina, mirando a Mario.

— ¿Cómo se llama? — le sigue María.

— Es un amigo y se...

— ¿Quién es tu amigo? — Alexia interrumpe mis explicaciones, llegando con Jesús.

— Mayol, antes te acordabas muy bien de mí.

Alexia lo repasa de cuerpo entero en cuanto él se pone en pie, imponente ante ella.

— ¿No sabes quién soy, loca? — insiste con las adivinanzas.

— ¡No me digas que…! ¡Oh, madre mía! — grita Alexia, eufórica — . ¡Mario!

— Gracias por no decirme que soy un marciano. Es todo un detalle — se burla del famoso apodo.

Alexia se lanza sobre él, comiéndole a besos y agitándolo por los hombros. Él la recibe con la misma ilusión.

— ¿En serio eres tú? — pronuncia sin apenas aliento — . ¡Estoy flipando! Estás muy cambiado, marciano.

Pero se lanza de nuevo a abrazarlo con todas sus fuerzas. Él le devuelve el gesto e inicia un ligero vaivén de pies al atraparla entre sus brazos.

— ¡Mami! — protesta María, que parece molestarle que su madre sea tan expresiva con un hombre que no conoce.

— Son mis hijas. — Deshace el abrazo para señalar a las pequeñas.

— Mala madre, supongo.

— Por supuesto — responde entre risas.

— ¿Vives en Japón? — pregunta Valentina, con el semblante serio.

— No, no.

— ¿En Barcelona? — pregunta Alexia, en un tono de esperanza.

— Sigo viviendo en Madrid. He venido a Barcelona unos días, así que, no puede decirse que haya vuelto. — Me mira de reojo, con cierta culpabilidad en su mirada.

— Oh… — lloriquea mi amiga — . ¡Quédate más tiempo! Tenemos que ponernos al día. ¡Estás guapísimo, joder! ¡Cuánto has cambiado! — Lo agita por los hombros mientras él se carcajea con la brusquedad de mi amiga.

— Mami — lloriquea María.

Mario se agacha a la altura de las pequeñas.

— ¿Eres amigo de tío Gero? — pregunta Valentina. Alzo la vista al cielo, suplicando que esto no le siente mal a Mario.

— No. Tampoco vivo en Japón, aunque me gusta mucho el sushi. Me gusta igual que tu tía. — Se muerde el labio inferior al darse cuenta del error — . Quiero decir…

— Mario, Mario — se burla Alexia — . Qué error más tonto, ¿eh? — Me mira la morena, con vacile en el gesto.

— Alexia — la regaño por lo bajo.

— Será mejor que nos vayamos — intercede Jesús al ver que Mario y yo nos sentimos incómodos.

— Marciano, búscame en la Red Social como ‘La MILF del 85’. Tío…, te he echado de menos. — Lo abraza por la cintura — . Quiero invitarte a casa algún día. Ya verás qué ordenada la tengo. — Ambos acompasan sus carcajadas — . Me alegro mucho de verte bien.

— Y yo de verte así de feliz.

— Vamos, niñas — ordena Jesús — . Tenemos reserva en el restaurante. Llegaremos tarde, Alexia.

— ¡Maldita paella! — protesta la morena.

María y Valentina no le quitan ojo a Mario.

— ¡Oye! ¡Por qué no os venís con nosotros a comer! — propone Alexia.

— No puedo. Tengo comida con mi esposa — responde Mario, decaído.

Alexia escapa su mirada hacia mí. Asiento, comedida en el gesto. Su mirada se torna triste al pensar en ese final que se aleja del cuento de hadas.

Jesús tira de la mano de mi amiga mientras ella aguanta pidiéndome con la mirada que no sea verdad que Mario está casado y que esto no es un final feliz.

Mi mejor amiga se aleja de nosotros, dejando un tenso silencio.

— Mario, espera.

— Tengo que irme, Lola. No sé lo que estoy haciendo.

Debí suponer que Alexia y Jesús estarían en el barrio, y que aman este recorrido a pleno sol.

Mario se bebe su Martini, a tragos seguidos y sin respirar.

Cuando creo que va a salir huyendo, me abraza con toda su fuerza.

— No quiero volver a perderte, Lola — musita a mi oído — . No sé cómo hacerlo.

— Esto es una mierda. No puedo seguir pensando que nuestras despedidas son cada vez peores que la anterior.

— No me he equivocado al decir que me gustabas — confiesa — . Me ha traicionado el subconsciente. A veces es peor saber algo, con toda seguridad, y... — Deshace el abrazo para encontrarse de nuevo con mi mirada — . Y no poder hacer lo que quiero, porque no es lo correcto.

— ¿Qué es lo correcto, Mario? — Insisto en saber la verdad — . No lo entiendo. Hemos estado haciendo catorce años lo incorrecto.

— Si vas a Madrid algún día, ¿querrás que nos veamos?

— Sí. Claro que quiero. ¡Incluso lo quiero ahora mismo! — Le tomo de la mano.

— ¿A pesar de que yo no cumplí mi promesa, me has perdonado? — pronuncia en un hilo de voz. Sus ojos empiezan a humedecerse de lágrimas.

— Hace dos días te odiaba por no cumplir tu promesa. No puedo permitirme olvidar nuestra noche y nuestra conversación de hoy, porque tengo todas las respuestas que necesitaba. Me perdono a mí, no a ti.

Abre la boca para decir algo más, pero él mismo se frena y se muerde el labio inferior para censurarse.

— Mario, dime — suplico escucharlo — . No me dejes así.

Sin más, se acerca a la mesa, guarda sus cosas en los bolsillos de su vaquero, y se marcha hacia el restaurante en el que va a encontrarse con su esposa, aún con nuestra confesión a medias.

— Adiós — musito.

No puedo más que dejarme caer en la silla, derrotada.

Mario se aleja por la avenida peatonal, trotando para llegar cuanto antes a su cita.

— Madrid. No está tan lejos. ¿Por qué parecen tres océanos? — maldigo en voz baja.

Investigo cómo llegar a Madrid, en el navegador de mi teléfono. Barcelona–Madrid no parece tan inalcanzable como intentamos hacernos creer.

Comienzo a visualizarme llegando a la ciudad, quedando con él, rompiendo con todo y todos, para luchar por lo que dejamos a medias. Cuando reviso los detalles en el buscador, se me ocurre escribirle en el chat de la Red Social: «620 kilómetros en coche. 3 horas en tren. 126 horas andando. 36 horas en bicicleta. 1 hora y 15 minutos en avión. No me importa la opción que sea, si puedo escuchar la verdad, aunque me duela».

Necesito ser yo misma y pensar por y para mí.

Recibo un mensaje de vuelta: «Me arrepentiré siempre de haber sido obediente. Quiero que sepas que no tuve elección. Yo no decidí no poder ir a por ti».

— ¿No tuve elección? — murmuro al releer el incomprensible mensaje.

CAPÍTULO 8. EL GRAN DÍA PARA LOLA

Pablo está sentado en una de las sillas de la sala de espera, en la recepción.

Muestra una postura tranquila y relajada. Este hombre tiene la habilidad de aparentar que todo está en calma, mientras por dentro se debate entre los nervios sin revelar ni un atisbo de inseguridad.

— Lola, estás espectacular — me halaga por mi estudiada vestimenta. No pienso darle la razón a Alexia con su buen gusto para la ropa cara.

— Ya tengo preparada la memoria externa. Está todo listo para la reunión.

— No hay tiempo que perder. Están en la puerta.

— ¡Let's rock!

— ¿Let's *rock*? — pregunta entre risas.

— Así practico mi inglés para recibirlos. Los irlandeses tienen otro acento, debo estar a la altura.

— ¿Irlandeses? ¿Qué irlandeses? — sigue burlándose de mí — . Lola, pásame de eso que te hace ver alucinaciones. Eres única… No son los capos de la sede central de Cócó. Vienen de la central de España.

— ¿Qué? — grito, alarmada por la noticia — . Pero si me dijiste que... ¡No me hablaste de la sede de España!

— ¿Afecta a la presentación?

— ¿Españoles, Pablo? Maldita sea… — mascullo.

Me hizo hacer la documentación en inglés, porque la sede está en Irlanda, y ahora hace que parezcan imaginaciones mías. Fue a Belfast para cerrar la primera puesta de contacto, porque los irlandeses no podían venir a Barcelona para la primera reunión. ¿De dónde mierdas iba a pensar que eran?

— ¡Lola! — me riñe por no prestarle atención — . Voy a buscarlos. Ve a la sala, te presentaré allí.

— Españoles — murmuro, molesta por todas mis horas preparando el discurso en inglés.

Entro en la sala de reuniones como un torbellino. Estoy atacada de los nervios. Había ensayado mis mejores bromas en inglés. Tendré que improvisar. ¡Odio improvisar!

— Oh, mierda… — maldigo en voz baja en cuanto escucho voces por el pasillo — . Son ellos. Ya están aquí los españoles.

A los dos segundos, Pablo abre con decisión e ímpetu la puerta de la sala, cediendo el paso. Entra primero una mujer alta, rubia, ataviada con un traje de chaqueta negro y una falda de tubo. Aparentando unos cuarenta años. Observa la sala con sorpresa mientras estrecho su mano, a pesar de que ella sigue cautivada por la galería de arte de Pablo.

A continuación, entra un hombre de unos cincuenta años, con una barba espesa pero bien cuidada, sosteniendo un maletín de piel en su mano derecha. Por su porte y elegancia, es evidente que será el encargado de tomar decisiones en el proyecto. Percibo su responsabilidad mientras le estrecho la mano con determinación.

Después entra un chico de cabello castaño, con un traje azul marino, combinado con una camisa de color rosado y una corbata gris. Aunque tiene la cara aniñada, creo que tendrá unos cuarenta años, como la chica rubia que ha entrado primero. Lo saludo estrechando su mano. Me estruja los dedos con fuerza.

Los tres giran su vista para recibir a una chica morena, alta, impresionantemente guapa. Lleva un vestido estilo *baby doll* en color crema, con detalles de encaje negro en su busto. Lo acompaña con un bolso de mano de Chanel. Me repasa de arriba abajo y me estrecha la mano por la punta de los dedos, remarcando cierto desprecio.

El siguiente ejecutivo entra con la cabeza agachada. Hasta que tropieza con sus propios pies, y alza la vista para fijarse en mí.

— Me cago en todo — maldigo.

Está completamente desconcertado, como lo estoy yo.

Creo que me está dando un bajón de azúcar. Me apoyo en la pared, disimuladamente. Se me ha nublado la vista, y el hormigueo por todo mi cuerpo, me hace debilitarme.

Está pálido.

No nos saludamos.

— Les presento a Lola Suárez Bruguera — me da paso Pablo — . Es una de las mejores *Project manager* de Imagine Solutions. Precisamente, es la profesional encargada del desarrollo del pre-proyecto que hoy les vamos a poder presentar. Si me permiten, haré yo mismo las presentaciones a la señorita Suárez. Mamen Menéndez, del área de producción de Cócó. — Señala a la rubia — . Manuel Herrero, del área de finanzas. Trabaja junto a Sergio Ruiz en el mismo departamento. — Señala al más mayor y al de la cara aniñada — . Helena Sánchez, del área de comercialización, especializada en ventas. — Se me corta la respiración al darme cuenta de que es ella — . Y, Mario Vila, del área de comercialización, especializado en publicidad y marketing. Es el responsable del desarrollo de esta campaña.

Mario y yo, frente a frente. Veo en él una imagen totalmente cambiada. No parece el mismo con el que estuve cenando en la hamburguesería o tomando un aperitivo en nuestro barrio. Ahora es un ejecutivo enfundado en un perfecto y carísimo traje, un maletín tremendamente elegante, y ni una sombra de barba. Sus cabellos no están precisamente revueltos por mis manos.

Mi vida es surrealista. No hay ejecutivos en este puto país, que tiene que ser justamente Mario el que está en Cócó.

El que me hace suspirar, se percata del error que estamos cometiendo en sostenernos la mirada, y baja la vista a su maletín, huyendo de mí.

— La señorita Suárez les ayudará a comprender el funcionamiento de la presentación del pre-proyecto — rompe el silencio, fulminándome con la mirada por enmudecer y no estrecharle la mano al capo de todo esto — . Tomen asiento, por favor.

Helena y Mario van a por las sillas contiguas. Hacen muy buena pareja. Perfecta, diría yo.

A su lado, ninguna otra mujer tiene oportunidad de conquistar a Mario. No compartimos ni estilo ni elegancia, y si me atreviera a llevar el vestido que ella lleva, estoy segura de que parecería una muñeca olvidada en algún rincón polvoriento.

Mario juguetea con los papeles de encima de la mesa, ido en sus pensamientos.

— Y ahora qué se supone que debo hacer — mascullo.

Pablo me da paso en un toque de cabeza. Está poniéndose nervioso con mi silencio.

Tomo aire disimuladamente. Activo el modo *killer* a marcha forzada.

Estoy hecha un flan. Hemos llegado muy lejos para equivocarme ahora.

— Me gustaría darles las gracias por venir a conocer nuestro trabajo — empiezo, con un leve temblor en mi tono de voz — . Esperamos que su estancia en Barcelona esté siendo muy agradable. — Me doy cuenta del error de mi frase, en cuanto Mario alza la vista para mirarme, con el ceño fruncido — . Como bien ha dicho el señor Ramírez, hoy queremos presentarles el pre-proyecto que hemos diseñado para la marca de bombones más conocida e importante de nuestros tiempos, por lo que sabemos que se trata de un diseño que tiene que ir acorde a su reputación. — Trago con dificultad, haciendo un sonoro sonido que alcanza a escuchar todo el equipo de Cócó — . Permítanme mostrarles cómo damos vida a las ideas en Imagine Solutions.

Tomo aire por la nariz, cuento tres segundos, y lo suelto por mis fosas nasales. Necesito calmarme.

— Imagine Solutions nace hace más de veinticinco años. Durante este tiempo, se ha encargado de las mejores campañas publicitarias, adaptándose a productos distintos, peticiones concretas, con marcas que han necesitado de su inspiración. — Desvió mi mirada, fugaz, hacia Mario. Está muy serio y sigue con el ceño fruncido — . Hacemos nuestro trabajo pensando en los clientes que confían en una buena promoción de sus productos, porque entendemos sus valores y filosofía.

Guardo mi mano en el bolsillo del pantalón, buscando las pinzas del cangrejo despeluchado. Acaricio la tela para relajarme e intentar salir airosa de esta encrucijada del destino.

— No creemos que los productos sean meros acabados en una fábrica — sigo mientras acaricio el cangrejo, disimuladamente — . Sabemos que vuestros productos tienen personalidad. Los bombones son el resultado del compromiso, del esfuerzo y la dedicación que ponéis todos los días, por y para vuestros clientes. Creemos en los bombones de Cócó, igual que vosotros. Estamos agradecidos de acoger vuestros productos, en nuestra ciudad. Por eso, queremos que disfruten un día tan señalado como hoy, que es precisamente la fiesta más representativa de Barcelona. El señor Ramírez comentó que querían venir, personalmente, para conocer cómo se publicitaría su marca en nuestras calles, en el transporte público, y en otros espacios estratégicos de la ciudad. Por eso mismo, es necesario vivir Barcelona desde el punto más alto.

Libero al cangrejo. Ya me he hecho con la calma que necesito para liderar al reunión. Mi tono de voz es más firme.

— Las sensaciones son tan personales, como cada bombón que sale de vuestras fábricas.

El más mayor y el de la cara aniñada, asienten. La chica rubia está completamente concentrada en mis palabras y, por su expresión, me la he metido en el bolsillo. Helena hace cara de asco y me repasa de cuerpo entero. Mario sigue distante, está tenso en la silla.

— Tenemos a vuestra disposición un autobús privado, esperando fuera de estas oficinas. Queremos que experimenten la ciudad más cosmopolita, moderna y, en su esencia, creativa. Os señalaré los puntos estratégicos donde pretendemos hacer visible la campaña. También veréis el flujo de barceloneses, en dichos puntos, para comprender el impacto. Así que, si me lo permiten, acompáñenos — acabo el discurso.

Me fijo en los movimientos de Mario: Está escribiendo algo en un papel, sobre sus rodillas.

Pablo se pone en pie y viene hacia mí.

— Lola, has empezado mal, pero… — susurra.

— Lo sé, lo sé. Lo siento.

— Bien llevado al final. Relájate, ¿quieres? — Asiento en respuesta — . Señores, señoras…, — Encara a los ejecutivos — , les invitamos a cenar en un magnífico restaurante, donde podremos presentarles las ideas fuerza del diseño. Con los estómagos llenos se piensa mejor.

— Podéis tutearnos — protesta, el más mayor de todos, en tono jocoso.

— Por supuesto, Manuel — le sigue el juego Pablo — . Tú y yo sabemos que el espíritu es lo más importante.

Salen de la sala uno por uno. Pablo hace de maravilloso anfitrión.

— ¿Te vemos ahora, Lola? — pregunta la chica rubia, en un tono afable.

— Por supuesto.

Helena sale junto a Pablo y Manuel.

Finalmente, queda Mario. En vez de seguir detrás del resto de sus compañeros, se detiene delante de mí, controlando de reojo la puerta.

— Lola, de verdad que no lo sabía — se excusa mientras sigue vigilando la entrada a la sala — . Hicimos todo el trato con Pablo. En Belfast nos dijeron que fuese todo confidencial, porque así la competencia no iba a por los publicistas de Barcelona. Por eso no te pude decir nada durante la cena de después del reencuentro.

— Nosotros os llamábamos «Los ejecutivos».

— Madre mía — se lamenta.

— Ella es... — Asiente, sin ánimo — . Helena es bella, Mario. Me he quedado alucinada al verla. Cualquier hombre creería que es perfecta.

— Perfecta, ¿para qué? — Remarca malestar con ese halago — . A mí no me lo parece.

— ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? ¿Te trato como señor Vila Font?

Empieza a reírse al darse cuenta del lío en el que estamos metidos. Es evidente que está nervioso.

— Es una puta locura verte aquí, Lola — pronuncia entre risas.

Me lanzo sobre él para taparle la boca con la mano. A pesar de sus risas relajadas, intento contener las mías, que amenazan con escapar al mismo ritmo que las suyas.

— Eres lo peor, Mario. No vamos a salir vivos de esta. ¿Por qué tenías que ser tú?

Despego la mano de sus labios, lentamente.

— Está Helena.

— ¿Quién es Helena, si te tengo delante ahora mismo y no puedo pensar en nada más? — Baja su mirada a mis labios. — Tú, eres tú — . Se muerde su labio inferior, deseoso.

— Te recuerdo que estoy al mando de la campaña. — Inclino mi cabeza, dirigiendo mi boca hacia la suya — . Para mí esta situación es más difícil que para ti, porque tú eres el que miras.

— Y me gusta mucho lo que veo. Esto ya no es como presentar un trabajo en el instituto y puedo decirte que me gusta lo que veo en ti — se burla de su timidez en los viejos tiempos.

— Tartamudeabas por culpa de esos malditos *brackets*. Ahora ya eres seguro, directo y…

— Y yo no sabía que podías ser tan...

— ¿Tan? — Rozo mi nariz con la suya, jugando a provocarle y que se lance a por mí.

— Me gustas mucho. Demasiado. — Mario intenta alcanzar mi boca, pero lo esquivo, haciéndolo parar a medio camino — . Lola… — protesta.

— ¿A dónde vas? — vacilo. Dirijo mi mirada de sus ojos a sus labios, en repetidas ocasiones, mientras él intenta alcanzarme de nuevo — . Señor Vila Font. — Sonrío de lado, en un gesto seductor — . ¿Vas a dejar que haga mi trabajo? ¿Eh?

— ¿Te parece que no estoy atento ahora mismo?

Le doy un pequeño tirón a su corbata y nuestras bocas encajan justo antes del beso.

— ¿Qué es este traje de hombre importante?

— Soy importante — se burla de su cargo.

Busco su cuello tan pronto como cede a mi tirón de corbata. Deslizo la punta de mi lengua por su piel erizada y culmino con un beso húmedo. Su suave gemido de placer me da alas para seguir con el recorrido. Finalmente, acabo en el lóbulo de su oreja y, tras un gemido, muerdo para dejar claro mi deseo por él.

— Lola, quiero más.

Al encararlo, Mario vuelve a buscar mi boca, directo a besarme. Espero la unión de nuestros labios, cuando un taconeo se acerca hacia la puerta de la sala, y escapa de mí. Libero la corbata lo más rápido que puedo.

A Mario se le cae un papel de la mano. Lo pisa antes de que pueda cogerlo.

— Querido, ¿vienes al autobús? — aparece Helena por la puerta.

— Sí, por supuesto — contesta aparentando serenidad — . Estaba preguntándole a la señorita Suárez sobre la ruta por Barcelona. Pero ya está todo aclarado.

— Puedes tutearme, Mario. Parece que ese es el trato.

— El autobús nos espera y están todos ya subidos — le reclama ella, con exigencia.

— Por supuesto. ¿También vienes, Lola?

Mario baja la mirada al suelo. Mueve su pie y descubre el papel.

Sonrío al pensar en volver a ver su letra, como cuando éramos unos críos de instituto. Se pasaba el día dejándome notas por todas mis cosas y por mi habitación.

— Podéis adelantaros vosotros. Debo cerrar la sala. En dos minutos estoy allí.

— Te sigo, Helena.

— ¿Qué ocurre? — cuestiona ella.

Mario posa su mano en la espalda de su bella esposa, en un gesto de galantería para cederle el paso en la puerta.

— Nada, no ha ocurrido nada. — Juega con las dobles intenciones.

Al segundo, los escucho discutir por el pasillo.

Me lanzo a por el papel. Lo desdoblo rápidamente mientras controlo la puerta de la sala. Leo «Cada día es mejor que el anterior. Haces que valga la pena estar contigo y que no quiera marcharme a Madrid. Dime que no lo haga. M.».

***

Lo más extraño de todo, es que los ejecutivos no han preguntado qué hacen en medio de un reservado de un concierto en la calle, en vez de estar reunidos en una sala.

Mario va moviéndose al ritmo de la música, de forma discreta, junto a la siesa de Helena, que se muestra impasible. Mamen y Sergio van comentando las canciones, balanceándose sobre sus pies, perfectamente coordinados. Manuel le comenta la jugada a Pablo, riéndose a carcajadas.

— ¡Última canción! — El público le silba al telonero — . Esta canción la conocéis. — Los barceloneses aplauden mientras él se embriaga de ellos — . Mick Jagger dijo una vez «Está muy bien dejarse ir, siempre y cuando, puedas volver». — El público grita de alegría al darse cuenta de las intenciones del cantante — . ¡Os quiero oír cantar! ¡Barcelona es vuestra!

Los primeros acordes de guitarra me ponen el vello de punta. ‘Satisfaction’ es imposible no reconocerla desde el primer segundo.

— Lola, ¡va a ser increíble! — me halaga Pablo.

— ¿Hablas de la maldita campaña del año? — le reto.

Axel canta la primera frase de la canción. Las luces iluminan poco a poco el escenario,

Mamen baila con Mario, que parece contagiarse del buen rollo de mi adonis. No les escucho cantar, pero el movimiento de sus labios acompaña el resto de la letra de la canción.

Sergio vuelve la vista al público, luciendo una sonrisa espléndida justo cuando mi equipo suelta las grandes pelotas hinchables con el estampado *street art*. El público empieza a golpearlas, entre gritos de entusiasmo.

Axel camina hacia la parte trasera del escenario, entonando la letra con una sensualidad que aviva mi libido. El *rock* siempre me excitó.

Llega el momento crucial. Me apresuro hacia Mario y me interpongo entre la rubia y él.

— Prepárate, chico listo — le advierto, acercándome lo más que puedo a su oído — . Esta parte es el motor de toda la campaña. Axel no es una casualidad. Todo está pensado para vosotros.

— ¿Cómo has conseguido esto? — me halaga — . Esas pelotas son…

— Sí, son bombones. En ellas está lo que queremos plasmar en el diseño que tenemos preparado para vosotros — interrumpo — . Es el toque *Street art* y *Pop art*. Muy Barcelona, muy alternativo. Axel va a por ti, Mario. Le he pagado para eso. — Me carcajeo al ver que me mira con los ojos abiertos — . Está a mis órdenes, por y para ti. Le dije que tenía que morder al tiburón del marketing. Así te llaman en el sector, ¿no?

La estrella del rock se acerca a la enorme pantalla, como si estuviera frente a un crucifijo, y él, el devoto. En ese preciso instante, Axel toma el bote de spray negro y lo agita con fuerza. Perfectamente coordinado, simula que escribe el eslogan de la campaña, como si fuera un grafiti real en la pared, con el audiovisual a tiempo con sus movimientos. Ahora puede leerse «Satisface tus sentidos».

— ¿Qué te parece, Mario? Hablaremos de satisfacción.

Axel regresa al centro del escenario, desliza la cinta de la guitarra por su cabeza, y hace un gesto para que la banda disminuya la intensidad de las cuerdas y baquetas. Quiere concluir la actuación como le indiqué. Murmura la palabra ‘Satisfaction’ y prosigue con el resto del estribillo, meloso, con un ronroneo sensual y excitante en la pronunciación.

Treinta segundos después, Axel realiza el último acorde de guitarra. Todo se sume en la oscuridad, excepto por el resplandor fluorescente de nuestras pelotas y el lema en la pantalla.

— ¡Lola, eres increíble! — me halaga Mario — . ¡Nunca en mi vida he visto algo igual para promocionar una campaña de Cócó!

— ¡Me gusta mi trabajo! — Se abren las luces y aparece Axel en el escenario. En la pantalla de fondo, el chocolate gotea — . ¡Mira! ¡Mira! — Le señalo la aparición — . ¿Sientes lo mismo que yo?

— Estaba equivocado, Lola. Mi vida estaba aquí, contigo. — Vuelvo mi vista hacia él, estupefacta — . ¡Escúchame! — Me toma la cara con sus manos, a pesar de ser objeto de las miradas de los demás — . No debí seguir los consejos de nadie. Soy feliz cuando estoy contigo. ¿Ves lo que me haces sentir? — Me libera para señalar su antebrazo. Tiene el vello de punta — . No es solo por la música, Lola. Siempre supe que eras tú la que provocaba esto. ¡Estoy convencido de que me alejé equivocadamente!

— ¿Quién te dijo eso? ¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir? — atropello las preguntas, inquieta con su confesión.

— Alguien que no te conocía. — Me guiña un ojo, pícaro — . Pero yo sí te conozco.

Mario vuelve la vista al escenario, grita y aplaude, completamente emocionado con Axel. Mamen y Sergio muestran su euforia, observando las pelotas que continúan saltando de mano en mano. Puedo percibir la expresión de felicidad en el rostro de Manuel mientras habla con Pablo. Helena me observa desde su posición, fulminándome con la mirada, siendo la única que no se ha metido en la presentación.

— Mierda — musito al ver que me perdona la vida.

***

Han pasado cinco minutos. Mario desliza sus manos hacia la parte baja de mi espalda, sus dedos acarician mi camisa, ocultando sus caricias bajo la chaqueta de mi traje.

— Mario, deberíamos ir dentro de la sala.

— Se supone que estoy en el baño. Cada uno tarda lo que necesita.

— Y yo se supone que estoy hablando con el jefe de sala.

— Entonces, alarga esto. Lo más que puedas.

— Están todos sentados en la mesa. Al final se darán cuenta de que estamos en la puerta del restaurante, juntos.

— Creo que les ha quedado claro que vengo a cenar gratis — bromea.

Paso mis manos por detrás de su nuca.

Inicia un vaivén mientras tararea la canción de Mick Jagger.

— Juro que te odio con todas mis fuerzas — pronuncio entre risas — . No quiero irme de aquí.

— ¿Entras tú primero, y luego voy yo? — Pero sigue cantando la canción de Mick Jagger mientras me hace bailar — . Aunque, lo que me apetece de verdad, es tomarte de la mano, ir a cenar a tu restaurante favorito, bailar, y dormir juntos.

— Mario, ya estás en mi restaurante favorito. — Escapo sonoras carcajadas.

— Entonces, solo me queda cumplir la parte de dormir contigo.

Besa mi mejilla mientras nos hace bailar. Disfruto de la presión de sus labios y del cobijo de sus brazos.

— Dormir contigo sería un plan perfecto — lloriqueo.

Cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, siento unas inmensas ganas de dejarme llevar. Ojalá fuese posible esa noche de ensueño de la que habla.

— Señorita Suárez, márchese rápido antes de que le cuente el deseo que le oculto para esa noche en la cama. — Besa la comisura de mis labios. Gimo al imaginar que el recorrido llega a mi boca — . Lola, no me des alas. Estoy loco por ti.

Mario se aparta de mí, poco a poco.

Noto la falta del calor de su cuerpo.

— Señor Vila, no se olvide de comportarse como el cliente exigente que es. Haga los

honores a su apodo.

— No voy a ponérselo fácil, señorita. No mezclo negocios y placer. — Arqueo una ceja, retadora — . ¿Esto son negocios? — bromea mientras nos señala a los dos — . Yo lo hubiese llamado placer.

— Disimula mejor. — Le guiño un ojo, pícara — . Al menos comenta qué tal estaban los baños, para que se crean que has estado allí.

— Les diré que estaban relucientes.

— Muy acertado.

— Aunque…, quizás podamos encontrarnos allí, a solas, cuando llegue el postre.

— ¿Para qué? — pregunto en tono seductor — . ¿Qué quieres hacer allí?

— No tengo la menor idea — pronuncia entre risas — . Me dejaría llevar por ti. Quiero dejar de ser obediente, por fin.

— De momento, diles que hay una medusa en una pecera, en la superficie del lavamanos. Es lo más seguro.

— ¿Una medusa? — pregunta con sorpresa — . ¿Hablas en serio?

— Estamos en un restaurante de Paseo de gracia. Todo, aquí, es excéntrico y sofisticado. No llevo a mis clientes a comer una hamburguesa, ¿sabías?

— Ya veo. Eso se lo dejas a…

— A tipos sin traje, ni corbata, que asisten a una fiesta de antiguos alumnos y me hace revivir el pasado con mucha intensidad.

Entre risas, cierro la puerta del restaurante, dejándolo fuera.

Es momento de volver al reservado para poder seguir siendo la *killer* que espera esta campaña. Ha sido solo un breve respiro y una escapada para mirarlo a los ojos sin sentirme culpable por Gero y Helena.

***

Narra Mario

No se trata solo de una campaña publicitaria. La forma de trabajar de Lola es pura filosofía. Su meta no es solo vender, sino transformar la vida de los consumidores. Manuel toma apuntes frenéticamente en su bloc de notas. Mamen y Sergio intercambian sonrisas. Pablo está completamente cautivado con Lola.

— Yo creo que no es juvenil — interrumpe Helena, con condescendencia — . Es una apuesta por los tipos esos como el cantante del concierto, que roza el límite entre lo marginal y lo maleducado. Nuestro chocolate es una exquisitez. No podemos ser algo que representa una calle llena de macarras.

— ¿Ha dicho que es marginal? — me pregunta Sergio, molesto.

— Sí, lo ha dicho. Se supera a sí misma. — Estoy empezando a cabrearme con la nefasta actitud de Helena.

— Yo creo que el arte es subjetivo — responde Lola — . Parte siempre de lo que nos hace

sentir, independientemente de lo que quiere transmitir el autor.

— ¿Eso de ahí fuera era arte? — protesta la insaciable de Helena — . El grafiti es más bien una manifestación de rebeldía, de pandilleros que van de héroes, pero se acobardan detrás de un seudónimo al tener que saltarse las normas en la oscuridad. Porque está prohibido por razones jurídicas. Cócó tiene unas ventas consolidadas y unos consumidores muy determinados. Y no, no son pandilleros. Sé bien de lo que hablo porque yo me encargo personalmente de la publicidad de Cócó, señorita Suárez. ¿Expresión de vitalidad? — Se carcajea en un tono sarcástico y altivo. Exagera su divertimento para burlarse de Lola — . Un pensamiento demasiado abstracto para Cócó.

Todo el equipo la fulmina con la mirada. Hasta Pablo lo hace. Excepto Lola, que se muestra muy sonriente.

La impulsividad de Helena me resulta abrumadora. Sus faltas de respeto, tanto en el trabajo como fuera de él, me tienen cansado. Aunque sea el cliente, no voy a menospreciar públicamente un proyecto que, además, no merece ese trato.

— Todo lo que hay en esta sala es comestible; hasta yo soy comestible, pero eso sería canibalismo y, queridos presentes, no está bien visto en la mayoría de las sociedades — recita Lola, mirando a Helena — . Así lo expresa Willy Wonka en ‘Charlie y la Fábrica de Chocolate’, de Tim Burton.

— Es el zasca más elegante que he escuchado en mi vida — comenta Sergio — . Tu esposa está siendo una caníbal con la chica.

Helena sigue sin saber qué responder a eso. Mira mal a Lola, pero no consigue que ella apague su sonrisa. La chica a la que amo apoya sus dos manos en la mesa comunal y encara a mi esposa. Subestimé a Lola pensando que seguía siendo aquella chica tímida del instituto.

— Leí una vez que, Roald Dahl, fue el que aseguró que hay tanto chocolate en el mundo, que podrían llenarse todas las bañeras del país, ¡y las piscinas también! — explica Lola.

— Un visionario este Dahl. Un baño de chocolate… ¿Eso se puede conseguir para nuestras oficinas? — le sigue Manuel.

Mamen y Sergio acompañan a Manuel con una sonora carcajada.

— Esas personas a las que os queréis dirigir, ¿tienen un bombón favorito de la caja? ¿Cuál es el que queda abandonado? ¿Por qué les gusta el sabor de uno o varios, en concreto? — cuestiona Lola.

— ¿Crees que no sabemos quién consume nuestros productos? De verdad… — se queja mi esposa — . ¿Por quién nos tomas?

— No, Helena. No lo sabemos — aplaco a mi esposa — . Te recuerdo que ese análisis es un coste que consideraste demasiado alto para Cócó.

— ¿No es así como funciona el marketing, experto en la materia? — Lola dirige su mirada hacia mí — . Conocer al consumidor, transformar sus preferencias en productos.

— ¿Debemos invertir en saber eso? — pregunta un desconcertado Sergio.

— Tengo que calcular los riesgos de esa filosofía, Lola. — Si no decía eso, se veía claro que me encanta la propuesta, y no la de los otros publicistas — . De momento, tenemos los bombones que tenemos y debemos hacer que les gusten.

— Creo que de eso puedo encargarme — bromea.

Me dirijo hacia los bocetos mientras los demás conversan entre ellos. Quiero examinarlos detenidamente. Hay muchos matices en esas ilustraciones. Han invertido más de lo que les pedimos.

Con los anteriores publicistas fue un auténtico desastre. A pesar de darles directrices, no lograban plasmar lo que necesitaba expresar. Sus resultados deficientes me crispaban los nervios.

Las otras empresas que hemos visitado simplemente se aferran a lo más convencional. No han asumido riesgos en absoluto.

Lola se aproxima a mí, sin levantar sospechas. Guarda las manos en los bolsillos y evita cualquier error que podamos cometer con nuestra confianza.

— ¿Cómo ves los bocetos, Mario?

— Me tienen atrapado. Creo que ese lado urbano, callejero, cosmopolita, puede encajar. ¿Qué te gusta a ti de ellos?

— Justo lo atrevido que es el concepto. Tendríamos que acabar de trabajar en el boceto, juntos, si firmamos este contrato. Tengo muchas ideas que podrían aplicarse justo en esta parte. — Señala los labios de la tercera escena.

— Dime una. — Me acerco al boceto para fijarme en los detalles.

— Verás…, si unimos esta parte con…

— ¡Mario! ¡Mario! — interrumpe Mamen.

Lola y yo dejamos a medias la conversación.

— La boca es un símbolo que podría trasladarse a cualquier otro país. ¿No es eso lo que buscabas para esta campaña? — pregunta Sergio.

— Creo que tiene eso a su favor — sigue Mamen.

— Yo creo que es hora de marcharnos y reposar todo lo que nos han presentado.

— Una lástima — susurra Lola. Intercambiamos miradas de complicidad.

— Se ha hecho tarde y mañana tenemos el vuelo de regreso a Madrid — sigo, intentando disimular mis ganas de ella.

— Entonces, acabaré mi trozo de tarta de chocolate — protesta Mamen, llevándose el tenedor a la boca.

— Una vez en Madrid, analizaré los riesgos de todos los bocetos. — Me alejo de Lola para ir a por mi chaqueta colgada en la silla — . Debo leer el documento que nos han entregado, antes de tomar cualquier decisión. — Disimulo ante el equipo. La idea me maravilla, mire por donde lo mire — . No debemos precipitarnos.

— Tenemos reservada la sala de convenciones a primera hora de la mañana. Podemos hablar de esos riesgos — propone Sergio, poniéndose en pie.

— Lola, puedes darle tu tarjeta a Mario, por si quiere contactar contigo para resolver dudas sobre el diseño — ofrece Pablo — . Podéis hablar de ese estilo internacional. New York, Berlín, Londres… — insiste en cerrar el trato con ellos.

— Claro, Pablo. Si tengo dudas, hablaré con ella.

Lola me da su contacto en papel. Leo su nombre y su número de teléfono.

— Puedes…, no sé…, llamarme. — Baja lo más que puede la voz — . No me importaría hablar de nuevo.

— ¿Escribirte un mensaje, quizás? — Sigo en el mismo tono comedido.

— Me gusta más leer tu letra, Mario — susurra a mi oído cuando aprovecha para darme dos besos de despedida.

— Me pone cuando haces que no me conoces — susurro de vuelta, frenando que se separe de mí en el último beso.

La chica de mis sueños se marcha para atender a los demás del equipo en el momento justo para no dejarnos llevar, de nuevo.

Helena aprovecha para acercarse a mi posición.

— ¿De qué la conoces? — Aunque se dirige a mí, sigue pendiente de lo que ocurre al otro lado de la mesa, con Lola.

Miro los bocetos.

— Te he hecho una pregunta, Mario.

— Lo sé.

Lola ha captado perfectamente el espíritu, sin saber que yo estaba detrás de la decisión.

Si esto no es conexión, no sé cómo describirlo.

— ¿Te crees que no me doy cuenta de lo que ha pasado durante toda la noche?

— Helena, ni siquiera yo sé lo que ha pasado esta noche. — Miro de reojo a Lola.

— Espero que sepas lo que haces — amenaza, en su tono habitual — . ¿Qué significan esas miradas entre ella y tú?

— Helena, cuando sepa lo que significa, te lo comunicaré a ti, la primera. — Le sonrío forzosamente — . No ha estado mal lo del concierto, ¿verdad? — Reviso la tarjeta de Lola — . Muy original.

— Ten cuidado, Mario — sigue amenazándome.

— Es contigo con quien tengo que tener cuidado. Por cierto, yo nací en la ciudad de los macarras. ¿En qué me convierte eso?

***

Narra Lola

Rompo el papel de regalo.

Delante de mí aparece una caja de bombones de Cócó, con un sobre pegado en la tapa. Busco la nota, ansiosa de respuestas. Leo «Gracias, otra vez. Hiciste un gran trabajo ayer por la noche. Me he despertado pensando en tus bocetos, en lo mucho que transmiten lo que necesitaba. Siento que Helena no sea tan elegante como aparenta, pero en el fondo creo que ella sabe que tu presentación fue impresionante. M.»

— Lola, ¿es de Gero? — pregunta Catalina, asustándome con su impulsiva entrada en mi despacho.

Toso repetidas veces al atragantarme con mi propia saliva.

— ¿Qué te ocurre?

— ¿Qué haces aquí, Cat? — pronuncio en un quejido.

— Trabajo aquí. — Sonríe de lado.

— Pues voy a despedirte.

Le muestro la caja de bombones. Al fin y al cabo, no tengo escapatoria.

— Un viejo verde que quiere ligar con la jovencita, ¿no? Si es que todos son iguales.

— No, Cat.

— ¿Y esa carita?

— Es de una persona importante para mí. Nos queríamos de verdad. En realidad, todavía nos amamos. — Suspiro, agobiada al verbalizarlo en voz alta — . Es el director de la campaña de

Cócó.

— ¿Perdona? — titubea.

Deja de masticar el bombón, sorprendida. Le quito la caja y examino cada pieza de chocolate. Sé que él es el artífice de esta magia. Perfección, detalles, singularidad y belleza.

— Su esposa está en el proyecto y eso complica las cosas, porque no sabe que él y yo tuvimos algo en el pasado. Ella también decide si aceptan nuestro boceto. — Mi asistente traga con dificultad. Está alucinada — . Mario es increíble. Lo adoro. Es verlo y… ¡Ni te imaginas lo que significa para mí! Es tan poco Gero… — lloriqueo.

— Lola, no entiendo nada. — Me ofrece la caja de bombones.

— Yo tampoco nos entiendo. — Tomo uno de chocolate blanco — . Mi vida está demasiado agitada como para agitar también mi trabajo.

Le enseño la nota de Mario. Catalina lee la frase atentamente.

— ¿Cómo es él? — Alza la vista — . Tiene una letra muy bonita. — Me sonríe.

— Pues es…

Antes de que pueda describir a mi adonis, Catalina irrumpe corriendo por la puerta de mi despacho. Se desliza entre las mesas hasta llegar al auricular de su teléfono. Mientras responde, asiente varias veces con gesto preocupado. Me hace señas nerviosas con la mano. Al negar con la cabeza, desconcertada por su comportamiento, intensifica sus gestos desde la distancia, hasta que finalmente se rinde. Cuelga el teléfono con un golpe seco del auricular y regresa corriendo a mi despacho, haciendo lo que puede con sus tacones.

— ¿Cómo se llama la mujer del director de campaña? — pronuncia sin apenas aliento.

— Helena.

— Helena, ¿qué más? — me apresura.

— Helena Sánchez.

— ¡Mierda! ¡Lola! — Se lleva las manos a la cabeza — . ¡Está aquí! ¡Está subiendo! — Me señala el pasillo, histérica — . ¡Está subiendo!

— ¡Maldita sea!

— Lola, los bombones. ¡Escóndelos! Vamos. ¡Corre! ¡La nota!

Lanzo la caja, el papel de regalo, el lazo y la nota, dentro del cajón de mi *book*, de un manotazo.

— No hay rastro de bombones, ni de Mario. — Reviso mi mesa — . Aquí no ha pasado nada — me convenzo de mis habilidades para el escapismo — . ¿Estoy decente?

— Voy a recibirla. Intenta ser normal.

Sale a la caza de la bruja mala del cuento.

— ¡Eh! ¡Soy normal! — protesto, alzando la voz para que me escuche desde el pasillo.

Catalina se encuentra cara a cara con Helena. La esposa de Mario llega elegantemente vestida con un mono de cuerpo entero, combinado con un cinturón dorado y unos hermosos zapatos negros.

Helena cruza las piernas con gracia y porte, como si el pasillo fuera una pasarela de moda.

Catalina golpea la puerta de mi despacho con los nudillos, a pesar de estar abierta, siguiendo con el paripé de perfecta empleada del mes.

— Señorita Suárez, la señorita Sánchez ha venido a visitarla. Por asuntos de la campaña de Cócó — remarca sin disimulo, para que me centre y deje de desprender miedo.

— Helena, bienvenida — exagero el tono de alegría.

No me devuelve la sonrisa. Mira de reojo a Catalina, en un modo muy sutil para dar por

bueno que se vaya del despacho.

— Señorita Suárez, le traeré un café. ¿Quiere tomar algo, señorita Sánchez?

Helena no responde a mi asistente. Sigue sus pasos hacia dentro de mi despacho, dándole la espalda. Catalina, aprovechando que no la ve, hace el gesto de clavarle un cuchillo. Tengo que aguantarme la risa al verla actuar como a una loca de película de terror.

— No tardaré con su café, señorita Suárez — responde con retintín.

— Gracias, Catalina.

Helena empieza a actuar como mi suegra cuando entra en casa e inspecciona si hay motas de polvo y los cristales tienen mierda. Detesto esas inspecciones oculares.

— Pues, tú dirás Helena. ¿En qué puedo ayudarte? — Intento distraerla.

Disfruta de estos minutos de silencio incómodo. Se crece cuando sabe que ella tiene la oportunidad de empezar una conversación tensa.

— Espero que pueda seguir tuteándote como en la reunión. ¿Está bien? — Sonríe de lado, en un gesto de soberbia que encaja con su vestimenta.

— Sí, así es.

— Vengo a plantearte un cambio de última hora.

— Por favor, toma asiento.

— Mario Vila es la razón por la que estoy aquí. — Se acomoda en la silla, en un cruce perfecto de piernas — . Te pediría que te comunicases conmigo directamente con respecto a vuestro boceto. A partir de este momento queda relegado de cualquier decisión que pueda tomar sobre la estrategia publicitaria de Barcelona. Necesita pensar con más objetividad, ¿me explico?

Mira a su alrededor, arrugando la nariz. Se fija en uno de los cuadros abstractos que compró Pablo hace años.

— ¿Está él enterado del cambio?

— Ese detalle forma parte del equipo de Cócó. — Vuelve a encararme — . Las reuniones internas no son de tu incumbencia. Solo venía por cortesía. Ahora yo tengo tu tarjeta de visita.

— De todos modos, Helena, no nos habéis comunicado el veredicto todavía. Me parece incluso demasiada cortesía por tu parte. Te has tomado muchas molestias por un boceto que no te gustó — le reprocho su actitud durante la cena.

— Siendo sinceras, hay cosas que yo percibo con más facilidad que Mario Vila. Esos bocetos están inacabados. Sois una de las mejores agencias de publicidad y marketing, así que supongo que espero más de los mejores. — Fuerza una sonrisa — . Entiende que me preocupa que sea todo humo y no calidad.

Sincronizadas, nos ponemos en pie para continuar con el careo. Esto ya empieza a ser una pelea de gatas.

— Lola, si me aceptas un consejo, mantente al margen de ciertos asuntos, y todo irá bien para Imagine Solutions. Mejor dicho, te irá mejor a ti. Creo que el trabajo que presentaste es una propuesta rápida, insulsa, por cubrir el expediente. De mejores a los peores, solo hay un veredicto. Quizás hayas arriesgado demasiado en esta gran oportunidad. Has ido a conquistar a la persona equivocada. Yo estoy al mando de esto y tu idea no acaba de agradarme.

— Helena, no sé si quiero entenderte.

— Podría recomendar vuestras campañas a mis conocidos, si te mantienes alejada de Mario Vila. ¿Se entiende mejor ahora? — Contengo la respiración — . Tengo buenos amigos, como los gerentes y accionistas de Hugger, Palintron, Rutenberg, Koywert… — lista las mejores marcas europeas, usando un tono condescendiente — . Creo que ya traspasaste el límite la otra

noche, como para jugar con las multinacionales más importantes del mercado. Te excediste con las confianzas, aprovechando que jugabas en casa. — Arquea una ceja, retadora. Amenazante, más bien — . Seamos sinceras: Perder el trabajo en el mundo publicitario es duro, porque hay miles de Lolas que ocuparían tu puesto.

— ¿Dónde están ahora mismo, lidiando con tu consejo? — le reto.

— Puedo explicarles a mis contactos lo complicado que es trabajar contigo. Y luego está Pablo. Creo que sabré hacerle entender lo que sucede.

— Helena, no voy a…

— Si tú te metes en mis asuntos, yo haré llegar un correo electrónico a Pablo, dándole detalles de dónde estabas en medio de la presentación — interrumpe a toda prisa — . Os vi en la puerta del restaurante, abrazados Mario y tú. Eso no fue profesional. No sé si Pablo entenderá tu forma tan personal de tratar a los clientes.

— Tampoco entiendo que un cliente me hable en este tono y me aconseje de ese modo.

— ¿En qué tono, querida? — pregunta con exagerada sorpresa — . Solo estaba de visita.

Como un angelito de la guarda, aparece mi asistente, con la bandeja cargada de cafés.

— Catalina, acompaña a la señorita Sánchez al ascensor. — La echo con elegancia — . Ya hemos terminado de hablar.

— No será necesario, conozco el camino a la salida. Lola, un placer hacer tratos contigo.

Aprieto mis puños hasta que noto el dolor al clavarme las uñas en la palma de la mano. Mi ira empieza a crecer, a punto de explotar como una bomba nuclear.

Helena desaparece tras la esquina del pasillo.

— Lola, por favor… Cálmate. — Catalina se apresura a dejar la bandeja encima de mi escritorio — . Espera unos segundos a que se marche.

— ¿Acaso me he dejado amenazar? — pronuncio mientras muerdo mi puño — . Soy gilipollas.

— Tienes mala cara, cielo. ¿Estás bien?

— ¡Ahora entiendo a Mario! ¡Es insoportable! — Doy golpes de puño al aire.

— Lola, para. ¡Lola! — Me detiene — . No te la juegues. Ese tal Mario te está perjudicando. Has llegado muy lejos. Viene tu ascenso. ¿Recuerdas lo que te dijo Pablo?

— ¡Quién me mandaría volver a verlo y sentir esta mierda por él! — Pero me arrepiento al segundo de decir eso en voz alta. — Maldita sea… — Me cubro la boca con las manos y cierro los ojos con fuerza.

— No sé qué te ha dicho, pero esa mujer no te conviene tenerla de enemiga.

— ¿Es que crees que tiene razón? — Abro los ojos, alucinada con sus palabras.

— No creo nada. Me limito a observar. ¡No tires por la borda tu ascenso! Lola, mantén la cabeza fría. ¡Piensa antes de actuar!

— No dejo de pensar en él, Cat.

— No te la juegues por una caja de bombones enviada por mensajero. ¿Comprendes a lo que me refiero?

— ¿Qué quieres decir? ¡Catalina, coño!

— Te has expuesto demasiado, joder — me regaña, severa en el tono — . ¿Él pone en riesgo su trabajo, por ti? — Deja una pausa para que piense en sus palabras — . Ni siquiera puso su nombre en la tarjeta. Tú, sin embargo, estabas en el centro de la diana, en el restaurante. Piensa en lo que te conviene. Es una gran empresa para apuntarte un tanto, un buen incentivo por hacerlo bien, y esto te catapulta a un maldito ascenso, ¡con mejores condiciones y mejor sueldo!

Se marchará a Madrid, con su buen puesto, en una gran empresa, con su esposa de la mano. ¿Comprendes? No está arriesgando nada. No es capaz de hacerlo ni con una caja de bombones. ¡Tú sí te has expuesto por él!

— ¡Lo amo, Cat! ¿No lo entiendes?

— ¿Y dónde está, mientras esta mujer te está amenazando? Yo solo veo a mi Lola, afectada y con un miedo terrible en el cuerpo.

***

Narra Mario

Solo falta Helena.

Ni siquiera se ha despedido de mí, esta mañana.

— Mario, estuviste en contra de la última campaña, a pesar de que todos accedimos al criterio de Helena, así que ¿cuál es tu opinión? — me da voz Manuel.

Sergio y Mamen miran su reloj. Mi esposa lleva veinte minutos de retraso.

— La propuesta que vimos con Media Kube, me parece más de lo mismo en Navidad. — Manuel pasa las hojas del proyecto y de los bocetos — . Gente adinerada, una cara famosa y sonrisas de dientes blancos. Me aburre.

— Yo creo que Media Kube no se ajusta — le da la razón Sergio.

— Y Robler Marketing, Revelation Publicidad y Vertice Pro no cumplieron mis expectativas — sigue Mamen — . Nuestra marca era un souvenir. Gaudí, modernismo… — Suspira remarcando hartura.

— ¿Qué hay de Área Minds? — cuestiona Manuel — . El presupuesto es desorbitado, pero la idea no me desagrada. Quizás es el que se acerca más a la creatividad de Imagine Solutions.

— A mí me gustó la propuesta de Lola — afirma Sergio — . Es un boceto internacional y para todo el año. Ya lo estoy viendo en los Dutty free del aeropuerto.

— Creo que Imagine Solutions ha hecho una presentación muy buena y el presupuesto se ajusta — intervengo en el balance de opciones — . He estado viendo los detalles de su propuesta y, comparada con las demás agencias, es más sólida.

— También creo en esa solidez — me da la razón Sergio.

— ¿Y el eslogan? — pregunta Mamen, revisando el documento que nos entregó Lola — . ¿Lo entenderá nuestro consumidor?

— Es mejorable, aunque ya hay una buena base detrás. En eso ya sabéis que soy más perfeccionista. Aportaré mi parte. Ese el punto más flojo de... — Helena entra en la sala de reuniones interrumpiendo mi explicación.

— Mario te ha llamado varias veces — le advierte Manuel, sin levantar la vista de las páginas de Imagine Solutions — . Más de las que yo hubiese querido. Sabías perfectamente que teníamos una reunión. ¿Dónde te has metido? — La encara.

— Si estáis todos de acuerdo en darle la campaña a la agencia de los macarras, ¿qué se supone que debo aportar yo en todo este asunto? — le replica.

— ¿Por qué estás tan en contra de la campaña de Imagine Solutions? — cuestiona Sergio — . A mí me parece un gran trabajo.

— No estoy de acuerdo con darle la oportunidad a un boceto sin sentido. Mario, ¿tú por qué quieres ese boceto, con tanta necesidad y apego? — me reta.

— Lo siento Helena, pero tu criterio no trae soluciones, si no problemas — responde de mala gana, Manuel — . No vendrás a Irlanda si no aportas algo a la reunión.

— ¿Eso lo decides tú? — Escapa una irónica carcajada.

— Sí, claro que lo decido. Pregunta más arriba, en el piso dieciocho de nuestro edificio. — Le reta con la mirada, directa y a la yugular — . Elaboraré el informe durante el viaje de avión y os haré llegar una copia cuando aterricemos. Evaluamos a partir de la comparativa entre las ocho empresas de publicidad. Pediré los billetes a Belfast para esta semana, así que Mario y yo iremos a hablar con los accionistas y los gerentes, les comentaremos todo lo que hemos visto esta semana en Barcelona, y les daremos nuestra apuesta en firme. Entonces, daremos el veredicto. Vamos a los taxis.

— Supongo que querrás que el botones te lleve las maletas — le reprocha Sergio a Helena — . Déjale buena propina, al menos. El viernes lo avergonzaste. — Se pone en pie para dirigirse a la puerta.

— Y ¿tú? ¿No dices nada? — Helena se interpone en el camino de Mamen.

— Confío en el criterio de Mario. Debía haberlo hecho la anterior campaña. No entiendo que rechaces una propuesta como la de Lola, tiene mucha personalidad.

Manuel camina junto a Mamen, hablando por lo bajo. Sergio les sigue los pasos, cabizbajo.

En cuanto cierran la puerta y nos quedamos solos, voy directo a por Helena.

— ¿Por qué no has venido a la reunión? Te lo pregunta el Mario que trabaja contigo.

— He ido a hablar con Lola para solucionar ciertos asuntos pendientes que no querías resolver tú. Nuestros asuntos, concretamente.

— Has hecho, ¿qué?

— Lola ha sido muy comprensiva, querido. Se ha dado cuenta del error que podría costarle un despido. Ha accedido a mantenerte al margen de la campaña, para conservar su puesto. — Se encoge de hombros, haciéndose la inocente.

— Lo que has hecho es inadmisible. ¿Qué le has dicho?

— Inadmisible es que mientas al equipo y no les cuentes lo de Lola. ¿Acaso no es por ella que vas a pagar esa campaña de mierda? Estás un poco aturdido con tanto macarra. — Se carcajea con sus faltas de respeto.

— ¡Se acabó! — La aparto en cuanto quiere acaparar mi cuerpo en un abrazo — . Cuando lleguemos a Madrid hablaré con mi abogado.

— ¿Ricardito? — pregunta exagerando incredulidad — . Ese no es un buen abogado, es un mamón de botellas de bar.

— Quiero el divorcio, Helena. Nunca lo he visto tan claro.

Siento el sudor recorriendo todo mi cuerpo, el corazón palpitando a gran velocidad y bastantes dificultades para respirar. Me tiemblan las manos y las piernas, y siento un dolor intenso en mi sien. Estoy entrando en pánico.

— ¿Qué divorcio, Mario? — se burla, tomándose mi decisión como si no fuese con ella.

— En el trabajo seguiremos siendo compañeros de departamento, si no tengo más remedio.

— Mario, te perdono. Has estado jugando porque estabas enfadado conmigo. Os vi en la puerta del restaurante. Pero ya está, el juego se acaba aquí.

— No puedo más, Helena.

— Haré que no vi, lo que vi, si me prometes alejarte de la campaña.

— ¿De qué coño hablas?

— Mario, por favor. — Se carcajea irónicamente — . ¿Acaso no la abrazabas en la puerta del restaurante?

— Quizás siempre necesité sus abrazos. En eso tienes razón. Viste la verdad, Helena. — Alzo los brazos, en señal de rendición, cuando quiere alcanzar mis manos — . No hice las cosas bien esa noche, pero no tiene nada que ver con lo que ya sentía en Madrid. Ella solo ha sido una dosis de realidad. No la culpes a ella de mis decisiones. No se merece lo que le has hecho. — Me rompo al pensar en Helena ninguneando a Lola — . No te lo permito.

Salgo por la puerta de la sala de reuniones, dejando a Helena con su nefasta forma de encajar el golpe.

Manuel, Sergio y Mamen me esperan al otro lado. Conocen bien los minutos exactos en los que Helena me hace estallar y debo huir de sus broncas.

— Mario, ¿estás bien? — Mamen es la primera en mostrarse preocupada.

Mis ojos se humedecen de lágrimas.

— Helena y yo iremos en el mismo taxi — ordena Manuel — . El resto subid al otro taxi.

Cuando llegue a Madrid, debo ir rápido a recoger algo de ropa e irme a casa de mis padres. Helena irá a por mí cuando estemos a solas.

— Mario, puedes venir a mi casa, si quieres. Los días que necesites — propone un prudente Sergio.

— Gracias — respondo, emocionado por el cariño que recibo de todos.

***

Su taxi ha alcanzado al mío. No me ha dado tiempo a escapar por la puerta antes de que llegase.

— Mario, por favor, no te vayas — suplica Helena.

— Déjame marchar. — Intento ir a por la puerta, pero vuelve a impedírmelo agarrándome del brazo — . De verdad que necesito irme de aquí. Me estoy sintiendo muy mal.

Consigo burlar su bloqueo e ir hacia la puerta.

— Nunca seré lo suficiente, ¿no es cierto? — Cambia sus súplicas por un tono frío y distante — . ¿No ha significado nada que haya construido una vida contigo, después de todo?

La imagen que tengo delante me enferma. He llegado al punto de odiar a Helena, hasta límites insospechables.

— Mario, eres patético siguiendo los pasos de esa estúpida.

— ¿Cómo puedes estar llorando y, al segundo, volver a ser la dama de hielo que eres ahora? Necesitas ayuda. Yo la necesito para superar esto. — Pero vuelve a detenerme los pasos interponiéndose en mi camino — . Déjame marchar. Helena, déjame ir, por favor. No puedo más — lloriqueo. No me gusta verme atrapado. Estoy empezando a sentir de nuevo el principio de un ataque de pánico — . Helena, basta.

— En realidad, nunca quisiste casarte conmigo — me espeta — . Lo supe el mismo día de nuestra boda, cuando escuché a tu mamaíta decirle a tu papá «Al final ha decidido hacer lo que

debía casándose con ella y no con la otra». — Imita la voz de mi madre, en un tono que me parece insultante — . ¿Qué dices a eso? He estado callada demasiado tiempo. — Ni siquiera sé si mi madre pudo decir algo así — . Si quieres el divorcio, prepara un buen argumento. Ricardito es pan comido para los abogados de papá, Mario.

— Los abogados no te darán el cariño que pretendes conseguir en una relación.

— ¿Y tú sí? — pregunta con exagerada incredulidad — . Si quieres hablamos del cariño de tu familia. ¿Acaso te quieren como lo hace mi familia conmigo? ¿Eh?

— Hice lo que pude por superar todo lo de mi familia. ¿Por qué me sacas eso ahora?

— ¿Hiciste lo que pudiste? — Me muestra una sonrisa de lado — . No se trataba de poder, sino de querer, amor mío. Y lo has hecho bastante mal, por cierto. ¿Vas a ir a su casa a dormir? ¿Al infierno del que saliste cuando me conociste? Yo te saqué de allí, Mario.

Helena se aparta de la puerta, muy sonriente. Se siente victoriosa por usar algo tan sucio como mi pasado. Es espeluznante su maldad.

En cuanto abro la puerta, siento que por fin llegó el momento de estar en paz. Ya no habrá más gritos, insultos, ni atarme de pies y manos a su antojo.

***

He pedido que me dejaran solo en la habitación del hotel para cambiarme antes de la ceremonia. Estaba cansado de escuchar a toda esa gente insistir en lo maravilloso que es casarse con Helena.

Desde la ventana puedo ver el jardín de la masía, con los invitados luciendo trajes elegantes y llamativos. La mayoría de los que están ahí abajo no los conozco. Son allegados de la novia, o, mejor dicho, de parte del padre y la madre de la novia. Ese era el trato si pagaban ellos toda la ceremonia. La boda está tan meticulosamente planificada como la pedida de mano. Fue una negociación entre ella y su padre.

— Cariño, nunca has tenido paciencia con los botones — me interrumpe mamá, entrando en la habitación — . Yo te ayudo, Mario.

Pero sigo presionando las piezas a la fuerza, malhumorado.

— Hijo, ahí fuera hay casi cuatrocientas personas. ¡Es una locura!

— No los conozco.

— Tu padre está hablando con la presentadora del telediario, comentándole una noticia que vio el otro día en casa.

— Yo solo he invitado a diez amigos y a vosotros. No tengo a nadie más en Madrid.

— Hijo, ya sé que son una familia bastante importante, pero esto parece una boda de revista de cotilleos.

Mi futura esposa se ha criado en una familia acomodada. El padre de Helena es un destacado constructor. Incluso la crisis del sector no ha afectado en lo más mínimo a su empresa, gracias a sus sólidos contactos. La madre de Helena nunca ha trabajado. Es la compañera perfecta para el señor Sánchez, al menos a ojos de los demás. En cambio, de puertas para dentro, cada uno vive en una estancia distinta de la mansión.

— ¿Dónde tienes la corbata?

— En la silla, debajo de la chaqueta.

Alargo el cuello para dejarle espacio a sus manos, que se deslizan con delicadeza por mi nuca.

— Yo vengo de parte del novio, cielo. La novia no me hubiese invitado.

Con Helena no se lleva nada bien. Han tenido tremendas discusiones en las reuniones familiares.

— Cuando eras pequeño, siempre que estabas nervioso, te escondías en la habitación, hasta que te hacía tu comida favorita — narra con la voz temblorosa — . Ya puedes salir de tu escondrijo y contarme lo que te pasa. — Deja de apretar la corbata para prestarme atención — . Ya eres un hombre hecho y derecho. Estás guapísimo.

— Mamá.

— Estás alto, fuerte, y..., oh…, ¡has madurado tanto después de todo lo que viviste de pequeño!

— Los años pasan para todos.

— Oye, hijo, ¿de verdad quieres hacer esto? No quiero que me malinterpretes, ya sabes que nosotros te apoyamos en todo, pero si necesitas decir «No», ahora es el momento de hacerlo.

— Mamá, tengo que seguir. Ve con los invitados.

— Esa gente que está ahí fuera no sabe nada de ti. Nosotros somos los que te queremos y te apoyamos. Esto es muy serio. Solo hay que verte ahora mismo, preparándote a disgusto. No digo que no quieras a Helena, pero ¿la quieres tanto como quisiste a Lola?

— Mamá, nadie mejor que tú sabe que Lola tiene que ser parte del pasado — respondo tajante — . Ella me olvidó y yo debo olvidarla a ella. ¿A qué viene esto ahora? ¡Voy a casarme!

Vuelvo a la ventana para alejarme de sus preguntas e invitarla a irse de la habitación por mi falta de atención.

— Fuiste muy valiente dejándola en Barcelona, hijo. No vuelvas a ese recuerdo.

— ¿De qué serviría ahora dejar atrás todo lo que trabajé con el médico? — Me lo pregunto más a mí que a ella — . Ha pasado todo tal y como dijo el doctor que ocurriría. Nos hacíamos daño los dos. Y así me dejasteis en paz, de una puta vez.

— Hijo, no pretendía ofenderte.

— No quiero hablar más de Lola — Alzo la voz, empezando a enfurecerme con su insistencia — . Aún me hace daño hablar de ello.

— Creí que la habías superado — cuestiona — . De hecho, tu padre y yo creíamos que estabas enamorado de la hija de nuestros amigos de Madrid. Leticia es muy buena niña.

— Voy a salir ahí y construir una vida junto a Helena, así que dejadme dar mis propios pasos sin recordarme el pasado y sin hablarme de lo buena que es una chica que no me interesa. Leticia no es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

— Helena tampoco, Mario.

No puedo ser egoísta y pensar solo en mí. Helena no se lo merece. Es la boda que ha preparado todo un año. Debo ir al altar y hacer lo correcto.

— Hijo, haz siempre lo que quieras, no lo que debes.

— Lo que yo creo, es que más bien hicimos lo que consideró el médico y lo que considerasteis vosotros dos. Si hubiese sido por mí, no estaría en Madrid. — Clavo mi vista en ella — . Alejarme de Lola fue lo mejor para mí, ¿no, mamá? — Ahora soy yo el que cuestiona con incredulidad sus actos.

— Hagas lo que hagas, estaremos a tu lado, Mario. No dejaremos que nadie te enferme otra vez. Tu inteligencia se merece a alguien mejor. Lola no te convenía. Lo sabes, hijo.

Pero en sus palabras no me reconozco. Jamás me sentí enfermo al lado de Lola. Más bien

enfermé cuando me alejaron de ella, en contra de mi voluntad.

CAPÍTULO 9. TOMAR DECISIONES

Hola, Mario,

Probablemente te estés preguntando por qué tienes frente a ti un mensaje tan largo. Si te hubiese llamado, no habría tenido el valor de tomar esta decisión.
Sé que siempre ha faltado algo en mi vida desde que te fuiste a Madrid. Cuando creí que había conseguido superar ciertos recuerdos del pasado, apareces para agitarme el presente. Tú vives en Madrid y yo en Barcelona, el matrimonio lo cambia todo y el trabajo nos influye. Helena me ha hecho ver que tenemos que seguir como proveedor y cliente, como Project manager y director de marketing, aunque seas la persona más importante de mi vida. El señor Vila es tu nueva faceta, así que quiero sobrevivir a este torbellino de emociones que podrían afectar al proyecto y a mi futuro.
Mario, te amo con locura, pero no quiero que nos hagamos daño. Es mejor parar y pensar con claridad. No voy a tratar de olvidarte, porque eso es imposible, pero voy a tratar de construir un nuevo recuerdo junto a ti. Espero que me perdones por alejarte de mí, después de lo que hemos vivido estos días. Juro que todo lo que te he dicho, lo que he hecho y lo que he pensado, ha sido sincero. Lo sentía de corazón.
No me respondas a este mensaje. He estado llorando cada palabra que he escrito y no me veo capaz de leerte. Simplemente, me esperaré al día que nos deis el veredicto sobre el proyecto, porque ese es el nuevo trato entre nosotros.
Gracias por hacerme sentir tan especial, Mario.
Te quiero, Lola

***

Narra Mario

Permanezco tendido en la cama en la que me he pasado parte de mi adolescencia.

Recuerdo claramente el día en que entré en esta habitación. No había muebles, las paredes lucían desconchadas, la ventana tenía un cristal roto y la puerta emitía un chirrido desagradable. De fondo, se escuchaban los gritos de mis hermanos disputándose las mejores habitaciones. A mí me asignaron la que estaba al lado de la habitación de mis padres, con la condición de mantener la puerta abierta en todo momento.

Me senté en la pared donde ahora se encuentra la cama y lloré, liberando todas las emociones que había contenido durante el viaje en coche desde Barcelona hasta Madrid. Con apenas dieciséis años, la vida dejó de parecer emocionante y me sentí completamente vacío.

— ¿Qué? — Javi se ríe de mí. Está apoyado en el marco de la puerta, en su habitual pose de vacilón — . El amor está sobrevalorado, hermano. Por eso se hacen películas románticas, para

entretener a los divorciados como tú.

— Vete a la mierda.

— Helenita te ha puesto en tu sitio, ¿eh? Ya no te deja ni dormir en el sofá. — Vuelve a reírse. Cierro los ojos e intento no pensar en mis ganas de partirle la cara — . El lunes, cuando te vayas a ese pisito de alquiler de tu amigo, el abogado pijo ese, me montaré aquí una *suite*. Me desharé de todos estos trastos. — Mira la habitación. Jamás estuvo terminada. Me marché antes de que pudiese acomodarme — . ¿Qué le has dicho a mamá y papá?

— No me toques los cojones.

— Bonita forma de hablarle a nuestros padres — se burla.

Javi se marcha por el pasillo, carcajeándose. Aspiro y expiro el aire, buscando calma. Volver a dormir aquí me hace sentir muy mal.

— ¡Mamá, tu hijo mediano no piensa levantarse de la cama para cenar! — grita desde el salón.

— Tiene putos treinta y seis años — mascullo.

Solía hacer eso mismo cuando me negaba a comer, en mi etapa adolescente y recién llegado a Madrid. Eso enfurecía a mis padres. Provocaba las consecuencias, para luego rematarme cuando ellos se marchaban de la habitación.

— Tendría que haberme ido a un hotel — murmuro — . ¿Por qué he venido aquí? — me reprocho a mí mismo. Miro la maleta que está a los pies de la cama. Aún no la he deshecho — . Soy idiota, no debí pisar esta casa.

— ¿No vas a cenar? — Aparece mamá por la puerta.

Esa pregunta me hace darme cuenta de que no es a ella a la que le debo explicaciones. Me incorporo de la cama y me dirijo a mi maleta.

— Hijo, ¿no respondes? — insiste, molesta.

— No dormiré aquí, mamá. Al final voy a dormir en casa de un amigo. — Miento. Me marcho a un hotel — . Siento haber subido a casa.

— ¿Cómo? ¿Ahora te vas? ¿A dónde, Mario?

Suena una notificación en mi teléfono. Es un mensaje.

Al leer el nombre de quien lo escribe, se me acelera el corazón.

— Hijo, quédate en casa. Acabas de…

— Mamá, ¿puedes dejarme un momento? — interrumpo su falsa preocupación por mi estado — . Es del trabajo. Debo contestar.

— Ay, ese trabajo… Siempre conectado — responde sin ánimo — . Ya me dirás con qué amigo duermes, por si te pasa algo. Yo estaré de guardia en el hospital, así que quiero irme tranquila sabiendo que estás en buenas manos. Cena algo antes de irte, hijo. He hecho tu plato favorito.

Se marcha por la puerta al ver que no le presto atención.

El mensaje es de Lola.

— Hola, Mario — Leo en voz baja — , Probablemente te estés preguntando por qué tienes frente a ti un mensaje tan largo. Si te hubiese llamado, no habría tenido el valor de tomar esta decisión. Sé que siempre ha faltado algo en mi vida, desde que te fuiste a Madrid…

Me siento en la maleta.

Estoy aterrado al leer las primeras frases.

CAPÍTULO 10. EL VEREDICTO

Narra Lola

Recibo un mensaje de Gero: «Hola, Lola. Reconozco que tenías razón... Me he comportado como un idiota y egoísta contigo. Lo de la carta blanca fue una tontería; lo vi en internet, estaba muy enfadado contigo, y te lo solté sin pensar. Estoy muy arrepentido. El sábado por la tarde llegaré a Barcelona, así podemos cenar juntos en casa, brindar con un buen vino y hablar sobre nosotros, sobre nuestra relación. ¿Por qué no cocinas tu plato favorito? Quiero que sientas que te escucho y que te apoyo en tus cosas. Ojalá puedas perdonarme... Te quiero, Lola. Te juro que quiero estar contigo el resto de mi vida. Te he extrañado. Gero».

***

Después de dos semanas esperando el veredicto, ayer Manuel nos envió un correo electrónico para comunicarnos que la decisión estaba tomada.

— Quizás las otras empresas han ajustado mejor el presupuesto.

— Hiciste una gran presentación, Lola. Helena no te lo puso nada fácil.

— Nunca me lo pone fácil — murmuro mientras Pablo recoloca el cable de la corriente.

Aparece una notificación indicando que Manuel se ha conectado. Eso significa que en cuestión de segundos estaremos viéndonos las caras a través de la pantalla.

— Tengo un pálpito, Lola. Siento que se fueron convencidos, aunque ese tal Mario es duro de pelar. Ahora entiendo mucho de lo que se habla de él. ¿Qué crees que pensó?

Antes de que pueda responder, suena el tono de videollamada: es Manuel.

Pablo acepta la invitación cuando cree estar perfectamente sentado.

En la pantalla aparece una imagen pixelada. Segundos después, vemos a Manuel y Mario, sentados uno junto al otro.

Mi adonis viste una *blazer* beige, una camisa blanca y una corbata azul marino. Se ve increíble con ese traje tan *casual*.

— Buenos días — saluda un risueño Manuel.

— Hola — saluda en el mismo tono, mi jefe.

Mario dirige su mirada hacia abajo, concentrado en el final de su corbata.

No saluda.

— Nos sentimos agradados de volver a veros — comienza Manuel — . Mario, por favor, ¿les comentas tú el veredicto?

Mi adonis levanta la mirada. Muestra el semblante serio, el ceño fruncido y los labios apretados en una línea recta. A pesar de esa frialdad, no puedo dejar de pensar en lo atractivo que es y lo que me gusta volver a verle.

— En primer lugar, quiero agradecer el recibimiento que nos disteis el día que nos reunimos

en Barcelona — comienza Mario.

— Un placer — responde Pablo.

— Hemos evaluado todos los proyectos de las empresas de publicidad con las que nos pusimos en contacto. No esperábamos para nada una idea con el estilo que habéis pensado para Cócó. Se diferencia completamente de cualquier otra campaña que hayamos visto antes.

— ¿Eso es positivo? — lo apresura Pablo.

— Hemos decidido que queremos que hagáis la campaña publicitaria vosotros. — Se muerde la cara interna de la mejilla derecha y baja la mirada — . Sin embargo, Lola, hay aspectos que debemos ajustar.

— Ya podéis respirar — bromea Manuel, entre risas — . Pablo, es un gran trabajo.

Mario recoloca su corbata, a pesar de estar perfecta.

Ojalá pudiese saber lo que está pensando ahora mismo.

—Lola, n ecesitamos que le deis un giro a la frase del eslogan — sigue Mario, acomodando la corbata, incapaz de mirarme a través de la pantalla — . Queremos que sea más directa y comercial. Con más fuerza.

— Por supuesto — le da la razón, Pablo.

— Unificaremos criterios. — Mario dirige su vista hacia Manuel, a pesar de estar hablándome a mí.

Creí que con el mensaje que le envié, algo en mí cambiaría. Me duele no poder traspasar la pantalla, abrazarlo con todas mis fuerzas y decirle que soy una cobarde por anteponer una campaña de publicidad a lo que siento por él. Es evidente que no puedo dejar de sentir lo que siento, a pesar de que intente evitarlo, distanciarme o escribirle palabras que no me nacen.

— En el contrato se establecerá que vengáis a Cócó durante la próxima semana, y en casos necesarios, nosotros nos desplazaremos a Barcelona — anuncia Manuel, leyendo un documento que tiene en su mano — . Costeamos los gastos de alojamiento y los viajes de ida y de vuelta. En caso de que tengáis que desplazaros más allá de las fechas acordadas debido a plazos de entrega y reuniones adicionales, esa parte os corresponderá. Consideramos el resto por medios virtuales. Una vez la campaña comience en Barcelona, nos desplazaremos para evaluar los resultados.

Manuel deja atrás la hoja y nos sonríe.

— No encuentro mi agenda, Lola — me advierte Pablo, removiendo todos los papeles de su mesa.

Manuel ha dicho ir a Madrid. Lo he escuchado claramente. Yo, en Madrid.

— ¿Dónde está mi agenda? — continúa mi jefe, golpeando todo lo que encuentra a su paso — . Mira en tu lado, Lola.

— Podemos reservar los billetes hoy mismo — sugiere Manuel.

La agenda de Pablo aparece entre el montón de papeles.

Mi jefe abre su planificación y pasa el dedo por las citas marcadas en rojo. De lunes a domingo está escrito «Bélgica».

— El lunes va a ser un problema para mí — responde Pablo — . Tengo un viaje programado.

— Oh, vaya — responde, con fastidio, Manuel.

— Puedo ir a Madrid este domingo por la mañana y… tener la reunión con vosotros el lunes a primera hora... — Sigue concentrado en la agenda y pasando las páginas a manotazos — . Al mediodía, tendría que estar en el aeropuerto para llegar a Bélgica, así que puedo… quizás…. modificar el origen del viaje. Durante la semana… — Gruñe con fastidio — . Durante la semana nada porque la tengo completa de reuniones.

— ¿Lola va contigo? — pregunta Manuel.

— Ahora que lo pienso — Me encara Pablo, sonriente —, Lola es la responsable del proyecto, así que puede estar ella sola durante toda la semana.

— ¿Sola? ¿Cómo que sola? — pregunto alarmada.

Vuelvo a dirigir mi mirada a la pantalla. Mario me evita, como si esa propuesta no la supiese desde el principio de esta reunión.

— ¿Me tengo que quedar a dormir allí, en Madrid? — Vuelvo a encarar a Pablo —. No puedo.

— Lola, por favor — murmura para que no le escuchen —. Claro que puedes. ¿Qué pensabas que iba a pasar? Siempre viajas donde está el cliente — continúa con el mismo tono moderado.

— No puedo ir a Madrid.

— ¿Preparamos los billetes y la reserva de hotel? — insiste Manuel. Pablo frunce el ceño cuando niego con la cabeza —. Tendremos en cuenta lo de Bélgica — sigue esperando una respuesta.

Madrid se convierte en mi tumba personal y profesional.

Gero regresa a casa el sábado. No podremos tener la conversación que nos debemos desde hace semanas. Su último mensaje está lleno de sentimientos, veo arrepentimiento en él. Mario sigue con Helena y está en Madrid. Todo esto no es racional.

— Oh, eso sí que es agilidad — lo halaga Pablo —. Lola irá a Madrid, sin problema. Estaremos allí el domingo.

— De acuerdo — responde Manuel.

— Pablo, te enviaré los billetes hoy mismo — concluye Mario en un tono servicial.

Él sabe, tan bien como yo, que quedarme en Madrid, siendo tan reciente el reencuentro, es un error.

— Muchas gracias, señores — se despide Pablo.

Dos segundos después, la llamada se corta y la pantalla se vuelve negra.

— Madrid — murmuro.

— ¡Lola! — Pablo me sacude los hombros con entusiasmo —. ¡Lo lograste! ¡El proyecto del año! — Me dejo sacudir por mi jefe —. ¡Hay que celebrarlo! ¡Lola! — Detiene su efusividad para notar mi desánimo —. ¿Qué te pasa?

— Voy a estar sola en Madrid. Yo, en Madrid. Con Mario.

— ¿Es que no te alegras?

— Helena está en Madrid — murmuro.

— ¿Cómo dices? — intenta prestar atención a mis palabras.

— Pablo, ¿no puedes posponer tu viaje?

— ¿Estás bromeando? — Se carcajea —. ¡Te invito a comer! — grita con entusiasmo. Da una sonora palmada en el aire al levantarse, victorioso —. ¡Lola, has hecho un gran trabajo! ¿Viste la cara que tenía Mario? Tienes que metértelo en el bolsillo. Creo que va a ser muy estricto con el resultado. Saca tus garras.

Miro la pantalla del ordenador, nerviosa y con la mente aturdida.

Todo ha sucedido demasiado rápido. De repente, estaré horas con la persona que es mi debilidad, justo cuando mi marido regresa a casa para reconciliarnos.

***

Hace un rato que Gero y yo estamos en nuestra cama.

Sigo llena de dudas sobre el sentido de nuestra relación. No he sentido nada al verlo entrar en casa. Tampoco he notado nada con su beso.

Mis miedos crecen entre nuestras sábanas.

— ¿Y si apago la luz? — titubeo.

— ¿Quieres que follemos con la luz apagada?

— Creo que voy un momento al…

— Lola. — Frena mi intento de salir de la cama — . ¿Dónde vas? Te quiero aquí, para mí solito. Después de tantas semanas sin vernos, me has despertado las ganas de sexo.

Cierro los ojos con fuerza al notar su boca pegada a mi cuello.

Sube su mano para juntar con fuerza mis tetas, sin darme tiempo para que las apriete y las exprima como a unas naranjas. Sus ansias son tan fuertes que me doy un golpe con el cabecero de la cama al intentar escapar de él. Su otra mano reposa en mis piernas, clavando sus uñas como si yo no sintiera dolor. Me tenso.

No sé cómo explicar la sensación que me produce saber que en cuanto se deshaga de mi ropa interior, querrá que el sexo ocurra a otro nivel al que no voy a poder corresponderle. Me va a destrozar viva. No aguantaré sus dolorosas embestidas. Me marcará de forma terrible. No quiero sangrar. No quiero calmar el escozor con agua muy caliente. No quiero ver esas heridas que sus uñas dejan en mi cuerpo.

— ¿Quieres ponerte encima, Lola?

Destapa mi cuerpo.

— No es eso, Gerónimo. No es por las posturas.

Le arrebato la sábana para cubrirme de nuevo.

— No ha sido para tanto darnos un tiempo. — Atrapa mi mandíbula con fuerza — . Los dos queríamos la reconciliación. Déjate llevar.

Me deshago de su agarre, remarcando mi molestia por su insistencia.

— Lola.

— Necesitamos ayuda — respondo sin fuerza en la voz. Tengo el llanto aferrado a mi garganta — . No podemos seguir así.

— Ya está todo solucionado. ¿Cómo te lo tengo que decir?

— Voy un momento al baño. Necesito un segundo.

— ¿Ahora?

Salgo de la cama lo más rápido que me permiten las piernas.

A trompicones por la habitación, las primeras lágrimas caen por mis mejillas. Aguanto los sollozos lo más que puedo, con la garganta dolorida de la tensión de atrapar mis lamentos.

— Siempre igual — protesta.

Apago la luz de la habitación para que se vaya a dormir. Solo tengo que esperar, encerrada en el baño, hasta que pueda volver a la cama y no intente nuevamente venir a por mí.

CAPÍTULO 11. VIAJE A MADRID

He tenido pesadillas toda la noche. Helena entraba en el despacho, nos miraba a Mario y a mí, se lanzaba sobre mí y me machacaba la cabeza contra la mesa de escritorio. Yo gritaba auxilio, intentaba escapar, pero no podía salir de ahí.

— Lola, despegamos — me avisa Pablo.

— Admiro a las azafatas, siempre subidas a este trasto con alas. Odio volar.

Sin más tardanza, se ilumina el piloto de encima de nuestras cabezas, anunciando la puesta del cinturón de seguridad.

— Tendré que pedirte un *whisky* para que te relajes.

— Estoy yo para *whiskys* — mascullo.

— Podemos pedirnos uno cada uno. Yo siempre me bebo un par de copazos.

— A mí, mientras no se beba el *whisky* el piloto, me da igual emborracharme con mi jefe.

El avión avanza por la pista, directo al carril de despegue.

Mi respiración se acelera por momentos.

— Pablo, odio ir en avión. Pide que me cambien la vuelta. Usa tus influencias para que vuelva a Barcelona en tren. Oh, ¡qué es ese ruido!

Las turbinas toman fuerza. Cierro los ojos, aterrada.

— Tranquila, no pasa nada.

— ¿Me lo prometes, Pablo? — suplico.

— Te lo prometo. Conquistarás Madrid con tu creatividad. Lo harás increíblemente bien. Confío mucho en ti. Por eso he previsto el ascenso justo después de esto.

***

A Pablo se le ha ocurrido la brillante idea de avisarme de que Mario nos esperaba en el aeropuerto, en pleno aterrizaje del avión. He soltado un grito que la mayoría de los pasajeros se pensaban que había sufrido un ataque al corazón.

— Yo prefiero un taxi — insisto — . Otros clientes se desentienden cuando llegas al destino. Muchas veces he llegado a otros países, en plena noche, sola y desorientada, y nadie me ha venido a buscar a la puerta del aeropuerto.

— ¿Te refieres a esos taxis que pasas como gastos, Lola? — pregunta con retintín — . Me hago una ligera idea de ese coste. Les pedí que vinieran a buscarnos porque es más fácil… ¡Relájate!

— Hay que dar trabajo a los taxistas.

— Yo, de momento, te daré trabajo a ti — responde entre risas.

Avanzamos hacia las puertas de salida, Pablo a paso ligero, y yo arrastrando mis pies, como

un zombi.

Al ver la salida, mis pies quedan clavados al suelo. No puedo moverme. No me veo capaz de traspasar la puerta.

— Lola, vamos…, no te quedes ahí — protesta mi jefe — . ¿Se puede saber qué te pasa?

Reposo mi peso sobre el asa de la maleta, incapaz de mantenerme en pie.

— Me estoy empezando a marear.

Me tiemblan las piernas. Mi vista se torna cada vez más borrosa. Siento náuseas.

— Si ya estamos llegando. Un paso más — insiste en seguir.

Intento avanzar, utilizando el asa de la maleta como si fuera una muleta.

— Pablo.

Las puertas de cristal se abren al notar mi presencia. Todo al otro lado se vuelve cada vez más borroso. Trato de avanzar hasta la barandilla, pero mis rodillas ceden y mis piernas pierden firmeza.

— Pablo, para — insisto en que me ayude.

— ¡Estás pálida, Lola!

Me dejo caer sobre el asa de la maleta.

— Necesito tomar el aire — balbuceo.

Mario me sujeta firmemente por los brazos, y dejo caer mi peso sobre sus manos.

— Lola, tranquila. Voy a llevarte fuera para que te dé el aire, ¿de acuerdo?

— ¿Puedes con ella? — pregunta un preocupado Pablo.

— Sí, no te preocupes. No la dejaré caer — responde mi tormento.

Mario rodea mi cintura, fijándose en mis pies que siguen clavados al suelo. Con la otra mano, eleva mi brazo para que lo pase por detrás de su cuello, encajando a la perfección en el ancho de su espalda.

Pablo se avanza con mi maleta, su maletín y su propia maleta. Se aleja de nosotros después de recibir las indicaciones del anfitrión.

— ¿Por qué le haces caso a mi jefe? Mario, es mejor un taxi. No soy capaz de mirarte a los ojos.

— Todo el equipo quiso que viniese a por vosotros. Después de tu mensaje, sabía que no debía ponerte entre la espada y la pared, pero se empeñaron.

— Estoy horrible.

— Te he echado de menos. Sé que no debo decirte esto, pero…

— Mario, por favor, dime que Helena no está en el coche. Ella lidera el proyecto. Ella es tu esposa y mi cliente, ahora.

— No pienses en ella. — Inspecciona mi aspecto — . Sigues pálida… Estás sudando.

— Ella es la razón de mi mensaje — balbuceo — . Mario, me amenazó y me sentí horri… — Freno una arcada.

— ¿Qué?

— Tengo ganas de vomitar. — Freno otra arcada.

— Ella ya no...

— Mario, Mario, Mario — insisto en parar nuestros pasos, clavando mis pies en el suelo — . Vomitaré encima de ti. Necesito… Nece… Una… — Freno la arcada.

Escapo del agarre de mi adonis y doy cuatro zancadas hacia una basura que hay en una de las esquinas del aparcamiento. Cuando me dejo caer sobre el cubo, saco todos los nervios acumulados, en una fuente de bilis.

Pablo viene a por mí y me aparta el cabello de la cara mientras sigo vomitando.

— Voy a por agua, Pablo. Hay una máquina expendedora justo ahí.

— De acuerdo. Venga, Lola, ya está — me tranquiliza mi jefe — . Respira, respira.

— Pablo, yo… — Pero vomito todos mis miedos.

— Tranquila. No pasa nada.

Mario se acerca con una botella de agua helada.

— Toma Lola, te vendrá bien beber agua.

Me ofrece la botella.

Estoy haciendo el ridículo. Parezco una adolescente que no sabe cómo afrontar una situación con el chico que le gusta. Me ha pasado factura dejar salir esa niñata que tengo secuestrada dentro de mí desde hace ya catorce años.

— Lo siento. No quería que esto pasara.

Mario me ofrece un pañuelo de papel del paquete que tiene en el bolsillo de su pantalón vaquero. Sigue mirándome con esos ojos encantadores y una sonrisa tierna.

Me seco los labios de los restos que quedan de mi espectáculo pirotécnico, mientras él es paciente con mi estado y sigue con esa mirada adorable.

— ¿Vamos al coche? — propone en un tono afable — . Te llevaré al hotel. Quiero decir… — Niega con la cabeza — . Os llevo al hotel. Pablo, creo que Lola necesita descansar. Iré poco a poco por la carretera, ¿de acuerdo?

Van a ser siete días muy intensos. No podré ser la Lola que espera Pablo.

— Ve con él. Guardaré tu equipaje en el maletero del coche.

— Será mejor que Lola vaya en el asiento del copiloto, Pablo. ¿Te parece bien? — sugiere Mario.

— Perfecto, chico. Así no se mareará.

— Perfecto — murmuro. Lo es, y ese es mi verdadero problema. Mario es perfecto para mí.

Helena lo sabe todo. No va a concederme un solo minuto para hacerlo dudar.

Esa mujer muerde, aprieta sus colmillos y despedaza lo que toque a Mario. Será una caníbal con mis sentimientos por él.

Seguro que ha aceptado el proyecto para hacerme trizas y machacarme.

***

Estoy dispuesta a todo. Lo que me pida. Quiero dejarme llevar por lo que siento.

Repasa con la mirada mi desnudez, satisfecho con el resultado de su último tirón de mi ropa.

— Lola, me despiertas algo tan animal, que me asusta lo que pueda llegar a hacerte si me dejas que me muestre tal y como quiero ser contigo.

— Quiero verlo, Mario. Hazlo. Haz lo que te plazca.

Por su mirada, intuyo que está dispuesto a devorarme aquí mismo.

— Vas a destrozarme, ¿verdad? — insisto en una tórrida respuesta.

— Aunque digas basta, no pararé. — Me agarra de la mandíbula y tira de mi cara para acercar su boca a la mía.

— No me estás pidiendo permiso — balbuceo — . No tengo escapatoria.

— ¿Acaso no quieres que te demuestre lo mucho que he pensado en ti, Lola?

Soy incapaz de negarme a esa dureza en el trato. Lo deseo con todas mis fuerzas desde hace catorce años. Me excita esa seguridad que tiene en sí mismo.

Me libera del agarre en un leve empujón.

— ¿Vas a mirarme así toda la noche?

— Maldito adonis.

— ¿Cuándo empezaste a llamarme así? Me gusta. Dilo otra vez.

— Adonis.

Deseo explorar cada rincón de su cuerpo antes de poseerlo por completo. Hacer que cada centímetro de su piel sea mío.

Su voz susurra mi nombre cuando alcanzo la altura de su cintura, palpando la prenda que aún nos separa. Se deleita con mi simulada timidez.

Mi mano aguarda sus indicaciones en el borde de la tela, alimentando mis expectativas. Asiente, dándome libertad.

Me inclino, arrodillándome ante él.

— Dime que lo haga — le pido, mirándole desde mi posición en un gesto provocador — . ¿Solo quieres besos, Mario? — Marco mis labios sobre la tela — . No es nada excitante estar en el límite. No es lo que quieres. Sé bien lo que me pide tu mirada.

— ¿Quién habla de simples besos? — pronuncia con los dientes apretados en cuanto muerdo la tela.

Abro mi boca tanto como puedo para recibir la plenitud de su excitación. Deja escapar un gemido al percibir el calor de mi aliento y la humedad de mi lengua penetrando la tela.

— Mario, quiero más de ti.

Le bajo los calzoncillos de un tirón decidido.

Acaricio su intimidad con la mano.

Se apoya contra la pared, entregándose a mis movimientos pausados.

— Quiero más que lo que hicimos en el portal de mi casa — le anuncio mis intenciones — . Voy a disfrutarte hasta que no puedas más. — Hago un amago de lanzarme a por su evidente excitación, pero juego a recolocar mi boca para que espere con más ganas mi decisión — . Te gusta que te provoque dolor con mis dientes. — Lamo su glande y marco levemente mis incisivos — . Sé que no quieres delicadeza. Nunca te gustó la ternura.

Juego con su miembro dentro de mi boca. Resalto la forma de su glande en mi paladar cada vez que permito que su erección entre y salga. Lo mantengo húmedo. Cuando se apoya contra la pared, entregado al placer, consigo que su miembro alcance la profundidad, llegando hasta los confines de mi garganta.

— Lola, sí. Sí.

Regreso a las sacudidas, empleando mis labios para recorrer y humedecer su extensión, inclinando la cabeza para mantenerlo siempre a la vista. Experimento un sentimiento de poder cuando se entrega al placer que le estoy proporcionando. Sus dedos se enredan en los mechones de mi cabello, forzándome a acercarme aún más a él.

— Lola… Sigue… — suplica que siga comiéndomelo — . ¡Sigue! — me exige, alzando la voz.

Sé que me quedan segundos para que estalle de placer en mi boca, pero me gusta jugar al límite del mal. Palpita sobre mi lengua, pero no me detiene. Saboreo la mezcla del rastro de su placer con mi saliva.

— Lola… Lola... — me anuncia su límite — . No pares ahora — suplica.

— No he acabado contigo — balbuceo.

Libero su miembro y me deleito en movimientos rápidos con la mano, cerca de mis labios, mientras lo observo desde mi posición.

Su mirada se encuentra con la mía y dibuja una sonrisa.

Aumento la intensidad de las sacudidas y asomo la lengua, permitiendo que su glande se deslice sobre su humedad. Su pelvis se mueve, guiándome con las sacudidas para que mi lengua lo alcance por completo.

Agarra fuertemente los mechones de mi cabello, tirando con fuerza y brusquedad, inclinando mi cabeza hasta profundizar en mi boca. Siento una sensación de asfixia, incapaz de respirar por la boca.

La garganta me arde.

Intento apartarme, empujando su cuerpo, pero se mantiene firme en sus embestidas.

— No, ahora no, Lola. Deja que… Deja que… Yo… — El sonido de algo caerse al suelo interrumpe el diálogo de la escena de mi cabeza.

Toco el lado derecho de la cama para cerciorarme de que Mario no está aquí conmigo.

Observo a mi alrededor para orientarme. A pesar de que la habitación está sumida en la oscuridad, percibo que estoy en el hotel.

Al incorporarme, palpo mi cuerpo.

Siento el cabello pegado a mi cuello, empapado de sudor.

Deslizo la yema de mis dedos por mis labios resecos.

Sostengo mis mejillas entre mis palmas, sintiendo el calor.

Acompaño el ritmo ascendente y descendente de mi pecho, acelerado por la falta de aliento.

— Qué me ha pasado — maldigo en voz baja.

Las sutilezas de sus expresiones, su mirada y sus palabras me han afectado profundamente. Lo percibía como auténtico, estaba conmigo en ese escenario creado por mi mente, pero lo he transformado en Gero.

Eran mis deseos íntimos con Mario, pero guiados por las prácticas de un Gero que se revela en la cama.

— Joder... — Necesito tres intentos para ponerme en pie y salir de la cama.

Palpo la pared, torpe con las pisadas, hasta dar con el interruptor de la luz general de la habitación. Se hace la luz y lo evidente.

— Madre mía. — Me fijo en mis manos, que están visiblemente temblorosas. Siempre acabo así tras el sexo con Gero — . Agua. Necesito agua. Tengo que bajar esta sensación de mierda. — Me siento la garganta muy seca.

Busco la botella de cortesía sobre el escritorio. Con las manos aún temblorosas, me esfuerzo por desenroscar el tapón, todavía afectada por la última imagen del sueño. No pierdo tiempo y tomo un buen trago de agua, casi sin respirar.

— Vale, no pasa nada — intento convencerme de que no está conmigo Gero, mientras recupero el aliento — . Tranquila, era un sueño.

Me dirijo al baño, dispuesta a meterme en una ducha de agua fría, como siempre que huyo del sexo con Gero. Necesito deshacerme de esta sensación incómoda, sucia y que me debilita.

Aunque las pulsaciones y el temblor de mi cuerpo siguen sin control, llego al espejo del baño. Dejo caer el peso de mi cuerpo con las manos apoyadas en el lavamanos, alzando la vista para encontrarme con mi propio reflejo. Mi rostro refleja fielmente lo que siento.

— Ha sido un sueño, Lola. — Sigo mirando la imagen de mí misma — . Solo un sueño.

Vuelvo a fijarme en las manos, que siguen temblorosas a pesar de sujetar todo mi peso sobre el lavamanos. Mis manos expresan esa misma incomodidad del paso de Gero por mi cuerpo cuando no tengo escapatoria.

Trago con dificultad, atemorizada al percatarme de que Alexia tenía razón y oculto más cosas de las que era consciente.

— No está aquí. Deja de pensar en Gero. — Vuelvo a mirarme en el espejo — . Estás en Madrid.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que siempre han recibido con mucho amor todas mis locuras de ficción, incluso en sus primeras versiones bastante deesafortunadas. Gracias a saber que estaban al otro lado, me esforzaba más para traerles una mejor versión de lectura. Me han hecho ser más exigente y fuerte para recibir críticas.

También agradezco a algunas lectoras que conocí en Wattpad e Inkspired, dos plataformas de publicación online, que me apoyaron siempre que he presentado mis escritos. Su visión me ha ayudado a ser más exigente con el resultado. Adonis, además, nos ha traído una amistad virtual. Las considero modelos a seguir, ya que también son escritoras talentosas.

Escribir es un proceso complicado, con numerosos detalles a tener en cuenta. Mi respeto más sincero y honesto va hacia los escritores y escritoras profesionales. No pretendo igualarme a ellos, ya que estoy a años luz de distancia. Mi escritura es una afición, y aunque dicen que me defiendo bien en la creación de tramas de ficción, tengo mi profesión principal a la que debo dedicarme para pagar mis facturas.

Las plataformas como Wattpad, Inkspired o Amazon me permiten soñar, pero sin un equipo editorial detrás, no puedo considerarme profesional. Escribir no es un juego de niños, y muchos de los errores que puedan encontrar se deben a la falta de ese respaldo editorial.

Finalmente, a aquellos a quienes les compartí las primeras versiones de la trilogía y que me dieron a entender que les importaba lo que hacía, aunque nunca me devolvieron sus opiniones, me atrevería a decir que cero rencor, bebé — como cantaría Shakira — .

Si alguna vez te sientes como
algunos de mis personajes,
en manos de alguien que te daña día tras día,
debes salir de eso y empezar una nueva vida.
No aguantes faltas de respeto.
El amor debe fluir.

Busca el teléfono de ayuda a las
víctimas de violencia de género,
y cuéntales lo que te está pasando.
Son contactos confidenciales y
hay buenos profesionales detrás.
Cada buen consejo juega tiempo a tu favor.